



*Antes  
de  
Descubrirte  
&*



AMAYA EVANIS



ANTES DE DESCUBIRTE

SERIE "SOLTERONAS" 1

AMAYA EVANS

2020

Título Original: ANTES DE DESCUBRIRTE

Copyright © 2020 por Amaya Evans.

Diseño de portada: ©Amaya Evans.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

## Sinopsis

Una solterona y un conocido mujeriego se enfrentan a un matrimonio forzado por el escándalo ¿podría este terminar siendo la oportunidad en el amor que ambos secretamente desean en sus corazones?

La no tan joven, Lady Alexandra, no tiene prisa por casarse. Ella sueña internamente con el amor verdadero. Pero cuando ocurre un escándalo, se encuentra obligada a matrimonio forzado con su salvador, Adam Hunniford, Conde de Woodbridge, un conocido mujeriego.

A pesar de su reputación, Alexandra se siente atraída por el guapo Adam. Acepta casarse con él, con la esperanza de que su matrimonio por conveniencia, termine siendo uno por amor.

El conde por su parte, no está feliz con la idea de casarse, pero su padre prácticamente lo obliga, al decirle que si no cumple como caballero le cortará su asignación mensual.

Todos los esfuerzos de Alexandra por acercarse serán inútiles y desesperada comenzará a preguntarse si todo esto no habrá sido un error.

¿Terminará ella resignándose a un matrimonio sin amor? ¿O Adam se dará cuenta del valioso regalo que está a punto de perder?

# Capítulo 1

## Summerley, 1820

Alexandra estaba en la pequeña salita que habían bautizado “el cuartel”. Era la más pequeña de las que tenía su tía en la enorme casona, que llamaba hogar. Cuando las tres hermanas habían llegado a vivir allí, les había dicho que cuando necesitaran un sitio donde hablar y pasar tiempo, ese podía ser solo para su uso personal, y ellas aceptaron gustosas.

—Addie ¿Crees que el cartero venga hoy? —preguntó la menor de ellas.

—No sé para qué quieres que venga. Hasta donde tengo entendido no tienes ningún pretendiente que te envíe notas de amor.

—No necesitas ser tan grosera—le respondió Annie a la defensiva—si lo pregunto es porque espero la última revista de modas, además de unas novelas.

Alexandra, la mayor, negó con la cabeza—ya cálmense ambas—trató de poner orden entre esas dos. Se la pasaban peleando cada vez que podían—Creo que es mejor que vivas el presente. ¿Qué haces con leer esas novelas que no te aportan nada bueno? —le dijo a su hermana menor.

—Al menos no estoy esperando que el correo venga con libros de brujería, como hace Addie.

—¡No son libros de brujería! —le gritó Addie, la hermana del medio. Ella siempre había tenido un carácter fuerte, pero era la más gentil y espiritual de las tres. Annie también era buena, sin embargo, era demasiado soñadora y eso la preocupaba todo el tiempo.

—Que yo sepa, a eso que haces se le dice brujería.

—Que yo sepa a la gente como tú, se le dice ignorante. Lo que leo se llama astrología, y es un conocimiento antiguo. Gracias a eso, sé que eres Tauro, que eres más terca que una mula y que siempre quieres tener la razón en todo.

—Mas terca que tú, lo dudo.

—Los de signo Libra como yo, no somos tercos. Somos personas ecuánimes, justas, sensible a las necesidades de los demás—le respondió con altivez.

—Siii, claro.

—Basta ya, las dos—las mandó a callar Alexandra.

—Todos tenemos derecho a que nos gusten cosas distintas y hay que respetarlo. Adeline, si Anne, quiere leer novelas de romance, déjala. No puede hacerle daño después de que no confunda la realidad con esas historias. Y tú, Anne, respetarás el hecho de que Adeline disfrute de sus lecturas sobre los astros. A mí no me gusta ninguna de las dos cosas y no por eso, me burlo de ustedes.

Ambas hermanas se quedaron calladas, pero fue Adeline la que cambió el tema para aligerar un poco el ambiente. —Parece que nuestro vecino ya llegó de viaje.

—¿Porque lo dices?

—Porque vi su carruaje esta mañana llegando a la casa.

—¿Y eso que? —Annie rodó los ojos.

—Pues que la última vez que vi el carruaje fue hace casi un mes.

—Vaya, sí que estás pendiente de todo lo que hace el vecino. ¿Lo conoces siquiera?

—No. Pero me parece que siempre es bueno conocer gente y más si viven cerca.

Alex la miró extrañada—No es que viva precisamente cerca, es un conde, sus tierras son extensas.

—Claro, pero su propiedad es la más cercana.

—Addie, de verdad que no sé qué es lo que le ves de extraordinario a ese hombre.

—Pues eso mismo. Que es muy misterioso, que no se deja ver de nadie, y todo el tiempo se la pasa encerrado.

Annie bostezó aburrida—pues yo tengo la solución. Solo pregunta a la tía Helen todo lo que quieras saber de él. Ella vive aquí desde hace mucho y seguramente sabe quién es, y si es soltero o casado.

—No quiero saber sobre él, para casarme—respondió ella molesta.

—Pues la verdad es que no nos caería nada mal que fuera un soltero, guapo y rico—añadió Alex.

Addie la miró con resignación—¿Quién querría meterse con alguna de nosotras? Somos tres solteras y eso es abominable ante los ojos de la sociedad.

—Solterona serás tú. Yo todavía puedo conseguir a alguien. —dijo Annie indignada ante la sola idea de ser llamada solterona.

—En eso tienes razón, todavía a los veintiuno podrías conseguir un buen prospecto.

—Addie las miró a ambas como si estuvieran locas—se les olvida algo importante, creo.

—¿Qué cosa? —preguntó Annie.

—No tenemos un peso donde caernos muertas.

—La tía nos podría ayudar—Annie saltó emocionada del sofá donde minutos antes retozaba.

—La tía es muy reticente al hecho de buscar marido. Como ella no necesitó ninguno, creo que piensa que nosotras deberíamos hacer lo mismo.

—Pero yo si sueño con casarme con un marido rico, noble y con una hermosa casa. Quiero tener muchos niños que corran por el jardín y asistir a eventos de todo tipo con él.

Primero debemos hablar con la tía para ver si está de acuerdo en ayudarte a cumplir con ese sueño—le dijo Addie, medio divertida.

Alex se levantó de la silla y empezó a caminar de un lado a otro—El momento debe ser ahora. La temporada será en dos meses y las jóvenes en edad casadera ya están desde hace mucho arreglando sus ajuares para asistir.

Addie comenzó a negar con la cabeza—Oh no, conmigo no cuenten para eso. Además, me gusta mucho más el campo, prefiero quedarme aquí. Eso de la temporada no es lo mío.

Alex sonrió conocedora de que lo que le importaba a su hermana era ese dichoso vecino—Muy bien, si eso es lo que quieres...pero al menos trata de darnos una mano convenciendo a la tía Aurora. Presiento que nos espera un trabajo arduo para sacarle un sí.

Como Alexandra, lo predijo, su tía armó todo tipo de excusas para desanimarlas. Fueron dos semanas de insistir día y noche las veinticuatro horas de cada día de la semana, hasta que la pobre mujer aburrida de su cantaleta, aceptó.

—¡Por Dios santo!! Me tienen aburrida con ese tema. Saben bien que no estoy de acuerdo en que una mujer quiera ser un adorno en la vida de un hombre. Pero si ustedes lo desean tanto, las ayudaré. Dios sabe que su padre querría verlas en una temporada consiguiendo un buen marido, aunque a mí me parezca ir directo al infierno.

Las chicas se echaron a reír.

—¿Y en que han pensado? Porque si lo que quieren es asistir a esta temporada, déjenme decirles que van terriblemente tarde para todo. No tienen un ajuar como corresponde, ni tampoco las conexiones.

Alexandra habló tímidamente—pensamos que usted las tendría, tía.

La mujer se quedó pensativa—Bueno...ciertamente las tengo, pero hace mucho que no me hablo con algunas de mis amistades. Sin embargo, creo que mi buena amiga Lady Grantley, podría ayudarlas dándoles hospedaje en su casa. Voy a escribirle inmediatamente—se levantó de su silla rápidamente sin achaques o dolencias. Su tía era una mujer joven todavía, y muy atractiva. Ellas no sabían porque había decidido tener esa vida solitaria, pero lo respetaban.

—¡Oh! Se me olvidaba. Díganle a la señora Bradford, que haga los arreglos para llevarlas a la modista del pueblo. Eso funcionará al menos para que tengan unos pocos vestidos presentables que puedan usar hasta que lleguen a Londres. Luego, si es que la condesa acepta tenerlas en su casa, las llevará a su modista y allí manden a hacer el resto de su vestimenta. Debe ser todo el ajuar de Annie, ella debe verse elegante e impecable.

—Tía...por mí no se moleste—le dijo Alexandra—yo solo iré en calidad de chaperona de mi hermana. Sé muy bien que, si voy como una jovencita debutante, solo haré el ridículo. Una mujer de 25 años solo sirve para ser dama de compañía o chaperona.

—¿Entonces solo será Annie?

Alexandra asintió—solo ella. Es la que todavía tiene oportunidad.

—Muy bien, si eso es lo que quieres, así se hará. Pero de todas formas muchacha, vas a ir con atuendos adecuados. El hecho de que seas la acompañante de tu hermana no significa que vas a



vestirte mal o como si fueras una anciana.

—Está bien, tía. Iremos a la modista—sonrió a la mujer que tanto las había ayudado y aún lo seguía haciendo. Recordaba bien cuando eran pequeñas y vivían felices en Summerley. Su casa no era un palacio, pero sí era una de las más grandes del lugar y su familia una de las más respetadas, hasta que su padre comenzó a hacer malas inversiones y en el afán de ganar más para pagar sus anteriores fracasos, fue haciendo todo peor. Luego todo fue en picada; él se contagió de pulmonía y al final murió dejándolas sumidas en las deudas, por lo que su madre tuvo que trabajar duro para saldarlas y al mismo tiempo cuidarlas a ellas. Solo contaba con la ayuda económica que su tía les enviaba. Cuando crecieron, ayudaron a su madre siempre en todo lo que podían y ella les enseñó a todas como hacer diferentes quehaceres y todas las habilidades que pudo, para que pudieran valerse por sí mismas en la vida. Cuando murió todavía demasiado joven, fue la tía Aurora, la que se las llevó a su casa y eso había sido dos años antes. Su tía no era una mala persona. Por el contrario, desde que ellas habían llegado a su casa, les había dado gusto en todo, y vivían como princesas, pero su manera de pensar en poco diferente a la de ellas. Siempre pensó que los hombres no servían para nada y que estorbaban más de lo que ayudaban en la vida de una mujer. Por eso nunca se casó o al menos eso era lo que ella decía. Afortunadamente su padre le dejó una buena herencia que ella con su buena cabeza para los negocios, supo hacer crecer. Su tía se había encargado en esos años en que ayudó a su madre, de ponerles una institutriz a pesar de sus otras carencias, pero ella decía que eso no podía faltarles. Sin embargo, eso contrastaba con el hecho de que jamás pudieron ir a bailes de temporada en Londres, solo a los que se hacían en el pueblo, pues no había dinero suficiente para la temporada de una de ellas, mucho menos para las tres. Nunca quisieron pedirle más dinero a su tía del que ya les daba para ayudarlas, mucho menos para cosas como vestidos y ajuares para una temporada de la que nada saldría, porque ellas no contaban con una dote.

—Pero ahora hay que tocar un punto muy importante—su tía dijo con mucha seriedad—no hemos hablado sobre la dote.

Las tres muchachas se quedaron viéndola temerosas. Como diablos harían para conseguir una. Ya su tía las ayudaba demasiado, y ahora con los vestidos y la estadía en Londres, más alguna asignación para gastos que surgieran, era demasiado. No tenían cara para pedirle más.

—Yo había pensado que al morir y no tener más familiares que ustedes tres, podría dejarles mis cosas. Sin embargo, en el caso de Annie puede que lo que estaba dispuesta a dejarle, sirva como una buena dote. Cuando les mostró exactamente lo que quería darle a cada una, las tres quedaron petrificadas. Era muchísimo dinero.

—Tía esto es muchísimo.

—Bueno, es para asegurar su futuro. Cuando yo me vaya de este mundo, no habrá nadie que las cuide, solo se tendrán a ustedes y el dinero que les deje para que no les falte nada. Pero a pesar de que no comparto la idea de buscar marido, no voy a negarle la oportunidad a Annie. No se la negaría a ninguna si eso es lo que desean, pero ya sabemos que, a su edad, aunque son muy jóvenes, es un poco más duro encontrar un esposo.

—Oh tía...—Alexandra la abrazó—muchas gracias. No sé qué haríamos sin ti.

Adalind y Annie, hicieron lo mismo y también la abrazaron—gracias tía Aurora, nunca pensamos que algo así pudiera ser posible. —dijo Addie mientras Annie la besaba por toda la cara—¡Gracias! ¡Gracias!

Los ojos de todas estaban húmedos y Helen también sintió que los suyos comenzaban a ver borroso—Bueno, bueno, ya basta de sentimentalismos, eso nunca fue lo mío—comentó restándole importancia al asunto—ahora tenemos que enfilar esfuerzos para la pequeña Annie, pueda ser todo un éxito en la temporada.

\*\*\*\*\*

La bella mujer envuelta en los brazos de Adam Hunniford, el cuarto conde Woodbridge, suspiró con una amplia sonrisa mientras acurrucaba su cuerpo desnudo entre las sábanas. Mirando a Olivia, su amante de casi doce meses, Woodbridge se dio un momento para disfrutar de las mieles de su segundo orgasmo, aunque su miembro todavía pedía más.

Olivia murmuraba cumplidos sobre sus habilidades como amante, cuando él sabía bien que había otro más que le daba regalos y con el que ella retozaba cuando no estaban juntos. La verdad era que poco le importaba. Incluso le parecía algo bueno, porque no quería que se apegara tanto a él, que creyera que iban a estar juntos toda la vida o algo por el estilo. Esa relación de ellos no era nada serio, y él se lo había hecho ver más de una vez, era algo de mutuo beneficio; ambos se daban compañía, ella le daba un sexo magnifico, y él le daba joyas y vestidos, luego al terminar la relación ella tendría una casa. Fue su acuerdo desde el principio. Pero también sabía bien que, si ella se ponía intensa, él podría tener a la mujer que quisiera como amante, pues su título y riqueza lo hacían posible. Tampoco era mal parecido y eso siempre obró maravillas en el sexo femenino.

La mano delicada y elegante de ella acarició su espalda.

—¿Quiere más, señorita Russell?

—Por supuesto que quiero más, ronroneó ella en su oído.

Adam se dio la vuelta y se colocó sobre el esbelto cuerpo de Olivia—sus deseos son órdenes para mí—la besó apasionadamente y retiró las sábanas. Cuando estaba a punto de sumergirse en ella nuevamente, escuchó una voz grave muy familiar.

—¡Quiero verlo ya! ¡No me importa si está ocupado, desnudo o en mitad de su impúdica faena, con esa mujercuela! —dijo con su acostumbrado tono demandante, casi como si fuera un rey.

Adam empujó a Olivia—¡vístete! Él no demora en entrar.

—¿Quién? —preguntó ella horrorizada de que alguien entrara a su habitación sin permiso.

—Mi padre.

## Capítulo 2

Alexandra llegó con su hermana menor, a casa de la condesa Grantley, una gran amiga de la tía Helen y ahora su anfitriona. Ella había sido muy amable en ir las a recoger, de paso para poder ver a su gran amiga y ponerse al tanto en cuanto a cotilleos. Luego de eso, y de unos cuantos días en los que se hicieron los últimos preparativos antes del viaje, todas salieron directo a Londres.

Ahora frente a aquella construcción magnífica de tres plantas en pleno Mayfair, ella sentía algo parecido a la alegría máxima y al miedo más aterrador. Era cierto que ella no era quien debutaba, pero, aun así, lidiar con la sociedad no era tarea fácil. Y, de todas formas, aunque fueran hijas de un barón y contaran con la dote de su tía, seguían estando muy por debajo del grupo de jóvenes debutantes de este año, cuyos padres eran la crema y nata de Inglaterra.

—¿En qué piensas Alex? —su hermana se acercó al verla mirando la casa ensimismada.

—En nada en especial. Solo estoy impresionada por este barrio. Es hermoso.

—Por supuesto que lo es. Nadie con dinero viviría en otro lugar.

—¡Señoritas! —las llamó la condesa— ¿que están esperando? ¡Vengan! Quiero mostrarles sus habitaciones y debemos tener una importante charla.

Ambas se apresuraron al encuentro de su anfitriona, y luego entraron a la casa. Sí por fuera era magnífica, por dentro era impresionante.

¡Vamos, vamos! —les dijo la condesa. Ellas subieron las escaleras hasta llegar a un hall donde le señaló una puerta. Cuando Annie y Alexandra entraron, vieron dos hermosas habitaciones, que casualmente se comunicaban entre sí. Los dormitorios eran prácticamente iguales en sus puertas con paneles y ventanas grandes con los mismos paneles a juego. También en la distribución de los muebles; la cama de dosel cerca de la puerta de entrada y frente a la cama, una chimenea contigua a un tocador de madera tallada que llevaba un espejo central. Cerca de este una ventana grande que daba al jardín donde se veían las hermosas flores plantadas con cuidado y un huerto grande. Del otro lado había un espejo de cuerpo entero y un armario que se suponía era para guardar la ropa, pero era tres veces el tamaño del de su casa. De hecho, más grande que él tenía en la habitación de su tía. Sin embargo, la diferencia entre las dos habitaciones consistía en que las paredes estaban forradas en un papel tapiz de flores en color verde, la una, y en color crema la

otra. Y así mismo eran las cortinas de seda muy elaboradas y de buen gusto, así como la ropa de cama. Eran habitaciones grandes y lujosas para los familiares que muy probablemente visitaban a la condesa.

—Bueno, ahora las dejo para que se pongan cómodas. La señora Brusser, el ama de llaves, se encargará de lo que necesiten.

—Muchas gracias, condesa.

—Ya lo hemos hablado, queridas. Díganme Dorothy, si quieren, y solo delante de los demás lady Grantley.

—Está bien, Dorothy—dijo Alexandra.

—Refrésquense un poco y luego alístense para salir. Nos espera un arduo trabajo y esta tarde necesitamos ser vistas, para que no sean unas totales desconocidas en el baile de debutantes. Además, en vista de que nadie sabe de su existencia, pero si conocen a su tía, tengo que mover mis influencias para que nos envíen invitaciones para ustedes.

—¿Cree que lo hagan?

—Oh, por supuesto—dijo restándole importancia al asunto—si yo se los pido, lo harán. —tocó cariñosamente el rostro de ambas—ustedes solo dedíquense a verse hermosas, porque esta tarde tienen que deslumbrar. Ya he enviado una nota a una buena amiga avisándole de su llegada y ella nos acompañará a dar una vuelta por el Hyde Park.

Alex se fue a su habitación y Annie hizo lo mismo. Sin embargo, al estar en habitaciones contiguas, podían hablar y tener cierta privacidad, por lo que no se sintieron alejadas o fuera de lugar. Ambas se fueron a descansar y un poco más tarde, Annie fue a la habitación de su hermana con dos vestidos—¿cuál te gusta más?

Los dos son hermosos; uno era color marfil satinado: la falda de corte redondo completo hacia abajo; estaba adornada con un doble volante de encaje más oscuro, encabezado por una capa de satén blanco; con un racimo de hojas. Estas iban colocadas a distancias regulares, y entre cada una había una pequeña roseta de seda. A partir del busto, en la parte del corpiño, había una doble caída de tela, y las mangas eran de satén blanco cortas y en forma aglobada.

—¿Y cómo has pensado llevar el cabello?

—No lo sé...tal vez en rizos sueltos en el frente, y cayendo bajo, a los lados de la cara. Lo demás se lo dejo a la creatividad de la doncella.

—Es una buena idea, y el vestido es hermoso Annie, te verás preciosa. ¿Qué collar usarás?

—Lady Grantley me dijo que tenía un collar y pendientes de topacio que puede prestarme.

—Oh querida, no lo sé...no me parece que sea lo correcto.

—Pero ella me lo ha ofrecido. Yo jamás pensé en pedírselo.

Alex no estaba muy convencida. Sí su hermana usaba eso y lo perdía, no quería ni imaginarlo.  
—Bueno, ya pesaremos en eso cuando llegue el momento. ¿Y el otro vestido que quieres ponerte?

—Es este, desdobló un lindo vestido de color violeta con un corpiño de satén y encaje de colores, acompañado con adornos franceses; la parte inferior era de, muselina india con doble volante de encaje en la parte inferior; que se adaptaba al cuerpo perfectamente. Por último, llevaba una faja larga de satén violeta, atada al frente.

—Y me pondría el collar de la tía, junto a unos guantes a juego y zapatillas de raso.

El gesto en el rostro de su hermana lo decía todo. Annie estaba feliz y Alex se sintió feliz por ella. Se imaginaba que era como un cuento de hadas y deseaba de corazón que pudiera conocer a un buen hombre que la apreciara, que viera el verdadero valor de su corazón.

—¿Y tú que te vas a poner?

—Eso no importa, no seré más que la chaperona.

—Pero eso no implica que vayas con un vestido anticuado—la regañó. Además, vi un vestido muy hermoso como para ese baile, entre los trajes que la modista de mi tía te hizo—la miró como si fuera su gran proyecto—vamos, hermana. Escogeremos el mejor vestido y cuando vayas al baile mañana seremos dos, las asediadas por tantos caballeros.

—Alex no tenía ganas de pensar en eso ahora, pero cuando a su hermanita menor se le metía algo en la cabeza, no había quien se lo quitara. —Está bien—rodó los ojos y fue con ella mientras pensaba en que solo un hombre muy desesperado se fijaría en ella con tantas jóvenes ricas, y bellas en aquel baile.

\*\*\*\*\*

Adam estaba tomando su segundo vaso de wiskey cuando llegó su amigo Ethan.

—¿Listo para el primer baile de la temporada?

Adam lo miró extrañado—¿Tu, hablando de la temporada? Creí que la odiabas.



—Lo hago, pero mi hermana no habla de otra cosa y estoy a punto de dispararme—le dijo con una expresión de terror que hizo que Adam se echara a reír.

—Olvidaba que la pequeña Lindsay, va a debutar esta temporada.

—Y no sabes en lo que mi casa se ha convertido. Es un maldito desfile de costureras, joyeros, y asesores de imagen.

—¿Qué cosa?

—Como lo oyes. Un francés afeminado llegó hace días diciendo que era el asesor de imagen que mi madre había contratado para Lindsay. Cuando el hombre llegó y ellas lo recibieron, parecía que estuviéramos hablando del mismísimo príncipe regente.

Adam sonrió—pareces que necesitas más este trago que yo—le dijo extendiendo la mano para darle su vaso de licor.

—Gracias—su amigo tomó la bebida de un solo trago.

—Vas a ir al baile, me imagino.

—Tengo que hacerlo. Van a ir demasiadas aves de rapiña como para dejar a mi bella hermana sola—dijo Ethan con cara de pocos amigos.

—Tienes razón. Lo cierto es que tu hermana se ha convertido en una hermosa dama y junto a su dote, son dos cosas que la hacen un precioso tesoro.

—Bueno, pero no has contestado mi pregunta—¿Estas listo para el baile?

Adam terminó su trago—Estoy listo. Pero que esté entusiasmado con la idea, es otra cosa.

—Tal vez por fin encuentres a esa mujer que te enamore y te haga poner fin a tu adorada libertad.

Adam lo miró con horror—eso jamás pasará. No hay mujer en el mundo que me haga abandonar mi soltería.

—Siempre llega ese momento, mi amigo—dijo una voz conocida—sobre todo a nosotros, los herederos de un título.

—Cragen, pensé que no vendrías. ¿No se supone que estabas en Exeter? —preguntó Adam pensando que ojalá hubiera sido así. Ese tipo era un problemático y le encantaba meter en problemas a los que llamaba amigos. Siempre había sido así desde que estudiaban en el colegio.

—Lo estaba, pero me rindió el tiempo y pude llegar antes.

—Bueno...uno más que irá al baile—dijo Ethan divertido.

—Por supuesto. Jamás me lo pierdo.

—Pues si jamás te lo pierdes ¿por qué es que no has encontrado ya una esposa? —preguntó Ethan.

—Porque es demasiado exigente—dijo Adam.

—Porque no la he estado buscando—respondió él burlándose de los dos. —Que yo sepa el exigente aquí eres tú, Lord Woodbridge. Podría apostar a que como siempre no vas a encontrar a alguien de tu gusto.

—Lastimosamente mi padre ha estado molestando tanto con el tema de un heredero que al menos para mantenerlo calmado, voy a tener que escoger a alguna ingenua criatura para que él se apacigüe, sino me volverá loco.

Ethan y Cragen, empezaron a burlarse—¿Y crees que puedas conseguirla en esta temporada?

—Estoy contando con que no solo sea en esta temporada sino en este primer baile. No es que me apasione estar en cada evento de la temporada.

Ethan alzó su copa—brindemos entonces por esa pobre alma que caerá en tus manos.

\*\*\*\*\*

Por fin había llegado el tan anhelado día del baile de debutantes. El primer baile de la temporada. Annie se había colocado al final el de color crema. No era porque fuera su hermana, pero se veía de verdad impactante. Había notado muchísimas miradas cuando ella entró al lugar y los caballeros no habían dejado de pedirle que les reservara un baile en su tarjeta.

—Mi tarjeta está casi llena—dijo con una sonrisita traviesa.

—Espero que tus pies resistan. Son muchos bailes, hermanita.

—Lo haré, no te preocupes. Y hablando de otra cosa ¿has visto que hombres tan guapos hay aquí? Hay varios que harían una excelente pareja contigo.

—Annie, ya te dije que no estoy aquí por eso.

—Lo sé, lo sé, pero si el destino quiere que encuentres a alguien en este baile, me imagino que no te vas a oponer ¿o sí?

—No, creo que no—dijo siguiéndole el juego.

—Muy bien, porque esos dos hombres guapos que están allá son perfectos para ti y para mí. — con la mirada se los señaló.

Alex tuvo que reconocer que eran muy guapos. Ambos muy bien vestidos con frac negro exudando riqueza y masculinidad.

—¡Oh, Dios! —creo que vienen hacia acá—dijo Annie en tono alarmado—¿Crees que nos inviten a bailar?

—Creo que te invitaran a bailar a ti.

—¿No sería eso extraño? —preguntó Annie con gesto burlón.

—¿Qué cosa?

—¿Que dos caballeros me invitaran a bailar al mismo tiempo?

—Ni crean que bailaran con ese casanova de Lord Woodbridge. Ese hombre es muy apuesto, pero tiene la peor fama de mujeriego.

Eso desinfló un poco a Alex. Que ni siquiera sabía porque se sentía así. Ella ni conocía al hombre ¿Qué diablos le importaba que el fuera un mujeriego?

Volvió su mirada nuevamente a él. En su camino se había topado con dos jóvenes que lo miraban como si fuera la mejor presa del pavo. Eran todo sonrisas y miradas deseosas. Entablaron una conversación con ambos hombres, y ella entonces pudo observarlo mejor. Era alto, de cabello muy oscuro casi negro y ojos al parecer verdes, sino veía mal. Era muy lógico que el sedujera a todas esas mujeres que decían que habían caído en su lista pues tenía presencia, riqueza, y encanto.

—¿Sí notaste que habla con esas mujeres y de vez en cuando su mirada se desvía hacia ti? —le dijo Annie.

—¡Por favor! No es momento de alucinar. Ese hombre jamás miraría a alguien como yo, después de tener alrededor todas esas jovencitas, casi niñas que no hacen sino desvivirse por él. De repente sintió ganas de mirarse al espejo. Pero antes de tener la oportunidad de ir al tocador

de damas, para hacerlo, sintió una risitas cerca de ella, y volteó a mirar.

Un grupo de mujeres la miraba a ella y a su hermana. Ella no supo de qué se trataba, pero al parecer el chiste era muy bueno porque no paraban de reírse. Tuvo ganas de ir a preguntarles que les causaba tanta risa, pero estaba allí por su hermana y así tuviera que hacer lo que fuera, Annie conseguiría un buen esposo. No importaba que fuera la única de las tres que lo consiguiera y para eso, no podrá ir a reclamarles a esas cabezas huecas porque se podría armar un escándalo.

Luego de un rato ambas dejaron de ser el centro de atención del funesto grupo y las miradas de todas se dirigieron a Lord Woodbridge. Obviamente lo único que miraban de él, no era su apariencia, sino también sus ingresos. Y si eso no era suficiente, según le había escuchado hacía un rato del grupo de chismosas, era conocido por ser muy buen amante, algo que aparentemente era un secreto a voces entre todas las damas de sociedad.

Adam miraba a las dos mujeres a un lado de la pista de baile, eran encantadoras. Estaba a punto de invitar a una de ellas a bailar cuando se topó con las hermanas Branson, dos chicas lujuriosas con las que había tenido el placer de estar hacía un tiempo ya. Con esa cara dulce e inocente, eran tremendas y muy picaras. Sentía pena por el pobre idiota que se casara con alguna de ellas porque las dos hermanas eran más que expertas en las artes amatorias y desde hacía mucho habían perdido esa inocencia que tanto buscaban los hombres que estaban en aquel baile, o al menos la mayoría. Estuvo un rato más hablando con ellas y luego se zafó como pudo, para ir hacia donde estaba la joven dama que le había llamado la atención.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —alguien tocó su hombro. Se dio la vuelta y vio a Cragen sonriendo.

—Solo iba a invitar a bailar a una dama.

—¿Qué dama? —el miró para todos lados hasta que vio a las dos bellezas del fondo—Ahhhh ya veo—le dio una mirada intrigada—no te culpo amigo mío, ¿pero has escuchado quiénes son?

—No. De hecho, son dos caras nuevas para mí.

—Claro que lo son. Jamás habían estado en una temporada.

—¿Y dónde diablos han estado metidas? —se burló Adam.

—Pues son las hijas del barón Bibury, un hombre que cayó en desgracia y lo perdió todo. Tampoco tuvo hijos varones así que el título pasó a un primo lejano que no tiene nada que ver las tres hijas del difunto barón.

—Es una pena. Pero lo que no entiendo bien, es ¿cómo lograron entonces costearse una temporada?

—No están las tres. ¿Es que no las has visto bien? —se burló—son bastante mayorcitas a comparación del resto de las jóvenes del baile.

Adam las volvió a mirar, pero no veía mucha diferencia.

—En todo caso, deben estar por los veinticinco años más o menos, y creo que la mayor viene solo como chaperona de la menor que es la que al menos tiene todavía una oportunidad de asistir a su última temporada.

—Ya veo.

—Lo que no entiendo es como siendo tan hermosas, no están casadas.

—Parece que se dedicaron a cuidar a su madre que murió hace unos años y al no tener medios para costearse una temporada, decidieron dejar que el destino siguiera su curso. El tema es que fueron tan afortunadas que su tía, otra solterona, es una mujer con mucho dinero que ahora las está ayudando.

—¿Y eso que significa exactamente?

—Bueno, que la anciana les ha dejado su fortuna a las tres, según lo que escuché, pero como ya no tienen edad de debutar en un baile de solo jovencitas, han decidido vivir solas y ayudar solo a la menor, que para ser sinceros es una hermosura. Le dijo mirando a la joven de cabello dorado claro, con grandes ojos de color zafiro y labios rojos como fresas.

—Me imagino que vas por esa.

—Te equivocas. La que ha llamado mi atención es su hermana. La que dices que es su chaperona.

Cragen la miró de pies a cabeza—no negaré que es una belleza, pero podrías tenerla sin verte obligado a casarte. Esas mujeres así están tan desesperadas que caerán en tu cama sin mucho esfuerzo. Luego si deseas casarte búscate a una más acorde a tu título. Margareth Lansbury, es hija de un marqués que además de tener mucho dinero, estaría encantado de que desposaras a su hija.

—Cragen, no arruines mi maldita noche hablando de matrimonio—le advirtió.

El otro se echó a reír—Sabes que me encantan las apuestas.

—¿Y eso a que viene? —la miró extrañada.

—Bueno, que creo que podríamos apostar si eres capaz de seducir a esa chica. Eso lo haría más divertido ¿no crees? —le hizo señas a Ethan que estaba hablando con un hombre mayor, para

que se acercara. Cuando este llegó hasta ellos, le dijo de sus planes—Estaba hablando con Woodbridge y le he propuesto que, si seduce a una de las solteras Payton, le daré lo que quiera. ¿Entras en la apuesta?

—Suenan divertido. ¿Cuál de ellas será?

—la mayor. Creo que es lady Alexandra.

Adam sonrió con autosuficiencia—lo divertido será que después de que logre mi objetivo ustedes me tengan que pagar con aquel caballo árabe que tanto me gustó.

Ethan y Cragen abrieron los ojos desmesuradamente—¿de qué caballos hablas? ¿Del negro que vale más que mi casa de campo? —preguntó uno de ellos.

—Ese mismo. Será eso o no haremos apuesta.

—Muy bien, que así sea. —dijo Cragen divertido.

—De verdad espero que lady Alexandra sea una mujer con moral y principios, porque de eso depende que no me arruines.

Todos se echaron a reír y la apuesta quedó hecha.

Adam fue directo a su presa y vio cuando ambas se percataron de que iba para allá. La más joven le dijo a la otra algo y esta se puso roja como un tomate. Cuando estuvo frente al grupo saludó primero a la condesa.

—Milady —dijo tomando su mano e inclinándose sobre ella. Hace mucho tiempo que no tenía el placer de verla.

—Lord Woodbridge por un pequeño momento alcancé a pensar que ya no venía a este tipo de bailes a los que, si mal no recuerdo, suele venir a cazar muchachas incautas. —su tono era severo, pero Alexandra pudo ver que no lo decía en serio.

Adam sonrió—Los hombres llegamos a una edad en la que cambiamos. ¿Cómo le dicen? ¿Madurez, creo?

—Oh Bueno, yo le llamo inteligencia. Y solo les llega a unos cuantos.



Adam no pudo evitar echarse a reír—veo que sigue siendo la misma—le dijo con su mirada fija en otra parte.

Lady Grantley siguió su mirada para ver que estaba puesta en Alexandra. —Disculpe, ¿Puedo presentarle a lady Alexandra Payton?

—Por supuesto—respondió él enseguida saludándola con cortesía.

Alexandra lo miró y sonrió tímidamente ofreciéndole su mano. —Es un placer, milord.

—El placer es mío, lady Alexandra —contestó Adam, al tiempo que tomaba su mano y se inclinaba sobre ella para rozarle los nudillos con los labios.

Alexandra llevaba guantes, pero eso no impidió que toda su piel se erizara con aquel toque. Trató de disimular y miró para otra parte, sin embargo, su sonrojo la delataba. Eso hizo sonreír a Adam.

—¿Lord Woodbridge, me permite presentarle a mi hermana lady Anne Payton?

—Desde luego—tomó la mano de Anne y la besó—un gusto conocerla lady Anne.

—El gusto es mío, milord—ella hizo una pequeña reverencia.

Un vals comenzó a sonar en ese momento y Annie con su usual imprudencia se emocionó— ¡Alex, que emoción!! Un vals. Ya sabes cómo me gustan, es una pena que ya lo tenga reservado en mi tarjeta para lord Harlow.

—¿Y usted, lady Alexandra?

—¿Yo? —ella lo miró sin comprender. Ese hombre no podría estar invitando a bailar a la chaperona de su hermana.

—Sí, ¿usted ha reservado este baile?

Ella negó con la cabeza sonriendo—por supuesto que no.

—Muy bien, entonces permítame invitarla a bailar—extendió su mano—¿me haría el honor de concederme esta pieza?

La condesa los miró con suspicacia, pero no dijo nada. Alex tomó la mano que le ofrecían y salió a la pista de baile seguida por su hermana que iba con su compañero de baile.

Alexandra podía sentir las miradas de todos sobre ella, en especial de aquel grupito que antes se burlaba.

Adam parecía no tener ojos para nadie más y la tomó suavemente por la cintura en el momento en que comenzaron a bailar. Era una danza suave que se prestaba para largas conversaciones y ella no tenía idea de que decir.

—¿Se siente nerviosa? —le preguntó Adam al verla incómoda.

—No, no, lord Woodbridge, si le he dado esa impresión le ruego me disculpe. Lo que sucede es que hace bastante tiempo no bailaba y bueno...no puedo olvidar que soy la chaperona de mi hermana, no debería estar bailando.

—¿Por qué no? —quiso saber él.

—¿No tiene derecho a divertirse?

—Por supuesto, pero no cuando cuido de una jovencita.

Adam no pudo evitar reírse. Encontraba cómico el hecho de que Alexandra hablara de su hermana como si entre ellas hubieran décadas de diferencia. Al verla, él se daba cuenta de que también Alexandra era una joven ingenua. Pero esa forma de pensar se la debía a la estúpida sociedad, que tenía ideas retrógradas y absurdas en cuanto a la edad para casarse de una mujer.

—¿Puedo preguntar qué es lo que le causa tanta gracia? —su rostro permanecía serio.

—Encuentro divertido que hable de usted como si fuera veinte años mayor que su hermana cuando por mucho le debe llevar tres o cinco años máximo.

Ella lo miró con otros ojos. Él no se burlaba de ella, se burlaba de su forma de verse a sí misma. Y eso fue nuevo para Alex que siempre se había sentido como si tuviera veinte años más de los que tenía.

—Le ruego me perdone si soy atrevido, pero usted es una joven también. Una muy hermosa que se merece estar aquí bailando como todas las demás. Me atrevo a decir incluso que es la mujer más hermosa de la noche.

—Por favor, milord, le pido que no se burle de mí.

—Créame señorita Payton. No me burlo—su mirada decía que en efecto no lo hacía, y a ella le empezaron a temblar las piernas.

—Y dígame señorita Payton ¿Tiene más hermanas?

—Sí, de hecho, somos tres. Adeline, mi otra hermana se ha quedado en Summerley, acompañando a mi tía.

—¿Y es su primera vez en Londres?

—No, ya he venido otras veces...o al menos lo hacía cuando era pequeña. Veníamos con mi padre y mi madre. Sin embargo, debo decir que ha cambiado mucho desde la última vez.

—Ya lo creo. Londres está en constante evolución. Pero desafortunadamente es tanta la gente que viene a vivir aquí, que las construcciones son insuficientes y los olores se hacen insoportables. Yo prefiero el campo ¿y usted?

—Oh sí, definitivamente es mucho mejor.

De repente él le dio una vuelta y luego otra, y ella se sintió flotar en medio de la pista. Cuando volteó a un lado alcanzó a ver la mirada de su hermana que la observaba sonriente y poco después todo había terminado. Todas las parejas aplaudieron y los caballeros hicieron una pequeña venía a las damas, para luego escoltarlas hasta donde se encontraban sus padres o chaperonas.

—¿Le gustaría tomar un poco de ponche? —preguntó Adam sintiéndose acalorado.

—Muchas gracias, eso me agradaría.

En cuanto él se fue y ella se quedó sola, miró para todos lados, pero no encontró a su hermana. Volvió a buscar, pero no la veía entre la cantidad de gente y se asustó. No era bueno que ella estuviera por ahí sin compañía. No esperó al conde y se fue a buscarla. Cuando pasaba por el tocador de damas alcanzó a escuchar que hablaban de ella, y se detuvo.

—No hay forma de que la hija de un barón venido a menos vaya a tener algo serio con el conde de Woodbridge.

—¿Es que acaso no lo viste bailando? Yo diría que hay bastante atracción entre ellos.

—Por Dios ¿Alguien le ha dicho al conde que esa es una solterona y que además es sobrina de la solterona mayor de todo Londres?

Todas se burlaron—si no lo sabe hay que ponerlo al tanto. Ella sería feliz con semejante pesca —dijo otra voz.

—Ni hablar de su hermana. La pobre no disimula las ganas que tiene de cazar a un noble, y esos modales...—se burló—es demasiado campestre para mi gusto.

—La mayor parece más inteligente, incluso diría que calculadora.

—Me parece un tanto apresurado enfocarse en solo conjeturas. Ellos lo único que han hecho es bailar, nadie habla de matrimonio.

—Tienes razón—con tantas mujeres mejores que ella, con más dinero e hijas de nobles, ella no tiene una sola oportunidad.

—Es hija de un barón.

—Un barón empobrecido que además ya murió—todas rieron de nuevo.

Alexandra no pudo soportar aquella cantidad de chismorreos sobre ella y su hermana y se fue de allí rápidamente sin que la vieran.

Siguió su búsqueda hasta que desde el punto donde estaba alcanzó a ver al conde que hablaba con alguien y se dio cuenta de que era su hermana. Respiró más tranquila y fue a su encuentro.

—Anne ¿Dónde estabas?

—No debe preocuparse por ella, señorita Payton. Hemos estado hablando animadamente y no he permitido que ningún caballero sospechosos la aseche.

Eso le sacó una sonrisa—muchas gracias lord Woodbridge.

—Es un placer—le dijo en tono divertido. Ahora me temo que debo marcharme.

—¿Tan pronto? —dijo Anne, ganándose un punta pie de su hermana.

—Auchhh

—¿Le pasa algo?

—Oh no, no es nada, creo que algún bicho me ha picado—miró a su hermana de reojo.

—Quiero agradecerle por el baile, lady Alexandra, y de paso me gustaría poder volver a verla, sino es muy atrevido de mi parte pedírselo.

—En lo absoluto—respondió Anne rápidamente ganándose otro punta pie.

—No lo creo, milord—contestó Alexandra enseguida.

—¿Perdone?

—Dije que no lo creo. No sería muy buena idea que lo vieran con la chaperona de una joven debutante.

—Él la miró extrañado. Creía que todo iba bien en su plan de conquista, pero al parecer se había equivocado—¿Está usted segura? Yo no suelo juzgar a la gente por cosas tan superficiales.

—Por supuesto, milord. Sino lo estuviera no se lo diría—sabía que sonaba un tanto grosera, pero era lo mejor. Solo sería un dolor de cabeza para ella que un hombre como ese la visitara. Y tal vez podría perjudicar con su comportamiento a su hermana.

—Como deseé entonces. Quizá volvamos a vernos en otro momento—dijo inclinándose de nuevo —. Ha sido un placer conocerla.

—Gracias—fue lo único que pudo responder sintiendo que un nudo en su garganta comenzaba a formarse.

Mientras Adam se dirigía a su casa en el carruaje, con una sensación de molestia y curiosidad, pensaba en que aquella mujer no parecía deslumbrada como las demás por su título. Por el contrario, lo trataba como a cualquier persona. Eso era algo que no le pasaba a menudo, y como si fuera poco, cuando creyó que todo estaba listo para comenzar su etapa de seducción, ella lo había despachado sin contemplaciones, como si se tratara de cualquier individuo.

No podía negar que esa mujer lo intrigaba, y cada vez más pensaba que llevar a cabo esa apuesta no iba a ser ningún sacrificio, pues no se trataba solo de una mujer hermosa sino además muy particular.

## Capítulo 3

Días después Alexandra caminaba por el parque con Anne, y estaban totalmente absortas en su conversación.

—¿En serio crees que era lo más adecuado?

—Por supuesto, Annie. Imagínate que ese hombre mujeriego venga a visitarme. Todo el mundo lo verá como que soy la próxima en su lista, si es que acaso no dicen más cosas.

—¿Y qué te importa? ¿Es que acaso un hombre como ese, no puede querer asentarse y tener por fin algo serio con la mujer indicada?

—Ay mi niña, ¿qué sabes tú de lo que quiere un hombre como ese?

—¿Y tú sí? Alex eres unos cuantos años mayor que yo, y jamás te he conocido un novio. — tomó su mano—hermana te amo, y quiero que encuentres la felicidad.

—¿Y la felicidad según tú, es con él?

—¿Por qué no? Al menos acepta conocerlo un poco y si no se llevan bien, apártalo.

—Annie, Annie...hablas con tanta facilidad, sobre todo.

—¿Porque mejor no hablamos de ti? Te vi bailar con varios caballeros muy interesados esa noche y al día siguiente llovían las flores y tarjetas de visita.

Annie empezó a reír —¡lo sé! Pero me siento algo abrumada.

—¿Porque, cariño? ¿Acaso no era esto lo que deseabas?

—Bueno...si, pero no me imaginé que tantos hombres vinieran a tocar la puerta.

—¿Y no hay alguno que te interese más que los demás?

—De hecho, hay uno...pero no estoy segura. Creo que yo también le agradé. Además, me ha



enviado flores y parece muy interesado, pero también vi que bailó con otra mujer a la cual le sonreía demasiado.

—Te digo lo mismo que me dijiste a mí. Date la oportunidad de conocerlo y te iras dando cuenta si es la persona que te conviene o no.

—Sí, es cierto. Tal vez tengas razón. Él me ha invitado a dar un paseo mañana.

—Pero eso es magnífico. Te ayudaré a vestirme para que te veas realmente hermosa. Sí tiene alguna duda de empezar a cortejarte, después de ese paseo y de que te conozca mejor, no le quedará ninguna.

Annie se quedó mirando hacia una parte fijamente.

—¿Que sucede?

—¿No es ese, lord Woodbridge?

Alexandra volteó a ver tan rápido que su cuello dolió—oh por Dios, él es. Y creo que viene hacia acá.

—No se te ocurra mandarlo al diablo como la última vez, Alex—le advirtió su hermana.

Ella tragó en seco, todavía no lo tenía enfrente y su corazón latía fuerte. Su mente fue hasta el día del baile y lo feliz y ligera que se había sentido en sus brazos cuando estaban disfrutando de aquel vals.

—Buenas tardes, señoritas.

—Buenas tardes, lord Woodbridge. —dijeron ambas al tiempo que se inclinaban ligeramente.

—Que maravillosa coincidencia encontrarlas aquí—las saludó besando la mano de cada una.

—Sí...una gran coincidencia en realidad. —dijo Annie.

—Señorita Payton ¿Cómo ha estado?

—¿Yo, muy bien y usted?

—Maravillosamente—le dio una sonrisa de oreja a oreja. —¿Me permiten acompañarlas? —les preguntó a las dos.

—Por supuesto—dijo Annie antes de que su hermana dijera algo.

—Permítanme—les ofreció su brazo a las dos, una a cada lado.

—¿Y qué hacía por aquí, Lord Woodbridge?

—Estaba en casa de un amigo y como queda bastante cerca decidí caminar. No es bueno usar el carruaje para todo ¿no le parece?

—Estoy completamente de acuerdo con usted—dijo Anne.

—¿Y ustedes?

—Oh bueno...nosotras solo queríamos pasear un poco y respirar otro aire.

—Ya veo... y no les gusta cabalgar? Hay mucha gente que le gusta cabalgar bien temprano por este parque.

—Bueno...yo no soy lo que se dice una perfecta amazona y Annie está recibiendo clases un par de días a la semana, sin embargo, es muy pronto para ser tan temeraria y venir aquí a cabalgar delante de tanta gente experta.

—Con mucho gusto yo podría enseñarle—Adam le propuso enseguida, pensando que sería un excelente plan poder disfrutar de su compañía y de paso disfrutar de su gran pasión que eran los caballos.

¿Ella no respondió enseguida—le gustan mucho los caballos, Lord Woodbridge?

—Siempre han sido mi pasión. Recuerdo desde muy pequeño que mi padre me regaló un pony, y desde ese momento fue amor a primera vista. Lo siguiente que supo es que estaba cabalgando los diferentes ejemplares de mi padre, hasta que él me regalo uno muy especial.

—Me gustaría conocerlo—dijo Annie.

—Es una pena que no se pueda, Dark Night, murió hace un año.

—Oh...lo siento mucho—comentó Alexandra apenada.

—Era un buen caballo, además de muy hermoso.

—Y de que murió si no es impertinente mi pregunta.

—Para nada. Murió de viejo, tenía muchos años conmigo y bueno...se fue cansando en los paseos y a pesar de que lo consentíamos mucho en la casa, poco a poco su salud desmejoró y quedó ciego de un ojo. Tal vez fue egoísta de mi parte, porque todo el mundo me decía que lo sacrificara, pero era incapaz de matarlo.

—Lo entiendo, creo que habría hecho lo mismo—Alex lo miró con tristeza.

—Di gracias a Dios, el día que amaneció sin vida porque dejó de sufrir y yo no tuve que acabar con el por mi mano.

—Era una historia triste pero que dejaba ver un lado suyo que ella no pensó que tuviera, pues la gente lo pintaba como un mujeriego sin corazón.

Conversaron tan a gusto mientras caminaban que ninguno se percató de lo tarde que se había hecho hasta que no vio los patos en el lago. Ella siempre les daba de comer y sabía que cuando era bastante tarde toda la familia de patos se salía de allí e iba a algún lugar. Luego miró a su alrededor y vio gente, pero mucha menos de la que había cuando acababa de llegar—oh mi Dios! Me temo que se nos ha hecho tarde. La condesa debe estar preocupada, le dijimos que era solo un paseo corto.

—Sí gustan puedo acompañarlas y le diré que fue culpa mía.

—Oh no, no hay necesidad. Usted tendrá sus cosas que hacer.

—De verdad puedo acompañarlas sin problema alguno.

—Estaremos bien—le dijo Alexandra.

—Muy bien, si es lo que desean, las dejaré entonces. —hizo una inclinación y beso la mano de cada una—ha sido un verdadero placer disfrutar de su compañía.

—Para nosotras también, lord Woodbridge.

—Por favor, vaya a visitarnos a casa de la condesa. Estoy segura de que a ella también le agradará verlo.

Alexandra miró a su hermana con los ojos abiertos de par en par *¡Por Dios! ¿Pero es que Anne no puede mantener la boca cerrada? Se preguntó molesta.*

Adam miró a Alex. Sabía que no le gustaba mucho la idea por la cara que hizo y trató de disimular. Lo que no sabía era la razón de su malestar hacia él, pues no le había hecho nada. — muchas gracias, señorita Anne, será un placer.

La mañana siguiente ambas hermanas desayunaban cuando el mayordomo llegó con un ramo de flores que amenazaban con tumbarlo al piso de lo enorme que era.

—Buenos días, milady. Ha llegado este ramo para lady Alexandra.

—¡Oh que maravilla! ¡Es hermoso! —exclamó la condesa, emocionada.

El más enorme arreglo de flores que había visto en su vida, estaba frente a ella—No creo recordar a alguien que pueda tener un gesto como este—dijo Alexandra confundida.

—Tu no, pero yo sí—sonrió Anne con gesto travieso—estoy segura de que sé quien las envía. Podría incluso hacer una apuesta.

—Niña, por favor. Eso no es algo que una dama haría—le regañó la condesa.

Alexandra le dijo al mayordomo que las colocara en la mesa y luego algún lacayo la llevaría al salón. Tenía miedo de que el pobre hombre no soportara más el peso de aquella monstruosidad de arreglo. Lo miró un momento; era de rosas amarillas y una sola rosa lavanda.

—¿No significan las rosas amarillas amistad? —preguntó Anne.

—Sí, eso creo—dijo la condesa sonriendo—lo que me causa curiosidad no son todas las amarillas sino la de color lavanda.

—¿Por qué? ¿Es algo atrevido?

—No. De hecho, significan amor a primera vista.

Alexandra no sabía que pensar de eso. Ella jamás le había puesto mucha atención al lenguaje de las flores, pero si esta flor significaba eso, ella estaba en problemas.

—¿En qué piensas, Alexandra? —la condesa quiso saber al verla como ensimismada.

—No me parece correcto que me envíe flores a su casa, condesa.

—Por Dios, niña. ¿Me ves molesta? ¿Ustedes están viviendo aquí temporalmente y si no les

envían flores y las visitan aquí, donde más lo va a hacer?

—¿Pero usted está de acuerdo con esto? —la miró confundida.

—Bueno...tengo que ser sincera. No me esperaba tener dos chicas siendo cortejadas al tiempo, pero definitivamente me parece estupendo que ambas puedan terminar la temporada comprometidas.

—Oh no, lady Grantley. Yo no he venido a eso.

Dime Dorothy, querida. Además ¿Por qué eres tan reticente al tema, querida? ¿Qué tiene de malo que consigas un esposo? No creo que tu sueño sea estar soltera de por vida. Puede que sea tentador cuando se tiene tu edad, pero luego cuando los años pasan y te sientes sola o empiezas con achaques y no hay nadie que te ayude o te cuide, ya no es tan bonito.

—Prefiero eso a vivir con un hombre mujeriego que me haga sufrir o, peor, uno que me golpee.

—No todos son así Alexandra. Mi esposo que en paz descansa era un buen hombre y lo único que lamento de haberme casado con él, es que no haya durado más tiempo vivo. Éramos felices.

—¿Quién puede ser adivina para saber cómo será el futuro con el hombre con quien se casa? Usted tuvo suerte, pero no sé si yo la tenga.

—Ay por favor, Alex. No seas dramática. Siempre pensando mal. ¿Por qué en lugar de estar pensando cosas tontas, no lees la tarjeta? —exclamó su hermana perdiendo la paciencia.

Alexandra frunció el ceño. Le molestaba que su hermana no respetara su forma de pensar. Sin embargo, tomó la tarjeta para ver lo que decía y la leyó en voz alta.

***Mi estimada Lady Alexandra, le envío estas flores como muestra de mi respeto y a la vez como un ofrecimiento de mi amistad. Si quiere poner significado a la rosa lavanda hágalo, si no, solo déselo a las rosas amarillas. Será lo que usted quiera que sea.***

***Atte,***

***L.W***

—Oh mi Dios! Ese mensaje es muy diciente—la condesa comentó entusiasmada. ¿Es que se han reunido en algún lugar?

—No, lo que pasa es que el día que estábamos en el parque, nos lo encontramos y se ofreció a acompañarnos. Eso es todo.

—Muy bien...—su mirada era calculadora—querida esto puede ser muy importante. No debes echarlo en saco roto.

—No pienso hacer nada al respecto. ¿Solo porque ese hombre me envíe flores debo pensar en tener algo con él? —dijo molesta. Luego se dio cuenta en la forma en la que le había hablado a la condesa—Lo siento, Dorothy, no debí hablarle así.

—No querida, no te preocupes. Yo solo quiero verte feliz. Eres la sobrina de una amiga que es como una hermana para mí y a pesar de que tu tía diga lo que quiera, sé que ha tenido momentos duros en los que la soledad no ha sido tan idílica. Es por eso que quisiera verlas con un buen hombre a su lado. Pero también entiendo que Lord Woodbridge, no es precisamente el hombre más adecuado por su prontuario. Sin embargo, he visto hombres con reputaciones peores que las de él, sucumbir al verdadero amor. —le sonrió comprensiva—solo te pido que lo conozcas y le aclares que solo será una amistad.

—¿Una amistad?

—Bueno, ya ves lo que dice la nota en las flores “será lo que tú quieras que sea”

El mayordomo entró en ese momento de nuevo—Ha llegado esta nota también para usted, Lady Alexandra.

—Gracias. —al abrir la nota vio que se trataba de nuevo de lord Woodbridge. En la nota la invitaba a salir. Le pedía que aceptara su invitación a dar un pequeño paseo, y le decía que, si no quería ir sola, podía ir con su hermana.

—Por supuesto que no iría sola—pensó en voz alta.

—¿A dónde no irás sola?

—Con el conde. En esta nota me invita a dar un paseo, pero en caso de ir será contigo.

—Qué bueno que has decidido ir. Claramente necesitas salir, eres una joven llena de vida. Lo correcto es que conozcas gente y salgas a divertirte con gente de tu edad. Bueno, dentro de lo normal. Además, si por cosas del destino llegan a llevarse bien, y esto se vuelve más serio, sería perfecto. Tu eres la mayor y sería mucho mejor si fueras tú la que primero consiguiera un pretendiente y se casara. Eso sería muy bien visto por la sociedad y de paso podrías ver por tus hermanas menores.

Alexandra escuchaba a la condesa hablar y entusiasmarse con la idea de un posible enlace

entre ellos dos, pero a ella le parecía demasiado apresurado toso esto. Sin mencionar que ella no estaba segura de que él fuera tras ella por intereses matrimoniales, pero deseaba darle el beneficio de la duda.

\*\*\*\*\*

La tarde en la que fue a buscarla Lord Woodbridge, ella trató de ir lo mejor vestida posible, sabiendo que habría mucha gente que los vería juntos y no quería que dijeran que ella era muy poca cosa para él. Después de aquel horrible día en que escuchó a esas mujeres despotricando de ella, no quería darles el gusto de que pensarán que tenían razón. Se colocó un vestido de tarde que consistía en una pelliza de crepé a rayas en color ponsetia, el cuerpo del vestido era bastante largo; en un color beige con silueta medio ajustada y mangas rectas, que caían sobre las manos. Un recorte en el frente que consistía en una pieza de satén de color rojo oscuro acorde con la pelliza, que formaba ondas de ricos cordones de seda colocados aproximadamente una pulgada el uno del otro. En la parte inferior de la manga un pequeño puño de satén le daba un toque original y elegante. Su hermana también se vistió con un hermoso atuendo y cuando el conde fue a recogerla y la vio, su rostro lo dijo todo. Los ojos de él la miraban con tal intensidad que ella se sintió desnuda y sus piernas temblaron como ya se les había hecho costumbre cuando estaba en presencia de él.

Fueron a Hampton Court y allí visitaron los jardines de recreo que eran tremendamente extensos, con hermosos invernaderos, estatuas, árboles, y fueron por un laberinto de setos con tantos giros y vueltas que ella ya estaba confundida.

Pasaron por callejones sin salida y rieron pensando que jamás podrían salir de allí. Luego de vuelta a su casa, pasaron por Gunther's Tea Shop una tienda donde vendían los mejores helados y los tres se sentaron un rato a tomar uno. Alexandra vio la carta con tantos sabores que no sabía cuál elegir.

—Le recomiendo el de flor de sauco—dijo Adam.

—Entonces pediré ese.

—Yo quiero el de Violetas—dijo Anne.

—Bien, ya que ustedes piden flores, yo pediré frutas. Me parece que el de naranja puede ser interesante.

Cuando el mesero se fue con el pedido, Adam se dirigió a Alexandra—¿ha escuchado del baile en casa de los Ashton?

—Por supuesto ¿Quién no ha escuchado sobre ese baile?

—Sí, ellos tienen fama de ofrecer los mejores bailes y cenas entre la sociedad londinense. ¿Usted irá?

—Posiblemente.

—Es seguro que iremos. La condesa ha sido invitada y nos ha conseguido invitaciones—comentó Annie.

Alexandra le dio un punta pie a su hermana por debajo de la mesa. ¿Como era posible que se hubiera puesto en ridículo de esa forma? Nadie decía algo así. Se suponía que si iban era porque las habían invitado y ella no tenía por qué decir que fue la condesa la que consiguió que a ellas también les mandaran invitaciones. A veces quería ahorcar a su hermana por sus indiscreciones.

Anne la miró mal y bajó su mano hasta su pantorrilla para apaciguar el dolor.

—Sí, lo más seguro es que vayamos, pero yo iré como acompañante de mi hermana.

—Por favor, guárdeme un baile en su tarjeta, lady Anne.

—Oh, claro que sí, lord Woodbridge, será un placer.

—Y le ruego que haga lo mismo, Lady Alexandra.

—Milord, si soy la acompañante de mi hermana, no estaría bien ir a bailar y dejarla sola. —le sonrió.

—Guardaré la esperanza de que cambie de opinión y aparte un baile para mí.

Ella se echó a reír—seguramente habrá muchos disponibles. No creo que vayan a hacer fila para invitarme,

—Por el contrario, yo creo que sí.

Alexandra no sabía cuál era la finalidad de todo aquello. Ella sentía que la adulaba demasiado y no era totalmente sincero. - —¿Por qué me ha invitado a salir lord Woodbridge? —decidió ser directa.

—No la entiendo—la miró confundido.

—Es una pregunta clara. ¿Por qué me invita a salir y tiene tantos detalles conmigo?



—Creí que era lógico. Lo hago porque me interesa conocerla mejor.

—El problema es que usted tiene fama de conocer muy bien a demasiadas mujeres.

Él sonrió inocente como si no supiera de que hablaba.

—¿Qué es exactamente lo que ha escuchado?

—Muchas cosas. Tiene una terrible fama de mujeriego.

El mesero llegó en ese momento con una bandeja de copas de helado. Adam guardó silencio mientras el hombre los colocaba en la mesa y se iba.

—¿Iba a decirme algo? —Alexandra no lo iba a dejar irse por las ramas.

—Le aseguro que es exagerada. Sí, no voy a negar que he salido con mujeres, pero tampoco soy tan terrible como dicen—su sonrisa se ensanchó—¿realmente cree que alguien pueda tener semejante efecto en las damas? —le dio una probada a su helado—Ummm, delicioso.

—No lo sé, pero tampoco quiero averiguarlo. Por eso quiero dejarle algo muy claro. Soy una mujer decente, y si lo que usted está buscando con todas estas atenciones es deslumbrarme con la intención de seducirme, va por el camino equivocado.

—¡Alex! —su hermana se horrorizó ante su forma de hablar.

Adam empezó a reír, divertido ante su ración. Pareció mucho más joven de lo que era, se veía muy guapo y ella no podía evitar sentir que su cuerpo reaccionaba ante él. No podía ser que fuera cierto eso que había leído en algunos libros prohibidos, sobre que había atracciones tan fuertes entre hombres y mujeres que el cuerpo se sentía vibrar ante la presencia de la otra persona.

—Me gusta mucho que sea tan honesta. Es una cualidad que muy pocas personas tienen hoy en día.

—Gracias, milord. Pero no ha respondido a mi pregunta.

—Quiere saber porque razón la invito a salir.

—Exactamente.

—¿Que quiere que le diga, lady Alexandra? Lo hago, porque no puedo evitar admirarla, no es una mujer como las demás y eso me intriga demasiado. Tanto, como para querer conocerla mejor. Y debo decirle Lady Alexandra, que soy un hombre insistente cuando veo algo que vale la pena.

—Annie los miraba atónita. Esto era más interesante que las novelas rosa que acostumbraba leer. Su hermana podía decir lo que le diera la gana, pero a ella le gustaba el conde, aunque se hiciera la difícil.

Las mejillas Alexandra se tornaron de un color rojo adorable, ante sus palabras y se puso nerviosa—creo que es mejor que nos vayamos. Discúlpenos Lord Woodbridge, pero tenemos una cena esta noche con unos amigos de la condesa y no podemos llegar tarde.

—Por supuesto—se levantó al ver que ellas lo hacían y se dirigieron al carruaje. Anne se adelantó y ella se quedó atrás con el conde—me permite darle esto?

¿Ella miró extrañada como él le colocaba algo en la mano—que es esto? —vio una pequeña cajita y la abrió—oh no Lord Woodbridge, le agradezco, pero esto no es correcto.

—Por favor, lady Alexandra, solo es un pequeño detalle, no es como si le estuviera dando un collar de perlas.

—No, pero es un regalo de un caballero que apenas conozco.

—Porque usted así lo quiere.

Ella miró el pequeño el pequeño prendedor en forma de rosa. Era de color lavanda—¿Por qué?

—¿Por qué se lo doy?

—Bueno, me gustan las rosas y honestamente creo que el color le va.

—¿Sí sabe el significado de las flores? —quiso saber ella.

—Claro que si, por eso es de color lavanda—le dio una sonrisa deslumbrante.

—¿Pasa algo? —preguntó Anne desde el carruaje

—No pasa nada. El conde solo me estaba diciendo lo bien que la ha pasado—lo miró de reojo y en pocos pasos llegó al carruaje. Adam reprimió sus ganas de reír—sabía que le había gustado el prendedor y ya era un gran paso que, a pesar de sus reservas, lo hubiera recibido.

—Gracias por el helado y por una tarde muy entretenida—dijo ella.

—Fue todo un placer. Espero que volvamos nuevamente aquí, pero sino lo hacemos, me conformaré con el hecho de que cuando como helado e Gunter's, me recuerde—le guiñó un ojo el muy atrevido, y subió al carruaje después de ella. Cuando este echó a andar, ella solo pensaba en que, si se portaba todo el tiempo así de encantador, sería muy difícil quitárselo de la cabeza.

## Capítulo 4

A la semana siguiente Alexandra estaba lista para asistir con su hermana y la condesa, al baile de los Ashford. Lady Grantley, y Annie se esforzaron muchísimo en conseguirle un hermoso vestido. Desde el mismo día en que la imprudente de su hermana fue corriendo a decirle a la condesa que Lord Woodbridge le había pedido que le guardara un baile. Entre las dos habían hecho una locura de todo esto y parecía que la que estaba participando de la temporada para encontrar marido, era ella y no su hermana.

Le consiguieron un vestido con la mejor modista de Londres que al escuchar que era por deseo expreso de la condesa viuda, estuvo más que dispuesta a terminarlo en poco tiempo diciendo que haría trabajar todo el día y toda la noche a sus empleadas durante el tiempo que faltaba para que estuviera listo y día del baile. Pero tuvo que reconocer que era una belleza, y cuando se vio al espejo quedó atónita ante el reflejo de esa joven hermosa que ella no conocía. Jamás en su vida, recordaba haberse visto así de elegante. Era un vestido, compuesto de seda color rubio con figuras blancas. La falda era redonda; en la parte inferior tenía un volante completo de encaje rubio, con botones de seda violeta; y llevaba una trenza de dos colores, blanco y violeta, retorcidos entre sí. A la altura de la mitad del busto alrededor de este; había un adorno con encaje inclinadas casi hasta un punto en la parte delantera del hombro. Una trenza de dos colores igual a la de la parte inferior de la falda, pero más delgada, adornaba la parte inferior de la manga, que era corta tipo globo. Una zona de satén blanco estaba dispuesta en pliegues alrededor de la cintura, y formaba un arco con extremos cortos detrás del vestido, lo que le hacía ver una figura muy estilizada.

—¡Dios! Te ves magnífica—dijo su hermana. Sí hasta parece que la debutante eres tú.

—¡Gracias!! Tengo que ser sincera y decirles que en este vestido me siento otra. Y es una belleza.

—Querida, serás un éxito. Lo puedo asegurar—dijo la condesa.

Alexandra la miró feliz—Muy bien, entonces creo que es hora de que nos vayamos. Está bien llegar tarde, pero no tan tarde y hace dos horas comenzó el baile.

—Vamos entonces—dijo la condesa entusiasmada— ¡Y que Dios nos ayude porque mis niñas van arrasadoras!

Al llegar al baile, ambas fueron el centro de atención y la condesa le dijo a Alexandra que ni se le ocurriera pensar como chaperona con ese vestido puesto. De manera que fue ella quien se dedicó a hacer las veces de chaperona y no solo de Anne, sino también de ella. Cuando llevaba unos diez minutos de haber llegado, vio a Adam, en el otro extremo del salón. La saludó con una ligera inclinación de cabeza, y siguió hablando con un grupo de hombres a su alrededor. Ella se preguntó de que tanto hablarían, porque parecían muy concentrados en su charla.

Adam miraba a Cragen con fastidio. El individuo no podía dejarlo en paz con ese tema de la apuesta.

—Los términos de la apuesta fueron claros, Woodbridge. —comento Cragen.

—Jamás he faltado a ellos. Querían que la enamorara y eso estoy haciendo.

—Sí, pero ¿cuándo la meterás a tu cama?

—Por Dios, Cragen, no voy a violarla. Esto es algo que lleva tiempo. Hasta ahora las cosas van muy bien. Ella ha aceptado flores y regalos de mi parte, incluso ha salido conmigo—le respondió algo molesto. Él quería seducirla al principio, pero ahora que conocía más de ella, no deseaba hacer las cosas de mala forma. No soportaría romperle el corazón a una joven como ella, ni mucho menos poner en riesgo su reputación. Por algún motivo, Alexandra y su forma de actuar con él, tan diferente a las demás, había logrado generar sentimientos encontrados y no quería engañarla para llevarla a su cama.

—Pues algo tendrás que hacer porque te he visto lento con esta. En otras ocasiones solo ha bastado una noche.

—Quiero aclararles que lo único que haré será darles una señal para que vayan al sitio donde la besaré y podrán ver que hay algo entre los dos.

—No. Eso no fue lo pactado. —dijo Cragen.

—Adam, mi amigo, sino te conociera juraría que te estás encaprichando con lady Alexandra o peor. —comentó Ethan.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que te estés enamorado y si es así, aléjate de mí. Eso es como la peste, es contagioso —empezó a reír.

—Ese caballo está muy lejos de ser tuyo, mi amigo—agregó Cragen.

—Pues que sea lo que tenga que ser. Me encanta ese animal, pero esta vez no caeré tan bajo como para arriesgar la honra de una mujer decente por un caballo. —les dijo a ambos y se apartó para ir al encuentro de aquella diosa que lo había deslumbrado desde que llegó al baile.

Alexandra estaba nerviosa. Él, la miraba todo el tiempo y ella se preguntaba cuando se acercaría; sin embargo, cuando terminó de hablar con sus amigos, Adam se acercó.

—Lady Alexandra—que gusto volver a verla—tomó su mano y besó sus nudillos. La observó devorándola por completo—permítame decirle que se ve usted deslumbrante.

—Muchas gracias—sonrió complacida de ver que el vestido había causado el impacto deseado.

—¿Me concede este baile?

—Será un placer—le dijo con una sonrisa.

Ambos se dirigieron a la pista de baile que estaba llena de gente y en pocos minutos estaban sumergidos en una cuadrilla, que era uno de los bailes preferidos de Alexandra bailaron enérgicamente con otras parejas hasta quedar exhaustos. Sin embargo, un rato después cuando el baile terminó, Adam la sorprendió pidiéndole que le reservara un baile.

Un rato después, él la dejó con la condesa y se fue a tomar algo mientras las damas se quedaban hablando.

—¿Cómo la estas pasando querida?

—Oh muy bien, lady Grantley.

—Veo que lord Woodbridge se ha atrevido a bailar dos veces contigo. Afortunadamente no eligió una tercera vez o ambos estarían en problemas dijo con una risita traviesa.

Alexandra sonrió educadamente pero no quiso hablar más del tema. Se percató entonces de que su hermana no estaba allí y la buscó con la mirada, pero no la vio. —¿Ha visto a Anne?

—Estaba aquí hace un momento, pero la invitaron a bailar, no debe demorar.

Ambas esperaron, pero después de diez minutos de no verla por ningún lado, ella se empezó a preocupar y la condesa también.

—La buscaré—dijo Alexandra

—Yo también, no me gusta nada esto y si Dios no lo quiera algún libertino ha decidido que ella será su próxima víctima, estará arruinada de por vida—comentó con horror.

Ambas mujeres salieron a buscarla por diferentes lados y Alexandra fue al jardín. El sitio era inmenso de manera que empezó con la parte de adelante que era la que tenía más luz, pero luego al no verla decidió adentrarse más y escuchó ruidos. *Dios, ¿y si no es ella?* —pensaba nerviosa, pero también pasaba por su cabeza la idea de que alguien pudiera estar forzándola y eso fue lo que la hizo apresurarse, pero entonces alguien tomó su brazo—¿Qué hace por aquí?

Alexandra casi sufre un infarto con aquel susto que le dio Adam—Lord Woodbridge ¿qué hace usted aquí más bien?

—Yo solo fumaba un puro, además hace mucho calor allá adentro, pero lo que me preocupa es que usted esté aquí afuera, sola. Sabe cómo son las malas lenguas.

—Lo sé. Lo sé, pero es que no encuentro a mi hermana y tengo miedo de que alguien pueda aprovecharse de ella.

¿Él la miró pensativo—no se ha ocurrido pensar que tal vez quiera estar con alguien aquí?

—Señor, mi hermana es una mujer decente y jamás haría algo así.

—Muy bien, entonces la ayudará a buscarla y antes de que ella pudiera negarse, él fue por un lado del jardín al que ella por la oscuridad no se había atrevido a ir. En el lugar había un montón de plantas altas que tapaban por completo a cualquier persona que pudiera estar allí. Fue entonces cuando Adam se le acercó—no haga ni un solo ruido.

Alexandra pudo escuchar una voz femenina muy baja y reconoció la voz de su hermana—Lewis, no creo que esto sea buena idea

—Claro que si amor, sabes que desde que te vi por primera vez quedé prendado de tu belleza, pero ahora estoy perdidamente enamorado de ti. ¿Qué tiene que dos personas que se aman se demuestren su amor?

Adam se abrió paso entre las plantas y apareció sorpresivamente ante ellos—Lord Emerett ya veo que no pierde la costumbre de agraviar muchachas ingenuas.

Este alzó un ceja y lejos de mostrarse apenado lo miró aburrido Lord Woodbridge, que sorpresa verlo por aquí.

—Esta muchacha es la hermana de una buena amiga y ella ha estado terriblemente angustiada

por el paradero de Anne. En virtud de nuestra amistad, me ha pedido el favor de que la ayude a buscarla sin que las demás invitadas se percaten por si ella tal vez estaba en peligro de caer en la redes de algún libertino—lo miró directamente acusándolo. Mientras estos hablaban Anne intentaba arreglarse el vestido y subirse el corpiño casi llorando de la vergüenza porque el conde los hubiera sorprendido.

Alexandra entró al lugar donde estaban y empezó a ayudar a su hermana dándole una mirada entre furiosa y decepcionada.

—Alex, yo...lo siento tanto.

—No digas nada más—la detuvo—no quiero escuchar una palabra de ti, hasta que llegemos a casa de la condesa y hablemos.

—Por favor—la miró suplicante—no le vayas a decir nada.

—Por supuesto que no. No soy estúpida. La condesa nos retiraría todo apoyo si supiera lo ligera de cascos que te has portado. Desafortunadamente cuando ya casi había terminado de ayudar a su hermana, escucharon una voz.

—Les juro que escuche las voces por aquí—dijo una mujer. Y escucharon la voz de su anfitriona, lady Margareth Ashford—no puede ser posible en esta área no debería haber nadie. Alex estaba desesperada y sabía que no podrían explicar lo que sucedía por lo que empujó a su hermana, para que nadie la viera, mientras el conde le daba un puñetazo a Lord Emerett y lo tiraba al piso. Alexandra salió de escondite para que solo la vieran a ella.

—Oh, lady Alexandra ¿Qué hace usted aquí? —preguntó la anfitriona.

—¿No es obvio? —dijo la otra mujer con cara de pocos amigos—se veía con alguien a solas.

Mientras todo eso pasaba, lord Emerett se escabullía sigilosamente dejando a una decepcionada Anne completamente sola a merced del escándalo y rogando a Dios que no la descubrieran. Pero también se sentía muy mal al ver que era su hermana quien estaba dando la cara por ella.

—Estaba...—no se le ocurría nada para decir y temía que, si veían a su hermana y Lord Emerett allí adentro, fuera una catástrofe.

—¿Que esconde lady Alexandra? —preguntó la mujer de nuevo.

—¿Pasa algo? Me sentía tan mal que tuve que salir a tomar aire.

—Por favor, si se sentía mal, bien podría quedarse en los balcones y no adentrarse hasta qui

donde hay solo oscuridad—deme permiso voy a ver qué es lo que esconde allí adentro. O mejor dicho a quién—dijo la vieja chismosa. Pero en ese momento Adam salió—la culpa ha sido toda mía—dijo sin rastro de nerviosismo en su voz.

—¡Lo sabía! —exclamó la mujer feliz de tener un chisme nuevo para ir a regar.

—¿Qué es lo que sabía, lady Davenport? Es muy poco educado hacer suposiciones que involucren la reputación de alguien. Aquí no ha pasado nada, lady Alexandra estaba conmigo porque fue mi idea que viniera aquí. El aire es mucho más viciado en los balcones por estar más cerca del baile y además mucha gente sale a fumar como de hecho lo hacía yo cuando la vi en el jardín.

—Lady Davenport, ¿se da cuenta de que formó una tormenta en un vaso de agua? Solo estaban tratando de refrescarse un poco. No va a negar que hace demasiado calor.

La mujer los miró sospechosamente—espero que así haya sido, porque esto es una falta terrible de decoro y puede tener consecuencias.

—No las habrá puesto que no hemos hecho nada—le dijo a la mujer desestimando el asunto—y ahora lady Alexandra, permítame escoltarla de nuevo al baile. La condesa debe estar preguntándose donde estamos.

Alexandra le siguió el juego, pero estaba nerviosa de que esa gente decidiera mirar más allá de donde los habían encontrado y vieran a su hermana. ¿Cuando se percató de que ni lady Ashford, ni su amiga estaban detrás de ellos miró hacia el sitio—Oh Dios! Sí van a allí se darán cuenta de que mi hermana esta escondida con lord Emerett.

—No se preocupe, él salió del escondite casi enseguida de que usted entablara una conversación con las damas.

—¿Quiere decir que ese cobarde salió corriendo para que solo vieran a mi hermana?

—Podríamos decir que en este caso fue lo mejor. Sí la veían no la relacionarían con aquel cobarde. Hubiera sido peor si los encontraban juntos ¿no le parece?

—Sí, en eso tiene razón. Pero sabemos bien que él no lo hizo pensando en ella, sino por salvarse a sí mismo.

—Por lo pronto, tenemos que darnos por bien servidos.

—¿Cree que mi hermana esté bien allí hasta que pueda salir?

—Por supuesto, no es tonta. Ella sabe que mientras esas mujeres estén por allí no debe ni



asomar la cabeza. Ya buscará la forma de llegar al baile. Pero usted no debe regresar a buscarla.

—Pero... ¿por qué?

—Porque a su hermana no la han visto pero a usted sí.

Alexandra asintió—está bien.

## Capítulo 5

Por fin al llegar a casa y después de un trayecto en coche demasiado silencioso, las dos hermanas subieron a sus habitaciones después de desearle las buenas noches a la condesa. La doncella fue primero a ayudar a Anne mientras Alex se quitaba su vestido por su cuenta. Todavía no se acostumbraba al hecho de tener una doncella que le hiciera todo. Cuando por fin estuvo lista y se puso su camisón, vio a su hermana que llegaba con el rostro lleno de lágrimas.

Alexandra le hizo señas de que no hablara y se pudo de pie cerciorándose de que la doncella ya se hubiera ido y estuvieran solas. Cuando estuvo segura, le hizo señas a su hermana para que se sentara en su cama.

—¿Como pasó todo esto? ¿En que estabas pensando, Anne? —elevó las manos al cielo pidiendo paciencia.

—Lo sé, fue lo más estúpido que he hecho en mi vida—dijo ella afligida.

—Por lo menos estamos de acuerdo en algo.

—No sé qué me pasó, Alex. Te juro que él me engañó. Desde la primera vez que nos vimos sentí que entre los dos había algo y a medida que fueron pasando los días y él me visitaba aquí y me enviaba cartas de amor, yo creo que de verdad le gustaba, que sus sentimientos eran serios y quería algo formal conmigo.

—¿Y por eso te ibas a entregar a ese hombre? Por Dios, Anne. ¿Es que nuestra madre no te enseñó nada?

—¿Cómo puedes decir eso? —exclamó dolida—sé lo que mi madre decía y tú no sabes todo lo que ese hombre me dijo para envolverme de tal forma que terminé creyendo cada palabra. Al principio me dijo que solo sería un pequeño paseo al jardín y después fuimos entrando poco a poco a una parte más oscura.

—¿Y no tenías boca para decir que no?

—¡Le dije que no! Pero él me engatusó con sus palabras y me hizo creer que no hacíamos nada malo. No tengo excusa, solo que fui una estúpida—rompió en llanto.

Alexandra sintió pena por su hermana—Anne, eres demasiado ingenua. No parece que tuvieras la edad que tienes—la abrazó—.no quiero ni pensar si ese hombre hubiera terminado lo que intentaba hacer. Estarías arruinada.

—Lo siento...de verdad lo siento.

Alexandra la abrazo más fuerte consolándola. —Júrame que de ahora en adelante te pegarás a mí y nunca estarás sola con nadie. Sea quien sea el hombre, y por muy deslumbrada que estés con él, no te iras con nadie para otra parte que no sea el salón de baile o un sitio donde haya mucha gente.

—Lo juro—volvió a llorar—no puedo creer que él me haya hecho esto.

—Hay muchos libertinos por ahí, Annie. Demasiados hombres con ganas de burlarse de los sentimientos de las jóvenes ingenuas y muchos otros cazadores de fortuna que prometen cielo y tierra con tal de casarse y quedarse con la dote de su esposa. Entre unos y otros, quedan muy pocos caballeros con intenciones serias.

—No creo que después de esto pueda volver a confiar en alguien.

—Lo harás, querida. Encontrarás a la persona correcta, te lo prometo.

Annie la escuchó, pero en el fondo sabía que sería imposible que las cosas volvieran a ser como antes. Ella desde esa noche se dio cuenta de que la vida no era como sus novelas románticas.

Pasaron varios días, y ella no vio, ni supo nada de Adam. Era como si la tierra se lo hubiera tragado. Y una tarde el escándalo estalló. La primera en enterarse fue la condesa que había asistido a una tarde té y cartas con sus amigas y allí escuchó lo que había pasado en el jardín de la casa de Ashford. Pusieron su reputación en entredicho y de paso el futuro de su hermana menor. Porque al tener su honra por el piso, nadie querría tener algo que ver con su hermana. Y pensar que la verdadera culpable era ella, y ahora Alexandra cargaba con el escándalo a costas. Sintió rabia e impotencia ante lo que sucedía. Ella siempre había sido muy correcta, cuidadosa y esto... esto era terrible.

—¿Como no me dijiste nada, Alexandra?

—Dorothy, estoy tan avergonzada con usted. Yo realmente no tuve la culpa. Lo que sucede es que, buscando a Anne, me encontré con el conde y él se ofreció a buscarla conmigo porque me vio angustiada. Sin embargo, cuando estábamos en el jardín y nos cerciorábamos en la parte de atrás si ella podía estar allí, vinieron lady Davenport y lady Ashford preguntando y haciendo conjeturas. El conde para proteger la reputación de Anne, dijo que yo me había sentido mal y había salido al jardín. Que luego, cuando el me vio me dijo que fuéramos a un lugar del jardín donde el aire estuviera menos envenenado para poder respirar mejor. Alexandra no se atrevió a

comentar nada sobre el reprochable comportamiento de su hermana y en qué condiciones la habían encontrado.

—¡Por Dios santo! La lengua viperina de lady Davenport, nada más y nada menos. Debiste decirme, niña. Habríamos podido hacer algo cuando esto apenas había pasado. —dijo apenada— ahora es demasiado tarde. Tendré que hablar con el conde porque esta situación al parecer solo tiene una solución.

Ella casi preguntó con miedo—¿Cuál es?

—Matrimonio—sentenció la condesa.

—Pero él jamás se casaría conmigo y yo tampoco quiero eso.

—Debiste pensar en las consecuencias, querida.

Ahora ya no se puede hacer nada.

\*\*\*\*\*

El marqués de Rochford estaba sentado en su estudio, leyendo el periódico y enterándose del escándalo que había protagonizado su hijo. Esto era algo serio porque si ya estaba en el periódico, el escándalo era grande. La hija de un barón estaba involucrada, y era una muchacha que además eres sobrina de una mujer que pertenecía a la aristocracia y tenía poderosas amistades como por ejemplo la condesa viuda de Grantley. Él sabía que la única forma de detener esto, era que su hijo se casara, pero lo conocía demasiado bien y sabía que era último que quería hacer.

Un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

—Adelante.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, hijo. Pasa por favor.

Adam miró el rostro de su padre. Sabía que estaba molesto y se preparó para una discusión.

—Padre ¿Deseaba verme?

—¿Has visto el periódico hoy?

—Sí, lo he visto—respondió tranquilamente.

—¿Y qué piensas?

—Creo que solo son chismes

—Por supuesto que lo son, Adam. Es por eso que pueden acabar con la reputación de una dama. —lo observó detenidamente—¿Lo hiciste?

—¿Qué cosa?

—¡Maldita sea! Que, si le quitaste su virtud, es lo pregunto.

—No. No lo hice.

—Entonces ¿Por qué están poniendo en entredicho la honra de lady Alexandra??

—Porque cada vez que un hombre esta con una mujer a solas, es lo que las viejas chismosas hacen.

—Tendrás que reparar el daño, muchacho. Lady Alexandra no se merece que la traten de esa manera.

—¿Acaso la conoces?

—Bueno...no. Pero es una dama y no debería ser tratada así por tu culpa.

—No fue mi culpa—estuvo a punto de decirle que todo este embrollo era por la hermana menor de Alexandra que no tenía idea de portarse como una dama, pero no fue capaz de dejarla al descubierto.

— Eres un caballero, y debes comportarte como tal.

—¿Es decir que por defender el honor de una mujer a la que jamás toqué, ahora tengo que casarme?

—Exactamente.

—Que fácil es para ti decirlo. No voy a negar que lady Alexandra es una mujer hermosa, pero casi ni la conozco.

Su padre se encogió de hombros—Es como empiezan la mayoría de los matrimonios, Adam.

—Y es por eso que terminan odiándose.

—No seas dramático. Tienes la presencia, el título, la educación para enamorar a cualquier mujer que se case contigo.

—Tienes razón, pero no tengo lo que cualquier mujer querría y que seguro Alexandra no es la excepción.

—¿Que podría ser eso?

—Amor.

—Pues tendrás que buscarlo en donde sea, porque esto no solo afecta a Lady Alexandra sino también a esta familia y eso no lo permitiré.

La tarde siguiente, Adam no tuvo más remedio que ir a casa de la condesa a ver a Alexandra para pedirle matrimonio a regañadientes puesto que lo último que deseaba era perder su libertad.

—Lady Alexandra—la saludó haciendo una inclinación ante ella y la condesa, que había decidido estar en aquella conversación. —Condesa ¿Cómo ha estado?

—Se podrá imaginar lord Woodbridge, Bastante preocupada por los rumores que corren—le hizo señas para que tomara asiento.

Él se sentó al lado de Alexandra—Sí, puedo imaginarlo. Yo...de hecho he venido a hablar con lady Alexandra sobre esta situación.

—Bien, pues me alegro en verdad porque la solución más razonable es que usted responda por esto como caballero.

—Y a eso he venido milady—dijo un tanto molesto y miró a Alexandra—¿me harías el honor de ser mi esposa?

Esas palabras dichas con tanta rapidez y tampoco entusiasmo, le dijeron todo lo que debía saber; él lo hacía porque no tenía más alternativa.

—¿Lady Alexandra? —ella no decía nada, pero él pudo captar antes de que lo disimulara, su mirada herida y desconfiada. —le pregunté si...

—Sé lo que me ha preguntado, milord, y debo decir que para mí no es un juego el matrimonio.

—Ni para mí. No sé qué le hace pensar eso.

—Bueno, que usted jamás me ha hablado de amor y de repente por un escándalo, decide que quiere casarse conmigo.

—Querida—la condesa tuvo que interferir—sé que es muy poco romántico todo esto, pero entenderás que, si no hay un enlace, las malas lenguas harán de ustedes la comidilla, y no cesarán hasta no dejara un ápice de su reputación limpia. Eso es para ambos. Ni tú puedes darte ese lujo, ni la familia del conde tampoco.

—Sé que es intempestivo, pero le aseguro, que pudo ser un buen esposo, no le faltará nada, tendrá un título, una hermosa casa, una asignación mensual más que generosa para lo que desee y...

—¿Qué le parece fidelidad, amor, respeto? —lo miró molesta por hablarle como si se tratara de una venta o de un negocio—¿Eso va incluido?

—Por Dios, Alexandra. ¡Ya basta! Estas entre la espada y la pared, y el conde te está ayudando a salir de esto—la condesa perdió la paciencia.

—Nos estamos ayudando—ella aclaró.

—¡Bien! —la condesa levantó las manos en señal de rendición—como quieras verlo, pero así están las cosas. Así que decide si vas a limpiar tu honra frente a toda la sociedad o vas a perjudicar no solo tu futuro sino el de tus hermanas.

Alexandra quería llorar, quería gritar de rabia y de importancia. Todo esto por una indiscreción de su hermana y ahora ella tendría que casarse con un hombre que no sentía nada por ella. Tomo aliento y se llenó de valor—pues lo que tenga que ser...será.

Adam miró a la condesa—lady Grantley, ¿nos podría dar unos momentos a solas, por favor?

—Por supuesto, mandaré a traer té—cerró la puerta detrás de ella.

Alexandra se veía triste y nerviosa y él le tomó las manos—U matrimonio no tiene por qué ser algo malo. Con el tiempo llega el cariño y otras cosas. ¿Cree que si no sintiera absolutamente nada por usted le pediría que se casara conmigo? Usted me gusta, me parece una mujer hermosa, sincera, y muy especial. Seré honesto con usted; puede que ahora no la ame, pero quiero poder llegar a eso en algún momento.

—Lady Alexandra, ¿no confía en mí? —murmuró él—.

—No es eso, pero es un paso importante y no quiero ser infeliz o hacerlo infeliz a usted

—Le aseguro que eso no pasará—ni él se lo creía, pero tenía que decir lo que fuera para que ella aceptara y acabar con ese incipiente escándalo que amenazaba con volverse aún mayor. —¿Acepta mi proposición de matrimonio? —tuvo miedo de que lo rechazara y no podía saber la razón, pues para él era algo que no involucraba sentimientos de su parte, o por lo menos eso era lo que creía.

—Está bien—dijo ella tímidamente y en voz tan baja, que pensó haber escuchado mal—confiaré en usted.

—Gracias—le dijo sintiéndose aliviado. Y entonces hizo algo que no había planeado. Se acercó a ella lentamente y tomó sus labios en un suave beso. Era algo que llevaba tiempo deseando y al principio fue algo dulce, pero lo que no se imaginó, es que después tanto ella como él, se dejaron llevar y el beso se transformara en algo tan ardiente.

Lentamente, él se inclinó y ella dejó de respirar. Sus labios tocaron los de ella, y chispas de felicidad pura estallaron en sus venas. Diferente a todo lo que ella había experimentado. Sus palmas presionaron contra sus hombros cuando el beso se profundizó, su boca se movió en un ritmo exquisito que ella instintivamente imitó. Nada más importaba. Mientras ese beso continuaba, sus brazos se colocaron tímidamente alrededor de su cuello y Adam la acercó más hacia su cuerpo, acunándola cerca de él. Se notaba que ese era el primer beso que le daban a ella en su vida y sin embargo lejos de sentirse decepcionado porque era algo torpe al inicio, lo hizo sentirse muy primario con ella, al saber que él era y sería el primero en todo, para ella.

—Discúlpeme, por favor. Me dejé llevar—pensaba verla enojada, pero ella levantó la cabeza y tenía una sonrisa enorme.

—Por favor, no se disculpe. Me...me ha gustado.

—Tengo que irme, y le pido disculpas por esta visita tan corta.

—Pero... ¿ni siquiera va a quedarse a tomar el té? Además, la condesa no demora en venir y querrá hablar con usted.

—Me encantaría quedarme un rato más, pero debo ir a hablar con mi padre y a agilizar las cosas para el matrimonio.

Ella estuvo de acuerdo y lo vio tomar su mano y besarla—vendré a verla mañana— luego abrió la puerta y se fue.

Cuando el conde salió, Anne entró corriendo al saloncito privado.



—¿Que ha pasado? ¿Qué te ha dicho?

Alexandra tenía una sonrisa en su rostro hasta que vio a su hermana y recordó que esto no era por amor, sino porque Anne la había metido en aquel embrollo. —el conde me ha pedido que me case con él—le dijo secamente.

—¿Pero ¿qué ha sucedido? ¿Porque no se ha quedado el conde?

—Dijo que tenía cosas que hacer

—¿Y qué le has contestado a su propuesta?

—Le he dicho que sí.

La condesa sonrió y aplaudió—oh Dios, que feliz me siento por ti, mi niña. Y nada más ni nada menos que un conde, que después será un marqués. Ya me imagino a todos los que hablaron de ti, teniendo que inclinarse ante la marquesa de Rochford.

—Todavía hace falta mucho para ser marquesa, lady Grantley. Por el momento seré condesa y créame que eso ya me tiene nerviosa.

—¡Oh querida! No te preocupes por nada, me tienes a mí para guiarte en todo y tienes el amor de tus hermanas, de tu tía y el mío para sentirte fuerte y protegida—dijo alegremente.

—Gracias. De verdad muchas gracias por lo que hace por mí y por mi hermana.

Para la cinco de la tarde de ese mismo día, el rumor de que el futuro marqués de Rochford le había pedido la mano a lady Alexandra, se había extendido por casi todo Londres. Muchas mujeres comentaban heridas ¿Cómo un hombre tan importante podía haber hecho algo como eso? Y al mismo tiempo que la envidiaban, sentían pena por ella, por el largo prontuario de Adam con las mujeres.

## Capítulo 6

Esa tarde Adam salió de casa de su padre y se dirigió a la casa de la condesa para ver a Alexandra.

Había pasado una semana desde que le había pedido su mano y ahora tenía asuntos importantes que hablar con ella, pero también iba porque esa mañana recibió una nota de ella donde le decía que su tía había llegado a Londres y quería conocerlo. Ya le había hablado de ella y sabía que era una mujer bastante directa, que no se andaba con rodeos.

Al llegar a la casa le dio su tarjeta al mayordomo y unos minutos después lo hacían pasar a uno de los salones.

—Buenas tardes, lord Woodbridge —Alexandra fue la primera en saludarlo. Al ver su rostro no pudo dejar de recordar el beso que habían compartido aquel día y se sonrojó.

—Buenas tardes, Lady Alexandra. —Adam no se perdió su sonrojo y supo que pensaba en lo mismo que él, ese beso.

Ella se movió cerca de una mujer mayor—¿Me permite presentarle a mi tía lady Helen Payton? —la mujer alta, de cabello todavía oscuro con algunas canas, le sonrió.

—Es un gusto conocerla, Lady Helen.

—El gusto es mío, lord Woodbridge. No sabe las ganas que tenía de conocerlo.

—Y yo a usted.

—Alexandra me ha dicho de su compromiso y aunque me ha parecido bastante repentino, ella me asegura que están profundamente enamorados—lo miró con sospecha, pero no dijo nada más.

—Yo...eh.... Si, estamos muy enamorados. —no supo que más decir.

—Tía, ven a sentarte con nosotras.

—Prefiero ir a caminar un poco por el jardín con lord Woodbridge, ¿le gustaría? —lo miró un momento esperando su respuesta.

—Sí, claro—le ofreció su brazo y ambos salieron del salón mientras Alexandra los miraba un tanto preocupada.

Cuando ya estaban en el jardín Helen, lo confrontó—lord Woodbridge, sé exactamente lo que ha sucedido. Mi sobrina trató de engañarme con una dulce historia de amor, pero la conozco bien y sabía por su comportamiento que mentía. Al final ha terminado diciéndome cómo sucedieron realmente las cosas.

—Me disculpo por no ser sincero con usted.

—No tiene nada porque disculparse. —caminó con él un poco más—¿sabía que mis sobrinas son huérfanas?

—Sí, madame, si lo sabía.

—Bien, pues esas chicas han sido mi alegría en este tiempo que llevo viviendo con ellas, e incluso desde antes porque yo jamás me case y ellas fueron como unas hijas para mí. Por eso las quiero tanto.

—Entiendo.

—Yo tengo que agradecerle el que no haya dicho nada sobre lo que realmente sucedió aquella noche, y que era Anne, la que estaba entiendo un deplorable comportamiento.

—Es joven y sé cómo puede llegar a ser un libertino. Muchos hombres se divierten engañando jóvenes ingenuas para luego deshonestarlas y el hombre que estaba con ella esa noche y es bien conocido por eso.

—Eso supe. ¿Pero dígame algo, lord Woodbridge —sus ojos lo analizaban de una manera que se sintió totalmente expuesto—que clase de hombre es usted?

—No la entiendo.

—Sé que actuó como un caballero, aunque era una responsabilidad que no le correspondía. Sin embargo, he escuchado cosas de usted también, y he sabido que a pesar de que no es un mal hombre, si es un mujeriego. Dígame ¿Cómo podré confiar en que no seguirá en sus andanzas cuando se case? Los hombres parecen creer que es algo natural estar casados y meterse con otras mujeres. No les importa romper el corazón de sus esposas.

—Lady Helen. No soy un santo. Pero puedo decirle que si tengo que dejar mis ...asuntos amorosos fuera de la ecuación, lo haré y más si se trata de hacerlo por una mujer tan especial como su sobrina.

—Yo espero que lo haga, lord Woodbridge. Sería una pena que rompiera el corazón de Alexandra, pero sería peor aún que usted fuera tan estúpido como para perder a una mujer como ella.

Ella no espero a que él le respondiera. Simplemente se dio la vuelta hacia la puerta del jardín—creo que ahora debemos entrar. Está enfriando un poco. ¿No le parece?

Adam no dijo nada, solo asintió en acuerdo y ofreció su brazo a la mujer.

Cuando llegaron al salón las otras hermanas y la condesa los esperaban—¡Vaya! No han demorado nada.

—Era algo rápido lo que íbamos a hablar. ya todo está aclarado y ahora estoy de ánimo para esa deliciosa tarta de manzana y crema de la que me hablaste Dorothy.

—Qué bueno porque aquí llega—dos lacayos acompañados del mayordomo entraron con bandejas, Una de té, y otra de bocadillos.

Todos se sentaron y Alexandra tomó asiento al lado de Adam. Sus hermanas se sentaron en los sillones de enfrente al igual que la condesa y la tía Helen. Las hermanas de Alexandra Anne y Adeline, era preciosas. Sus bellezas eran distintas, pues mientras que una tenía una belleza serena, la otra se veía llena de energía y tenía una elegancia innata. Pero en el caso de Alexandra, él creía que reunía todo eso, pero estaba acompañado de la madurez que le daban los años que tenía. No era que fuera una vieja, pero era más madura en su forma de pensar que las chicas de veinte o menos de veinte.

—Lord Woodbridge, puedo hacerle una pregunta—le dijo Adalind, a quien había conocido hacía poco, pues había llegado a Londres, antes que su tía.

—Claro que sí, lady\_\_\_.

—Bueno...es que me gustaría saber en qué año nació y en qué mes.

—Anne rodó los ojos—¡aquí vamos!

—Solo quiero saber, Anne. No tienes que ser tan antipática.

—Basta las dos—las detuvo Alexandra y luego miró a Adam con una sonrisa llena de vergüenza.

—No se sienta mal por eso, lady Adalind. Su hermana ya me ha dicho que está usted muy interesada en la astrología. Y debo decir que es algo muy peculiar en una mujer, pero lo encuentro fascinante.

—Yo juraría que es usted un sagitario, pero tal vez me equivoco.

—La verdad es que no lo sé, pero puedo decirle que nací en noviembre, el día 28.

—Oh, entonces estoy en lo correcto—respondió ella con propiedad—su elemento es fuego, y se puede ver en su forma de ser. ¿Sabe que los del signo sagitario son personas fiables y honestos? Pero son impacientes, amantes de la libertad y amantes de las nuevas ideas. De seguro ha de disfrutar mucho los nuevos proyectos.

—Adam la miró divertido—parece que sabe mucho del tema.

—Oh sí, me encanta esto de verdad, y trato de que las personas a las que llamo amigos, sean de signos afines al mío.

—¿Y qué signo es usted?

—Yo soy Libra.

—Querida, está muy bien que te guste la lectura y tengas esos gustos tan...particulares, pero no vayas diciéndole a todo el mundo sobre eso, porque no todas las personas lo verán bien.

—¿Ves lo que te he dicho? —creerán que eres una bruja—le dijo Anne.

—¡Eso no es cierto, no soy ninguna bruja! —dijo ella sintiéndose agraviada.

—Nadie ha dicho eso, Addie. Lo que sucede es que algunas personas de la sociedad por más educados que quieran creerse, siguen siendo obtusos. Y para ellos pensar de forma diferente, es pecado y está mal visto.

—Bueno, bueno. Ya es suficiente de temas frívolos. Hablemos de lo verdaderamente importante aquí—dijo la tía Helen.

Lord Woodbridge ¿Qué día ha pensado que sería ideal para la boda?

—Tía, por favor—Alexandra la miró y luego a él—perdone lord Woodbridge.

—¿Qué tiene de malo? Es lógico que si van a casarse hablemos del día en que será la boda.

—Tiene razón, lady Alexandra. Y ya que hablamos del tema me gustaría decirles que mi intención es que nos casemos lo antes posible.

—Pero... ¿por qué tan pronto?

—Tal vez en una semana. —él no tenía prisa, pero al parecer su padre si y ya le había dicho que no sería pagando sus facturas, ni le seguiría dando su asignación hasta que no se casara.

—¿Una semana? Es que eso es muy pronto—se quejó ella. En un mes pueden pasar muchas cosas, y no quiero arriesgarme a que la gente comience a hablar.

—Y cuando sería apropiado para usted.

—Bien... pensando en que quiere hacerlo lo antes posible, le pido que al menos sea en un mes.

Él pareció meditarlo un momento—dos semanas como mucho.

Una boda no se puede hacer en dos semanas, ni siquiera en dos meses, lo sabe bien. Sobre todo, una boda de un conde—dijo la condesa.

—No se puede esperar más. Usted lo sabe, es debido a la situación.

—¿Y en donde ha pensado que se realice la boda? —preguntó la tía Helen.

—He pensado que podríamos casarnos en Averton Hall, la casa de campo de la familia y muy seguramente nuestro futuro hogar.

—Está bien, es una buena idea y los invitados estarán en un mismo lugar.

—Estoy seguro de que le encantara Averton Hall. Es un sitio maravilloso rodeado de árboles con un aire limpio, donde se puede pasear y cabalgar por horas sin temor a que no haya espacio para hacerlo o a que algún ladronzuelo se lleve su cartera, como sucede en la ciudad.

Alexandra sonrió—debe ser un lugar idílico.

Él sonrió—No es porque sea de mi familia, pero lo es.

Todos estuvieron hablando de la boda y diferentes cosas, hasta que llegó el momento de que él partiera.

—Mi padre me ha pedido que la lleve a su casa para que se conozcan. Sé que ya se han visto en los bailes, pero quiere conocerla bien y hablar con usted un rato.

Ella se sintió nerviosa inmediatamente—¿y cuando sería?

—¿Pasado mañana le parece bien?

—Creo que sí—respondió nerviosa.

—Muy bien, estaré aquí después de medio día. Ahora me despido. Fue un gusto estar en tan buena compañía. Señora, señoritas...—hizo una leve inclinación—que tengan un excelente resto de tarde.

—Lo mismo, lord Woodbridge —dijo la tía Helen.

—Vuelva pronto, lord \_\_. Ya sabe que aquí es más que bienvenido—comentó la condesa.

En cuanto salió, Alexandra cayó en el sillón desanimada.

—¿Que pasa querida? —preguntó su tía, al verla preocupada.

—No tengo idea de cómo comportarme con el marqués. Lo he visto unas cuantas veces, pero nunca hemos hablado mucho y he escuchado que es malgeniado, que no cualquiera es de su agrado.

—Cálmate niña. ¿Crees que él no ha estado detrás de todo esto? Su hijo te propuso matrimonio, pero fue él quien hizo presión al principio. No le convenía tal escándalo después de que su hijo ya tenía tan mala fama desde antes.

—Y ahora me dejas más preocupada que antes. —dijo molesta a su tía. ¿Qué tal si él nunca deja de ser ese hombre mujeriego?

—Ay mi amor, una preocupación a la vez—su tía acarició su cabello—todo saldrá bien.

\*\*\*\*\*

Unos días antes de la boda, todos partieron hacia Averton Hall, que quedaba a dos horas de Londres, donde vivirían los recién casados después del matrimonio y donde tendría lugar la boda. Mientras iban en el carruaje y escuchaba parlotear a sus hermanas sin descanso, ella pensaba en la reunión con el padre de Adam. Las cosas habían salido muy bien, a pesar de que ella estaba muy nerviosa. Tampoco podía decir que él fuera un hombre que destilaba azúcar por donde pasaba, pero al menos se había portado caballeroso con ella, aunque algo distante. Al final les había felicitado y les deseó lo mejor. Pensando en todo aquello no se dio cuenta en qué momento se quedó dormida y de repente sintió una mano en su hombro. Vio a su prometido sonriendo—ya hemos llegado.

—Oh disculpe, me quedado dormida.

—Eso he visto. Debe estar casada. Ha sido demasiado ajeteo en tan poco tiempo.

—Sí, la verdad es que lo estoy.

—¡Te has perdido de todo, Alex! El paisaje ha sido hermoso. Mira por la ventana—dijo Annie. Alexandra se asomó y vio que era cierto, ya hacía mucho habían dejado los malos olores y la suciedad de la ciudad. Ahora todo era verde y hermoso. Había un camino de setos que bordeaba toda la entrada que se extendía al menos por un kilómetro, hasta llegar a la enorme propiedad de tres niveles con una arquitectura fuertemente influenciada por la época medieval a la que obviamente le habían hechos muchas reformas y le habían agregado decoraciones externas de estilo isabelino. Pero lo único que podía decir es que el resultado era simplemente impresionante. Tenía jardines enormes que la rodeaban y en un rincón alejado pudo ver varios caballos pura sangre que comían tranquilamente, mientras en otra parte vio un muchacho pescando en un lago.

—¡Todo es tan hermoso! —exclamó Annie embelesada por el paisaje.

—Y la casa es una belleza, difícilmente puedo imaginarme lo hermosa que será por dentro —dijo Alexandra.

En ese momento el carruaje se detuvo y uno lacayo abrió la puerta para ayudar a bajar a las damas. Varios criados fueron saliendo y luego otros más, hasta formar una gran fila. Un hombre mayor los precedía y le decía algo mientras todos asentían con solemnidad. Al parecer estaba allí para darle la bienvenida a ella como señora de la casa. Ella volteó a mirar a sus hermanas un tanto nerviosa, pero Addie, le guiño un ojo y le sonrió dándole ánimos. Todo el personal de servicio la miraba con curiosidad al verla bajar del carruaje.

Un hombre mayor miraba a Adam con cariño y luego se le iluminaron los ojos al verla a ella— Bienvenida milady—hizo una reverencia.

—Muchas gracias.

—Mi nombre es James, y soy el mayordomo de Averton Hall. Estoy a su servicio para lo que necesite.

—Que amable, James.

Ahora me gustaría presentarle a la señora McGee, nuestra ama de llaves desde hace muchísimo tiempo. La mujer la observaba con admiración y le sonreía —Milady, es un placer conocerla. ¡¡Dios mío!! Parece un ángel

Alexandra sonrió un tanto avergonzada—Me alegro mucho de poder conocerla señora McGee.



—Por favor, si tiene alguna pregunta o desea cualquier cosa, no dude en hacérmelo saber.

—Muchas gracias. Lo tendré en cuenta, esta casa es muy grande y sé que sola no podré hacer mucho.

—Lo hará maravillosamente, lo sé. —dijo la mujer más segura de lo que Alexandra realmente se sentía.

Todo el personal le fue presentado y ella pacientemente esperó para conocerlos a todos. Ni un solo momento los miró mal o se le vio aburrida ante las presentaciones y por el contrario les sonreía y hacía comentarios jocosos con ellos. Al final todos estaban perdidamente enamorados de Alexandra. No sabía cómo lo hacía, pero ella parecía brillar con luz propia. Tenía carisma y una calidez innata que hacía que todos terminaran sintiendo afecto por ella.

Luego de todo aquello, ambos entraron a la casa y Adam ordenó que prepararan algo caliente para las damas, y que las llevaran a sus habitaciones, ya que estaba seguro que después del viaje, querían descansar un poco y refrescarse.

—Por favor, señora McGee, lleve a las damas a sus habitaciones—dijo mientras se quitaba el sombrero y la gabardina.

—Como diga, milord.

—¿No va a descansar usted también? —preguntó Alexandra con gesto preocupado.

—Tengo algunas cosas que hacer, pero no se preocupe por nada. Todos aquí van a atenderla a usted y a su hermana como se merecen. Cuando estén más reposadas, nos encontraremos para la cena ¿les parece?

—Está bien. La verdad es que si necesito refrescarme un poco.

—Adam sonrió—muy bien, entonces no se diga más—tomó su mano y depósito en ella un suave beso.

La señora McGee comenzó a subir las escaleras—por favor síganme por aquí.

Cuando las tres desaparecieron de su vista. Adam sintió que podía respirar. —James, estaré en el estudio—le dijo a su mayordomo—Por favor que nadie me moleste.

—Como ordene, milord.

Adam se alejó mientras su mayordomo lo observaba con preocupación. No era normal que un hombre a punto de casarse tuviera esa mirada triste. Eran muchos años al servicio del marqués y

su hijo, por lo que podía decir a ciencia cierta, que él no estaba feliz.

## Capítulo 7

Adam tomaba un sorbo más de su brandy, mientras pensaba en todo lo que se avecinaba. Estaba a pocos días de cambiar su vida por completo. Y no sabía bien que esperar de todo esto. *¿Por qué diablos se había dejado arrastrar por las ideas locas de sus amigos en esa absurda apuesta?* Sí eso no hubiera pasado, él no habría tenido que coquetear con ella, no habría bailado con ella esa noche del baile y muy seguramente le habría importado un bledo verla tan preocupada por su hermana que tuvo que ofrecerse a ayudarla en su búsqueda. Nada de lo que pasó esa terrible noche habría sucedido y el todavía estaría libre, disfrutando del cuerpo de su amante en su cama y sin más preocupaciones que disfrutar la vida. Pero ahora estaba allí sin saber qué diablos iba a hacer para vivir con una completa extraña que además lo miraba como si ya estuviera enamorada de él.

Cuando estaba allí devanándose los sesos, alguien tocó la puerta. Era Alexandra que quería hablar con él. Entró con una mirada temerosa—no quiero molestar.

—No lo hace—se obligó a sonreír como si nada pasara.

—Casi me pierdo, llegué a dos salones distintos antes de llegar aquí—sonrió avergonzada. Al ver que él no decía nada, se puso seria—lo siento, sé que dijo que nos esperaba para la hora de la cena en el comedor, pero no quise esperar tanto para hablar un poco con usted. Siento que desde que salimos de Londres no hemos cruzado palabra por culpa de mis hermanas que acaparaban toda la conversación.

—No se preocupe. Entiendo perfectamente que estaban emocionadas—No pudo evitar mirar su escote cuando se acercó un poco más. Ese vestido de color verde le sentaba muy bien. Y esas trenzas doradas adornando el escote, lo tentaban a tocarlas, y así poder seguir después con esa piel cremosa de su pechos. ” *¿En qué diablos estás pensando?, se reprochó*

—¿Sucede algo? —ella lo miró preocupada

—Es solo que se ve muy bien con ese vestido.

Ella bajó los ojos hacia el vestido—debo agradecerle por eso, es uno de los que me compró.

—¿Oh sí?

—Sí. Todavía puedo recordar la cara de la mujer cuando le mandó a hacer todo mi ajuar. Creí que se desmayaría ahí mismo.

—No lo creo, ella ya está acostumbrada con mis otras...—se calló enseguida dándose cuenta de que habló sin pensar ¡Maldita sea! Casi había metido la pata.

—¿Está acostumbrada a sus otros...que? —preguntó sin entender muy bien lo que decía.

—A mi madre. Ella le cosía a mi madre, pero además es famosa, y mucha gente le manda a hacer vestidos a última hora, que seguramente ella tiene un montón de muchachas que trabajan para ella —le dijo con voz de inocencia. Alexandra pareció no darse cuenta de que él en realidad había estado pensando en que la mujer estaba acostumbrada porque era allí donde iba con sus amantes y les mandaba a hacer sus vestidos. La modista lo conocía, pero era muy profesional en su oficio y disimulaba bien cada vez que veía una nueva conquista.

—Bueno, en todo caso me alegro de que le guste.

Asam sonrió—¿no te parece que ya es hora de hablarnos con más familiaridad? Después de todo en pocos días vamos a casarnos.

Alexandra estuvo de acuerdo—es verdad, no sé porque no lo había hecho antes.

Él se acercó a ella—ven y siéntate conmigo un rato—la llevó al sillón. La observó un momento. De verdad era una mujer muy hermosa con esos ojos grandes de color azul y esos rizos color caoba que contrastaban con ellos. Su pequeña boca en forma de corazón lo tentaba todo el tiempo y no lo dejaba dormir en las noches pensando en besarla de nuevo. No podía negar que sentía deseo por ella, pero de eso al amor, había mucho. Y él no estaba seguro de que querer vivir la aburrida vida de un casado.

—¿Siempre estás tan pensativo?

—Lo siento, es una costumbre molesta que tengo. A veces mi mente solo se va.

—No te disculpes, yo también he estado pensativa últimamente. Todo esto ha sido tan rápido, que me da un poco de temor.

—No debes temer, Alexandra. Todo lo que quieras lo tendrás.

—¿Absolutamente todo?

Él asintió—por supuesto.

—Me pregunto si llegarás a amarme.

Eso era algo que ni el mismo sabía. Sin embargo, trató de tranquilizarla. —con el tiempo todo se irá dando. Por lo pronto puedo decirte que me gustas demasiado. Eres una mujer preciosa— Él

deslizó su mano por su cuello y alentó su cabeza a moverse hacia la de él. Sus labios se conectaron como si siempre estuvieran destinados a unirse en un beso, las yemas de sus dedos recorrieron su cabello mientras se sumergía en el momento por completo.

Si esto era felicidad, entonces ella quería más. Adam se apartó un momento y entonces besó su rostro varias veces con pequeñas caricias de sus labios. Alexandra estaba perdida en aquellas sensaciones y entendió como era que con un simple beso podía volver loca a una mujer a tal punto de perder su moral. Él observó atentamente su cuello, la piel blanca expuesta y cremosa lo desafió a besarla. Finalmente lo hizo, poniendo sus labios suavemente sobre delicada piel de ella antes de besarla suavemente. Escuchó el suave gemido escapando de su garganta y sintió que su emoción se profundizaba. Alexandraladeó su cabeza y se reclinó ligeramente hacia él dándole mejor acceso, y Adam sintió que lo último de su resistencia salía volando de él cuando la abrazó y tiró de su cuerpo con firmeza. Sentirla presionada contra él generaba en él todo tipo de emociones, y fue allí donde supo que la deseaba con todo su ser, y que, si no se apartaba en ese momento, no tendría reparos en hacerla suya allí mismo.

\*\*\*\*\*

Alexandra sintió que el tiempo había volado. No hacía mucho había llegado a Averton Hall, y ahora, ya estaban haciendo los preparativos para el banquete nupcial. Todo había sido hecho en muy poco tiempo, y eso le daba una sensación de angustia, pues no había tenido tiempo de asimilar nada de su nueva vida, del matrimonio o del hombre con el que viviría el resto de su vida.

Ahora que estaba frente al altar todos esos pensamientos que no habían pasado por su mente antes, la asediaban en ese momento. Pronunciaría los votos y eso sería todo. Prometería honrar a un hombre toda su vida y amarlo hasta que la muerte los separara y ni siquiera sabía si él la amaría. Sentía una angustia terrible de no estar tomando la decisión correcta y pensó que, si tuviera el valor, tal vez saldría corriendo y huiría. Lo observó un momento y se dio cuenta de que habría preferido casarse muy enamorada, y haber estado muy segura en el altar del hombre con el compartiría su vida. Escuchaba las palabras del vicario a lo lejos sumida en sus pensamientos, luego fue el momento de los anillos y al final, fueron declarados marido y mujer. Su marido entonces, retiró el velo de su rostro y le dio un beso.

Todos aplaudieron y llovieron las felicitaciones, unos rostros le eran conocidos y otros no tanto, pero ella trató de poner su mejor cara a todos. Luego de allí fueron a la casa, donde inició el desayuno nupcial, que estuvo lleno de gente muy importantes y amigos en su mayoría de Adam como también de familiares tanto de ella como de él. El jardín, la terraza y los salones estaban llenos de gente en mesas que eran servidas por una multitud de criados. Adam y Alexandra paseaban entre los invitados, conversando y recibiendo sus buenos deseos, pero de repente algunos amigos lo llamaron y él la dejó un momento para conversar con ellos. En ese preciso momento, una mujer muy elegante y bella, se le acercó. —lady Woodbridge, que gusto poder conocerla al fin.

Alexandra la miró tratando de recordar donde la había visto, pero su rostro no se le hacía conocido. —disculpe, pero creo que no nos conocemos.

La mujer le sonrió misteriosa—es cierto, no lo hacemos. Soy Olivia Russell.

—Mucho gusto.

—He escuchado tanto de la ahora, esposa de lord Woodbridge, que quería conocerla personalmente.

Ella sonrió—espero que solo haya escuchado cosas buenas.

—¡Por supuesto! Todo el mundo habla de lo encantadora, amable, y hermosa que es la esposa del conde.

Alexandra de repente sintió que en lugar de halagarla estaba burlándose de ella—muchas gracias.

—¡Querida! qué bueno que te veo. Hay algunos invitados que quieren felicitarnos afuera en el jardín—Adam que las había visto conversar salió apresuradamente al encuentro de su esposa, para evitar que aquella mujer soltara la lengua. Apenas Olivia lo vio cambió su gesto educado por una sonrisa seductora—Lord Woodbridge, permítame felicitarlo—le dijo de manera coqueta.

Alexandra no se perdió la cara de incomodidad de su esposo—muchas gracias.

—Les deseo toda la felicidad del mundo—Adam miró a la mujer con cara de pocos amigos y no le respondió. Luego miró a su esposa—vamos, querida—le ofreció su brazo a Alexandra que se dio la vuelta un momento—fue un gusto conocerla, señorita Russell.

—Oh créame querida, el gusto ha sido todo mío—sonrió.

Adam la escoltó al jardín donde varias personas los esperaban, sin embargo, Alexandra no pudo quitarse de la mente a esa mujer y su actitud misteriosa.

Después de algunos bailes con los invitados y con su esposo, y de muchos brindis por la felicidad de la pareja, ellos se despidieron de los invitados que poco a poco se fueron retirando. Una hora después estaban solos y ninguno de los dos tenía mucho que decir.

—Me...me gustaría ir a cambiarme de ropa—dijo algo insegura—no podía evitar sentirse

nerviosa ante lo que inevitablemente sucedería. No es que ella fuera una experta en esas cosas, pero había leído libros a escondidas de su madre, y tenía un par de amigas en el sitio donde había crecido, que eran casadas y le habían dicho que no era una noche placentera.

—Por supuesto, ve. Te alcanzaré en un rato—sus ojos la miraban con dulzura—todo saldrá bien—trató de infundirle valor, pues sabía que estaba nerviosa.

Ella asintió y subió las escaleras en silencio como un condenado a muerte cuando se dirige a la horca. Una hora después, su doncella le había ayudado con un camisón hermosamente decorado con encaje, le soltó el cabello y la perfumó.

—Se ve hermosa, milady.

—Gracias, Babette.

—¿Se le ofrece algo más?

—No, nada.

—Buenas noches, milady—la chica hizo una reverencia y salió de la habitación.

Alexandra todavía muy nerviosa, se fue a la chimenea y se sentó frente a ella tratando de calentar el frío que sentía en todo su cuerpo. No había pasado mucho tiempo cuando un golpe suave en la puerta la asustó.

—¿Alexandra? —Adam la llamó al no escuchar respuesta la primera vez que tocó.

—Adelante.

Adam entró y la vio allí frente al fuego sentada. —¿Estás bien?

—Sí, solo tenía frío. —sus brazos estaban cruzados sobre su pecho. Lo observó un momento y notó que se había cambiado también. Ahora llevaba pantalones holgados y una bata de seda azul oscura con un fajín amarrado a la cintura.

He traído algo que te hará sentir mejor—le mostro la botella de champan.

—Ya he tomado suficiente, no creo que sea buena idea.

—Por el contrario. Es muy buena idea. Esto te quitará los nervios.

Alexandra no se sentía capaz de tomar nada, pero no quiso hacerle un desaire. Tomó la copa

que él se acercó para darle, y la bebió presurosa. Luego sus ojos se pusieron llorosos y comenzó a toser.

Adam se echó a reír—querida, tranquila... Esto no es para tomarlo como si fuera agua. Te vi tomarlo antes en pequeños sorbos.

Ella tosiendo trató de decir algo, pero no pudo. Adam comenzó a darle golpecitos en la espalda hasta que se le pasó y respiró mejor.

—Oh Dios, perdóname. No sé qué es lo que estoy haciendo—se sentía ridícula.

—No te disculpes—acarició su rostro —es tu primera noche con un hombre, sé que estás nerviosa y no sabes que esperar de todo esto. Luego bajó la mirada y observó su camisón con detenimiento. Su cuerpo no lo decepcionó. La reacción fue inmediata ante el hecho de que debajo de ese camisón no había nada más que su cuerpo desnudo. Después al mirar su cabello suelto, que caía en ondas sobre sus hombros y espalda, se quedó estupefacto.

—Te ves preciosa.

—No estoy segura de verme muy bien con este camisón—*Dios ¿Por qué había dicho algo tan tonto?, se preguntó molesta.* Estaba tan nerviosa que ya ni sabía lo que decía

—Créeme. Te ves esplendida—le ofreció su brazo—¿La habitación es de tu gusto? Desde que llegamos jamás te pregunté.

—Es hermosa y muy cómoda.

—Me alegro ¿Quieres conocer la mía?

—¿Ahora?

—Claro ¿Que mejor momento que este? Así te calmarás un poco. No hay prisa, solo quiero que te sientas bien y esos nervios se vayan—salieron de la habitación.

—Me alegro.

Salieron de la habitación y caminaron por el hall lleno de pinturas de los antepasados de su esposo. Cuando llegaron a la puerta él abrió y la hizo pasar. Alexandra a esas alturas estaba temblando.



## Capítulo 8

Miró a su alrededor el dormitorio iluminado de manera tenue. Era más grande que la de ella, pintado en colores tierra más varoniles, y decorado con piezas de cerámica y madera tallada. Tenía un armario enorme tallado con delfines y una de las puertas estaba abierta. Observó que allí había un lavabo, una toalla y algunas cosas típicas de un caballero, como colonia, navaja y una barra de jabón perfumado.

Unos pasos más adelante, vio una cama de dosel, con postes a los lados tallados también en madera y pintados a mano con el emblema de la familia. Y cerca estaba el fuego que calentaba toda la habitación. Alexandra bajó la cabeza presa del miedo y se dio la vuelta al escuchar el ruido de alguien sentándose en una silla. Vio que era Adam, que se había puesto cómodo y se quitaba la bata.

—¿Quieres un poco más de champaña?

Ella negó con la cabeza y lo observó desabotonarse la camisa larga que llevaba debajo. Cuando terminó ella pudo tener un vistazo de su ancho pecho y grandes brazos. Se preguntó que acostumbraba hacer para tener ese físico, por lo general los caballeros solían ser menos musculosos.

Ella estaba fascinada observándole. Fue quitándose todo sin ningún pudor y ella sentía que su cara estaba completamente roja pero aun así no dejó de observar cada detalle de ese cuerpo que era como el de un Dios griego. Cuando terminó de quitarse todo, se acercó a ella y Alexandra pudo sentir la prueba de su deseo empujando contra su cadera. ¿Cabría eso dentro de ella? Sus amigas habían dicho que aquel apéndice variaba de tamaño y podía o no, hacer daño. Sin embargo, el tamaño de Adam era bastante grande y ella no creía que cupiera. De repente él tomó su rostro suavemente y la besó haciendo que ella se perdiera en aquellas sensaciones.

Pero el miedo pudo más y ella no se sentía preparada. —¿No podríamos dejarlo para mañana? —le dijo impulsivamente cuando el beso terminó.

Él se echó a reír—Alexandra, cariño, si me dejas hacer las cosas, te aseguro que no te arrepentirás. Esto no es para tener tanto miedo—besó su cuello haciendo que ella cerrara los ojos —esto por el contrario es para que te sientas bien. Te prometo que te va a gustar—le dijo muy seguro de sí mismo. Él no esperó a que ella respondiera, sino que la alzó en brazos y la llevó a su

cama, donde la depositó suavemente, y se puso entonces, sobre ella. Le sonrió travieso y buscó los botones de su camión y lentamente los fue desabrochando mientras la miraba a los ojos. Y cuando sus pechos quedaron expuestos atrapó uno con su boca haciendo que ella arqueara la espalda ante la sensación. Alexandra se sonrojó, y su piel adquirió un brillo hermoso a la luz de la luna que entraba a raudales por la ventana, mientras él terminaba de quitarle el camión, y la dejaba desnuda ante sus ojos. Ella avergonzada, ante el escrutinio de sus ojos y su mirada ardiente, cruzó las manos sobre su regazo. Él abrió sus brazos—no te ocultes de mí—tomó sus manos y depositó un beso en cada una, luego tocó sus brazos suavemente como si trazara un dibujo, pasando por sus delicadas muñecas, sus brazos y hombros, hasta llegar a su cuello. Alexandra sintió la piel de gallina y no supo si era por el frío o por lo que Adam le hacía sentir. Él vio que sus pezones se tornaban duros y no soportó las ganas de inclinarse sobre ellos para lamerlos y chuparlos. Poco después su boca fue subiendo hasta llegar a la clavícula y subió hasta tomar su boca lentamente mientras la abrazaba y el cuerpo de ella se arqueaba hacia él. Deposito besos de mariposa por su rostro y volvió a sus pezones nuevamente haciéndola estremecerse.

—Hueles delicioso—le dijo mientras ella seguía temblando.

—Me bañé en agua perfumada de vainilla.

—Me encanta ese olor—comentó al tiempo que se tumbaba sobre ella y luego bajaba su boca hasta su estómago y luego pasaba la lengua por su ombligo hasta que bajó más y llegó al triángulo de vello. Entonces abrió suavemente sus piernas para que mientras su boca la acariciaba, sus dedos también lo hicieran. Ella se sorprendió por aquella sensación y quiso apartarse, pero él no la dejó y la atormentó de tal forma, que ella sintió que se volvería loca. Su cuerpo se levantaba tratando de estar más cerca de las manos de él sin ningún pudor.

—¿Me detengo? —preguntó bromeando con ella.

—No te atrevas...—contestó perdida en las sensaciones.

Eso lo hizo sonreír y volvió a atormentarla con su lengua probando ese lugar donde estaba tan húmeda. Con su boca comenzó a succionar la perla de carne en su sexo y su néctar le supo mejor que el mismo vino. Ella temblaba y sentía que su corazón explotaría. Fue tal la sensación que su respiración estaba muy acelerada y vio como ella halaba su cabello cada vez que él chupaba y lamía con más fuerza.

—Siento que voy a desmayarme—le dijo entre excitada y asustada. Adam sonrió y supo que estaba a punto de tener un orgasmo. Subió por su cuerpo y ella sintió su miembro duro presionando contra su muslo. Alexandra se imaginó que tal vez eso dolería demasiado y se tensó.

—Shhhh—trató de calmarla—no tengas miedo. Estás más que preparada para mí. Sus manos se abrieron espacio entre ellos y entonces ella sintió algo duro entrando en ella, estirándola, poseyéndola. Se sintió llena, plena, pero un dolor agudo la hizo empujarlo. —¡No! Espera, cariño. Poco a poco pasará el dolor.

Y efectivamente así fue después de unos minutos. Adam comenzó a acariciar su sexo con los dedos y ella comenzó a sentir placer nuevamente. Luego ella empujó sus caderas hacia él. Era como si su cuerpo lo pidiera a gritos, lo necesitara de manera desesperada, y su dura longitud la penetró una y otra vez.

¡Adam! — ella gritó mientras se arqueaba hacia arriba, sintiendo que estallaba en mil partículas, era como si su alma se saliera de su cuerpo. Y casi enseguida escuchó como él rugía su liberación y temblaba sin control, como lo hacía ella. Ambos se miraron respirando agitadamente y sonrieron. Luego él le dio un beso en la frente y se dejó caer sobre las almohadas dejándose llevar por el agotamiento.

\*\*\*\*\*

La mañana la sorprendió completamente sola. Adam se había marchado en algún momento de la noche, tal vez. No podía negar que le dolía su indiferencia. Por un breve instante se imaginó que todo lo que habían vivido esa noche, había sido especial para él y que tal vez sería el inicio de su vida como marido y mujer.

La doncella llegó más tarde, con una té caliente, la ayudó con un baño relajante y le dijo que Adam se había ido desde muy temprano y que no tenía idea de cuando llegaba.

Bajó a desayunar al comedor, donde el mayordomo enseguida que la vio, le sirvió café, y llenó su plato con panecillos caliente, tocino, algo de pastel de ciruela y huevos cocidos. Era un desayuno demasiado copioso comparado con los que estaba acostumbrada tomar, y ese día en particular, no tenía ganas de comer mucho.

—James, ¿lord Woodbridge dijo a qué horas vendría?

—No, milady. Él no suele decir a qué horas vuelve cuando sale a cabalgar.

—Muchas gracias, James—siguió jugando con su comida, hasta que se cansó y se puso de pie. Cuando se dirigía a la biblioteca, la señora McGee, la abordó—milady, buenos días.

—Buenos días, señora McGee.

—Disculpe si la molesto, pero necesitaba hablar con usted sobre el orden del día.

—¿Orden del día?

—Sí, para establecer las comidas del día, el menú, y que charlemos sobre las disposiciones que va a tener para la casa y los sirvientes.

—Oh...ya veo. —no tenía muchas ganas de hacerlo, pero al ver la cara decidida de la mujer, pensó que era mejor hacerlo de una vez. Ambas fueron a la biblioteca y Alex se sentó, mientras el ama de llaves empezaba a abrir una libreta y con una pluma comenzaba a escribir algo.

—Señora McGee. no hay necesidad de quedarse allí de pie. Por favor tome asiento.

La mujer la miró como si le hubieran salido cuernos—¡no milady! Eso no sería correcto por su posición y la mía. Usted es la señora de la casa y yo debo quedarme de pie, siempre.

—Muy bien, muy bien—se tocó la cabeza viendo que un dolor de cabeza amenazaba con afectarla.

Empezaron con un reporte del ama de llaves, donde esta le hablaba sobre los sirvientes, le comentaba quienes hacían su trabajo correctamente y quienes no. Le dijo quienes era los sirvientes que estaban asignados a la parte de arriba y los que solo podían estar debajo de las escaleras y tenían estrictamente prohibido subir. Luego hablaron de la cena y en caso de que a ella le provocara una pequeña merienda entre desayuno y cena, que tipo de comida desearía para ese momento. Establecieron los días de visita y que horarios tendrían.

—Creo que los martes y jueves, son buenos días—comentó Alexandra.

—Muy bien, milady. ¿Y los horarios serían entre once de la mañana y tres de la tarde o prefiere otras horas?

—Ese sería perfecto. De hecho, si podemos acortarlo un poco, sería perfecto.

—Como diga. Lo pondré entonces de doce del día hasta las tres de la tarde.

—Gracias, señora McGee.

Luego discutieron las comidas que se darían en esas visitas y el ama de llaves le dio algunas sugerencias del chef. Cuando Alex las miró, eran todas cosas muy lujosas y costosas, pero cuando se lo dijo al ama de llaves, ella le respondió que era lo mejor, pues la condesa tenía un status que mantener y la muestra de una comida lujosa para las visitas, era algo muy bien visto.

Alex volvió a tocarse la cabeza—esto no era lo que había pensado hacer ese día, pero se dejó aconsejar por la mujer que llevaba años atendiendo la casa y había trabajado con la madre de Adam, mientras vivió.

—¿Esto es algo que hay que hacer todos los días?

—Me temo que sí. Sin embargo, si usted gusta podemos hacerlo tres veces por semana durante más tiempo y así todo quedará dispuesto para la semana entera. —miró a Alex que se veía sobrepasada por todo eso—no se preocupe, llevar una casa como esta no es fácil, pero con el tiempo, le aseguro que se acostumbrará—le dijo con gesto comprensivo.

—Sí, hagamos eso. Al menos por un par de meses.

—Por supuesto, es demasiado abrumador para su primer día—sonrió.

—¿Hemos terminado? —le preguntó deseando que dijera que sí.

—Ya casi, sin embargo...hay una cosa más.

—¿Podemos dejarlo para mañana? —no creía ser capaz de pensar en algo más sobre cómo llevar aquella casa, que no consideraba suya y tampoco sabía si alguna vez lo haría.

—Claro que sí, milady. La dejare sola—se dirigió a la puerta.

—Señora McGee.

—¿Sí, milady?

—Muchas gracias, por todo.

—No tiene que darlas, es mi deber. Ahora, voy a enviarle un té caliente para que se relaje un poco. —y dicho eso desapareció.

Alex se quedó allí leyendo un libro, mientras se tomaba su té. La mañana fue pasando muy rápidamente y cuando se dio cuenta, ya eran las dos de la tarde. Afortunadamente no esperaba visitas para ese día pues la gente entendía que estos eran los primeros días de los recién casados y era comprensible que quisieran pasarlos en relativa privacidad. Miró por la ventana y vio con preocupación que comenzaba a llover con fuerza. Pensó en Adam que estaba cabalgando y no había dicho hora de llegada, pero afortunadamente unos veinte minutos después de que lloviera a cantaros, su esposo llegó a la casa, empapado hasta los huesos. Ella escuchó a su mayordomo hablando con él y fue a su encuentro. Lo vio allí de pie en la entrada quitándose la gabardina y secándose el cabello con una toalla que le pasaba James.

—¡Oh Dios mío, estas mojado hasta los huesos! —exclamó Alexandra. Le dio una sonrisa y mandó a traer algo caliente para él.

—No es nada, ya me ha pasado muchas veces. Con un buen brandy entraré en calor.

—¿Quieres que te acompañe al estudio? Te lo puedo servir.

A él no pareció gustarle mucho la idea—no te molestes, James puede servírmelo. Además, tengo varias cosas que hacer—y diciendo eso, se alejó.

Ella se sintió perdida—¿Qué había hecho mal? Adam parecía sacarle el cuerpo todo el tiempo. Tal vez...le desagradó que ella no fuera muy experimentada en la intimidad. ¿podría ser eso? —se preguntó desolada. No sabía qué hacer y se quedó allí mirando la puerta del estudio confundida y triste. Vio que el mayordomo salía y la miraba con cara de pena—*¡Dios! ¿Tan patética se veía que era digna de la lastima de un sirviente?*

—Milady, Lord Woodbridge manda a decir que la espera en el comedor para la cena.

Ella solo asintió y subió las escaleras—lo mejor que podía hacer era irse a su dormitorio. Allí al menos no le estorbaría a su esposo. *¡Qué ironía! Su primer día de casada y jamás se había sentido tan sola.*

## Capítulo 9

Adam entró en su estudio como alma que lleva el diablo. Se sentía un desgraciado completo por lo que le estaba haciendo a ella. No se había perdido su mirada triste y la forma en la que se abrazó a si misma cuando él la dejó allí de pie. Pero no tenía una maldita idea de cómo portarse con una esposa, y para rematar, el haber visto a Olivia el día anterior, no ayudaba para nada. En la noche cuando había hecho suya a su esposa, se debatía entre una y la otra, y peor aún, las comparaba, por muy canalla que eso fuera. Sin embargo, a pesar de que Alexandra era una mujer inexperta, nada lo había preparado para el mundo de sensaciones que pasaron por él, cuando le hizo el amor. Se había sorprendido por cómo fue ese momento, pues era la primera vez que sentía deseos de quedarse en la cama con una mujer después de haber estado con ella. Todavía recordaba cómo se veía su hermoso cuerpo desnudo en la cama. Ella dormía, pero sus labios medio abiertos, se veían hinchados por los besos y su cabello disperso en la almohada, era algo hermoso de ver. Pero no quería sentir nada de eso por ella. Esa mujer era la causante que haber perdido su libertad. Por idiota, por querer hacerle un favor, tuvo que poner la cara por algo que ni siquiera hizo. La única ganadora en este asunto era ella.

Después de hacerle el amor dos veces esa noche y de ver la forma apasionada en la que ella le había correspondido, se levantó de aquella cama como si quemara. Todavía el sol no había salido cuando pidió que le ensillaran un caballo se fuera a cabalgar para quitarse esa sensación de estar siendo amado. Sabía que el culpable era él, y además todo había sucedido tan rápido que apenas lo estaba tratando de asimilar. Por otro lado, su amante no hacía más que acosarlo y enviarle cartas y recados con sus amigos. La mujer estaba tan desesperada por verlo, que hasta se atrevió a ir a su boda. *¡Que maldita locura! ¿En qué momento me metí en esto?, pensó con amargura.*

Alexandra bajó las escaleras, y se encontró con su esposo en el comedor. Adam se levantó de su silla apenas la vio y espero a que ella tomara asiento.

—Buenas noches, Alexandra.

—Buenas noches, milord.

—¿No deseas llamarme por mi nombre?

—No sabía si podía hacerlo—dijo en un tono que él claramente reconocía. Estaba molesta.

—¿Pasa algo?

—No lo sé. Tal vez usted deba decírmelo. Creo que he hecho algo mal porque en nuestro primer día como casados, no ha hecho más que rehuirme.

Adam se quedó de piedra. Jamás alguien había sido tan insolente con él, y mucho menos frente a los sirvientes.

—Tal vez sea conveniente hablar de esto más tarde. —le dijo con una mirada glacial. Alexandra enseguida se calló y no dijo nada más. Pero a pesar de todo, él no quería verla de esa forma. Por algún motivo que no llegaba a entender le molestaba que ella estuviera triste. Los lacayos comenzaron a servir la sopa de alcachofa, mientras ella miraba directamente su plato y no decía nada. Luego de comer en silencio vino un primer plato de pescado con hinojo y menta.

—Esto está delicioso. Tenía mucho tiempo de no probar el pescado de esta forma.

Sus palabras aplacaron un poco su humor—Yo adoro el pescado fresco y mi madre solía mandarlo a preparar de esa forma cuando mi padre estaba vivo.

—¿La extrañas mucho?

—Sí, demasiado. Ella era una mujer muy especial—el tono de su voz dejaba ver melancolía.

—¿Se querían mucho tus padres?

—Oh sí. Ellos no eran como las demás parejas, en las que podía verse que estaban juntas por costumbre o interés. Ellos no. Se la pasaban riendo, y se divertían con nosotras siempre.

—¿Eras pequeña cuando tu padre murió?

—Tenía doce años, pero mis hermanas estaban todavía pequeñas, y mi madre comenzó a enfermarse, y bueno...la vida cambió. Se hizo un poco más dura para tres niñas, pero siempre contamos las unas con las otras y mi tía también estuvo presente siempre.

—Seguro que las vas a extrañar.

—Lo haré, pero me imagino que así es la vida de casada.

—Yo tengo que ir a Londres en estos días. Sí quieres puedo llevarle cartas a tus hermanas.



—Oh, eso sería grandioso. Al menos escribiré una carta para Anne, que todavía estará en Londres cuando vayas, pero mi tía y Addie ya estarán en Summerley.

—Ya no me hables de usted por favor—le pidió él.

Ella asintió en acuerdo, pero todavía estaba un poco molesta.

Retiraron su plato y pusieron uno con carne asada, verduras calientes y patatas en salsa de mantequilla. Ambos comieron a gusto y comenzaron a hablar de diferentes cosas. Él le preguntó sobre su vida en Summerley, y si tenía amigas allí. Ella también le preguntó por sus amigos de infancia, su estancia en la escuela. Alexandra le decía que cuando volviera a ver su tía le diría que lo hermoso que eran los amaneceres allí, porque esa era la parte preferida del día para ella. También le conto de los planes que tenía con él, para que fueran al teatro y a varios museos, cuando volviera a Londres. Él se sentía mareado con tantos planes que ella tenía, pero cuando tocó un tema delicado, sintió que no podía más.

—Tengo que hacer todas esas cosas ahora. Después, cuando vengan los hijos, ya no será tan fácil ¿verdad? --le dijo sonriendo. Yo siempre he soñado con una familia grande.

Adam se levantó intempestivamente, dejándola sola. Alexandra lo miró atónita—¿Adam? —lo llamó —Adam, ¿pasa algo?

Él no contestó y desapareció por la puerta. Ella se quedó nuevamente sola, delante de todos los sirvientes. Sintiendo que no pertenecía allí. Con todo el dolor pensó que Adam no estaba tan comprometido como le dijo y como ella estúpidamente pensó.

A la mañana siguiente, Alexandra se levantó con un terrible dolor de cabeza. Casi no había dormido, se imaginó que Adam la visitaría en la noche, pero no lo hizo. Quería estar con él, tratar de convencerlo de que ella podía ser una buena esposa, y además quería entender porque algunas veces estaba bien y otras era como un tempano de hielo con ella. Se levantó y fue hacia el armario donde tenía una jarra llena de agua para averse. Luego cuando llegó su doncella, tomó una taza de chocolate que le llevó y se vistió rápidamente porque ese día no pensaba permitir que su esposo se fuera sin hablar con ella. Sí tenía que tomar al toro por los cuernos, lo haría.

Efectivamente cuando bajó al comedor lo encontró allí desayunando y leyendo el periódico.

—Buenos días—lo saludó.

Él se sorprendió al verla allí. Esperaba que todavía estuviera durmiendo— Buenos días, milady.

—¿Ya no me llamas por mi nombre? —le preguntó con una sonrisa fingida.

—Por supuesto. Buenos días, Alexandra—se corrigió.

—Me gustaría hablarte un minuto, si me lo permites.

—¿Tiene que ser ahora?

—Sí, es importante.

—Umhum—accedió a regañadientes—pero no tengo mucho tiempo. Debo ir a ver algunos asuntos urgentes.

—Creo que nosotros somos un asunto urgente también.

—Vamos al estudio—le dijo Adam caminando hacia allí sin esperar a ver si ella iba tras él.

—Pensé que al estar recién casados no había asuntos más importantes que nosotros—dijo cerrando la puerta tras ella.

—Oh si, seguramente debe ser así, pero lo cierto es que nosotros somos una pareja peculiar.

—¿Por qué?

Él no dijo nada y ella se le acercó y se puso frente a él—Adam... ¿Ya no te gusta mi compañía? —tomó su mano—¿Te he hecho algo malo? ¿Por qué después de nuestro matrimonio y con tan solo dos días de casados, ya no quieres casi ni hablarme?

—No es que no me guste tu compañía, pero no soy el tipo de hombre que vive en casa todo el día, no soy muy amante de la vida familiar.

Ella lo miró extrañada—Pero si no te gusta esta vida ¿porque te has casado conmigo?

—¡Maldita sea! —gritó asustándola—lo hice porque soy un caballero. Por cumplir con mi deber, no te hagas la inocente ahora. Jamás te prometí que seríamos el matrimonio perfecto.

Ella lo miró con un gesto de dolor e incredulidad—pero tú te portabas tan amable y aun cuando nos encontraron en aquella situación y te dije que no había necesidad de casarnos, me dijiste que deseabas hacerlo.

—Lo sé.

—Te dije no quería someterme a un matrimonio sin amor solo porque te sintieras obligado, y me dijiste que no lo hacías por eso.

—No tienes que repetir mis palabras, me acuerdo muy bien de ellas, Alexandra—le dijo molesto.

—¿Has...cambiado de opinión?

—Nunca quise hacerlo, Alexandra. Pero no podía decírtelo porque no te habrías querido casar y no podía permitir que mi reputación quedara en entredicho por no portarme como un caballero.

—¿Caballero dices? —perdió la paciencia—tú no eres un caballero en lo más mínimo—fue ella la que gritó esta vez—si de verdad lo fueras, habrías pensado en mí, y no en ti, pero eres un egoísta. Todo lo que has dicho es que lo hiciste por tu reputación, era lo único que te preocupaba. Mis sentimientos podían irse al diablo ¿verdad?

—No tienes que expresarte de esa manera.

—¿Por qué? ¿Porque si lo hago no parezco una dama? ¡Pues entonces somos iguales! —dijo furiosa—¡Porque tú tampoco eres un caballero!

—Cálmate, Alexandra.

—No soy estúpida, Adam, Debe haber algo más aquí.

—Bueno, si quieres saberlo, sí. Hay algo más. Mi padre estaba tan molesto que me dijo que, si no cumplía como un hombre, y me casaba, retiraría la pensión que me daba y pensaría seriamente en desheredarme.

Alex sentía que sus ojos ardían por las ganas de llorar—es tan cruel, que hayas jugado de esta manera conmigo. Sí solo hubieras sido sincero...

—Lo siento, sé que no es la mejor manera de comenzar un matrimonio, pero al menos tienes una buena posición y no tendrás que aguantarte a todas esas mujeres que hablaban de ti por no casarte.

—Jamás me importó que dijeran que era una solterona. Pero ya veo...crees que me estabas ayudando—se cruzó de brazos conteniendo su ira—¿Piensas tal vez que debo agradecerte?

Adam solo se levantó de la mesa y tomó su mano para darle un beso en el dorso—no entraré en discusiones tan temprano, milady. Ante la mirada indignada de ella, sonrió—que tengas un excelente día, esposa—se despidió y la dejó sola, como ya se le había hecho costumbre.

\*\*\*\*\*

Esa noche, ella cenó en su habitación, sin ánimos para hablar con ese hombre cruel con el que se había casado.

Adam fue informado y no le gustó la noticia, pero se dijo que lo mejor sería dejarla que pensara bien las cosas y se le bajara el enojo. Aunque no pensó en que los días pasarían y ella casi no lo vería y además cuando se encontraban se portaba tan indiferente que era como si él fuera invisible. Se trataban de manera cordial, pero nada más.

Una noche estaban cenando y él comentó que en dos días viajaría a Londres porque tenía unos asuntos que atender. Alexandra se imaginó que esos asuntos seguramente tendrían que ver con su amante, pero no dijo nada. Ella desde hacía semanas había descubierto cartas de ella, donde le decía lo desesperada que estaba por no poderlo ver, y le hablaba de las ardientes noches de pasión que compartían juntos. Por algún motivo, ella sentía que su corazón se había congelado, porque ya no sentía nada por él. Lo veía y era un mueble más de aquella casa como lo era ella para él. Se había dedicado a sobrevivir en un matrimonio que era exactamente lo que ella jamás deseó.

—¿Te vas por mucho tiempo?

—Solo una semana, como mucho dos.

—Sí no te importa me gustaría ver a mis hermanas. He recibido carta de ellas y ambas están el Londres.

—No veo por qué no. Saldremos el miércoles temprano en la mañana.

—Estaré lista. Gracias—fue lo único que comentó y siguió comiendo. Cuando terminó, se levantó de la mesa y le deseó las buenas noches.

Adam se quedó en la mesa un rato más. Pensaba en ella, en lo distinta que estaba. Su rostro, aunque trataba de disimularlo estaba muy triste y ya no sonreía. Casi no se sentía dentro de la casa y mantenía un gesto neutro tan falto de expresión, que más de una vez se había encontrado deseando ver a la antigua Alexandra, así fuera para gritarle. Por un momento se sintió culpable, porque, aunque no quisiera reconocerlo la mayor parte del tiempo, era él quien había hecho aquello.

## Capítulo 10

Anne, salió corriendo de la casa en cuanto vio llegar a su hermana y detrás de ella corría Addie. Las tres se abrazaron durante un rato y luego se echaron a reír.

—Por Dios parece que no nos hubiéramos visto en años. —dijo Anne.

—Pero han sido meses. No sabes la falta que me han hecho.

—Y tú a nosotras. Sin ti, no es lo mismo, ahora nuestras discusiones duran una eternidad—dijo Addie riendo.

—Puedo imaginarlo, siempre era yo la que las terminaba.

Addie la observó con preocupación—¿son ideas mías o estás más delgada?

—Tal vez un poco—contestó Alex evadiendo el tema.

—¿Y tu esposo?

—Él...tenía muchas cosas que hacer, pero ha dicho que viene después para hacerles una visita.

—No sé porque me parece que no estás muy feliz, hermana—comentó Anne observando las ojeras en su rostro y la mirada triste que tenía. —¿él se ha atrevido a tratarte mal?

—No, no. Para nada, Adam y yo nos llevamos muy bien, él es el mejor esposo del mundo.

Addie miró para ambos lados y se dio cuenta de que hablaban en la entrada delante de los sirvientes. —creo que es mejor entrar y charlar en el salón.

—Sí, yo también lo creo. Además, nunca has sido buena mintiendo, Alex—Annie comentó sin dejar de mirarla preocupada—sé que algo pasa y nos lo contarás todo.

Una hora y tres tazas de té más tarde, las tres hermanas se habían enterado de todo lo que

pasaba a detalle. Annie y Addie, estaban furiosas.

—Yo sabía que no era una buena idea. Te lo dije muchas veces.

—Ya nada podemos hacer, Estamos casados y punto—dijo Alex sin ánimo de pensar en lo que hubiera podido ser.

—Pero algo hay que hacer esto no puede quedarse así. El muy desgraciado consumó el matrimonio para que no pudiera anularse, pero ahora que ya lo tiene seguro y que a los ojos de todos ha cumplido como caballero, se ha venido a Londres a retozar con su amante—Addie quería tenerlo en frente para abofetearlo.

—No estoy segura de que eso sea así.

—Por Dios, Alex, abre los ojos. —luego miró a Anne—¡Todo esto es por tu culpa, por ser una cabeza loca, imprudente!

—¡Ya sé que soy la culpable! No tienes que echármelo en cara todo el tiempo. —dijo furiosa— desde que te enteraste no has hecho otra cosa que culparme por ello.

—¿Y qué otra cosa voy a hacer? Pensé que nuestra hermana a pesar de que había tenido que cargar con tu error, al menos había dado con un buen hombre, pero resulta que es infeliz y eso solo te lo debe a ti.

—¡Yo le dije que iba a decir la verdad y fue ella quien no quiso! —gritó Anne al borde de las lágrimas.

—Ya basta, las dos. Vine aquí a ver a mis hermanas, a tener su apoyo. No viaje hasta aquí para que se agredan entre ustedes y me digan “te lo dije”

—Lo siento—se disculpó Addie. Es solo que tengo tanta rabia al verte así, y mientras tanto ese hombre se porta como si tu dolor le fuera indiferente.

—Yo también lo siento—Annie empezó a llorar—lo siento por todo. Nunca debí dejar que cargaras con mi culpa. Alexandra la abrazó—yo pude decir que no, y no lo hice, Annie. Nadie me obligó, y no puedo negar que me sentía atraída hacia él. Adam supo cómo envolverme para que dijera que sí.

—¿Pero tú lo amas? —Addie le preguntó, aunque por su rostro sabía la respuesta.

—Sí. Pero no le veo sentido a hacerlo, ya que él no siente lo mismo.

—No lo sé...Alex. Ahora que lo pienso, tú dices que él esa noche en especial, se portó de otra

manera. Nadie puede ser tan buen actor y menos...en ese ...momento—dijo algo incómoda.

—¿Y tú como lo sabes? —Annie la miró con sospecha.

—Bueno. No lo sé, solo me lo imagino.

—¿No será que ese hombre que vive cerca de la tía, y con el que te han visto cabalgar, tiene algo contigo?

—¿Pero ¿qué forma de hablar es esa? —Adaline la miró indignada. —A mí me respetas, Anne Marie. Yo soy una mujer decente, no como tú, ¿que te vas a esconder en el jardín de una casa a besuquearte con un hombre que acabas de conocer!

—Yo no lo acababa de conocer. Él me había visitado aquí en la casa un par de veces y ya llevábamos tiempo coincidiendo en los bailes. Me había dicho que quería algo serio conmigo— Anne quería estrangular a su hermana—pero, ¿qué va a saber una bruja de eso?

—Bruja serás...

—¡Suficiente las dos! ¿Es que acaso no pueden estar ni dos minutos en paz?

Ella es la que comienza—dijo Anne.

—Fuiste tú, Anne. No tenías por qué insinuar algo tan horrible de tu propia hermana. Un hombre puede visitarte, o pretenderte y eso no significa que tu estés portándote inmoralmente. Adeline habla así porque ambas éramos amigas de las hermanas Keating, y cuando ellas se casaron, nos contaron algunas cosas de esa noche...bueno de la noche de bodas.

—Yo quiero saber—exigió ella.

—Dios nos ampare. Sí aun desconociendo el tema hiciste aquello, no quiero imaginarme donde sepas algo—comentó Adeline. Y cuando Anne estaba a punto de contestarle, Alexandra se puso de pie—si alguna de las dos dice algo más en contra de la otra, me iré.

Las dos hermanas se quedaron mudas. —muy bien, así está mejor.

—Muy bien, así está mejor.

—Bueno, entonces retomando nuestro asunto, puedo decirte que no creo que todo esté perdido.

—No lo sé...

—Lo amas, y debes luchar por él. Alex, si ya estas casada ¿qué tanto te cuesta conquistarlo? ¿No se lo vas a dejar a aquella mujer en bandeja de plata o sí? Eso es lo que ella quiere.

—Tengo que estar de acuerdo con ella—comentó Anne. Eres una mujer hermosa y ahora con toda esa ropa elegante y esas joyas, te ves más bella que nunca.

Alexandra acarició el cabello de su hermana—me ven así porque soy su hermana.

—¡Oh no, eso no es cierto! Lo que pasa es que en tu embelesamiento con lord Woodbridge, no te dabas cuenta cómo te miraban los demás caballeros cuando llegabas a un sitio. La misma gente comenta que ambos hacen una espléndida pareja y que seguramente tendrán hijos hermosos.

Alex sintió como si la apuñalaran en el estómago. *alguna vez eso sería posible?, se preguntó.*

—Hermana querida, a veces las cosas no llegan como uno quiere, pero eso no significa que no sean buenas. Sí todavía quieres que tu matrimonio funcione, entonces haz lo posible por enamorarlo. Además, la parte más difícil ya está hecha.

—¿Qué parte?

—Pues la de casarte con él—se echó a reír haciendo que su hermana se animara un poco más.

\*\*\*\*\*

Ese día cuando llegó a su casa, Adam ya estaba allí.

—Buenas noches.

—Buenas noches—dijo él sin ponerle mucha atención.

—Discúlpame, se me hizo tarde hablando con mis hermanas.

—Eso veo, pero me lo imaginé. Después de todo tiene mucho tiempo que no se ven.

Ella sonrió —es verdad. Teníamos tanto que hablar y quisimos ponernos al día.

—¿Hace rato llegaste?



—Hace como una hora.

—¿Qué te parece si vamos al teatro, esta noche?

El dejó de leer su libro—¿cómo dices? —pensó que la había escuchado mal.

—Que si vamos al teatro esta noche. Me gustaría ir a la ópera y escuché que la obra que están presentando en estos días, es muy buena. Es en el King's Theatre de Haymarket.

—No lo creo, Alexandra. Tal vez si lo hubiéramos hablado antes, pero es tarde para prepararnos.

—Apenas son las siete. La función comenzará más tarde—casi le suplicó.

—Tal vez otro día—dijo, pero al ver su cara de decepción no le quedó más remedio que aceptar. Con un suspiro resignado se levantó—está bien, vamos entonces. Hace un tiempo que no voy al teatro y creo que la ópera de la que hablas es Le Nozze di Figaro de Mozart.

—Sí, sí, es esa. Dicen que la cantante que interpreta a Susanna en la obra, es magnífica.

—Está bien, entonces será mejor apresurarnos.

—¡Gracias! —ella juntó sus manos feliz—no me tardaré nada arreglándome.

—Eso sería un milagro. Las mujeres tienen un sentido del tiempo completamente distinto al de los hombres. Solo no olvides que tenemos menos de dos horas para estar allí.

Pero para su sorpresa, su esposa estuvo lista en una hora, y cuando bajó las escaleras, era como ver una hermosa aparición. Llevaba un hermoso vestido estilo túnica de color vino tinto en una tela de gasa imperial, usada sobre una bata blanca de satén, y un fino encaje que adornaba alrededor del escote, la espalda y los hombros. Las mangas eran cortas de satén blanco y apliques del mismo tono que se elevaba por encima de la túnica y frente al busto, ajustándose deliciosamente a este. Sus brazos lucían unos guantes altos a juego. En la cabeza, llevaba un turbante de crespón vino tinto, adornado con un penacho a un lado. En sus pies tenía unas zapatillas con flecos plateados, y en su cuello, un collar de rubíes que él le había regalado el día de su matrimonio.

Él se acercó al final de la escalera donde la esperó y ofreció su brazo—te ves absolutamente espléndida.

Ella sonrió y su rostro adquirió un adorable tono rosa—gracias. Tú también te ves muy guapo — ¿Vamos? —Tomó el brazo que él le ofrecía y ambos se dirigieron al carruaje dispuestos a pasar una noche entretenida.

Al llegar al teatro, ella vio muchos carruajes que arribaban dejando a sus pasajeros, en la entrada. Adam le había dicho que estarían en el palco de su familia y allí se sentaron y estuvieron hablando antes de que comenzara la obra. Unos amigos de su esposo que estaban en un vestíbulo cerca, le habían dicho que querían hablar con él, así que junto a sus esposas fueron invitados por Adam a ver la obra con ellos.

—Lady Woodbridge, es un gusto volverla a verla—Larissa, esposa de lord Penderton, la saludó.

—Lo mismo digo, lady Penderton. Su esposo, era uno de los más viejos amigos de Adam. Ella estaba bastante embarazada y no le importaba que la gente viera mal, que ella fuera a todo lado con su esposo en su estado de gravidez. Se veía radiante y tenía un brillo especial en su mirada. Alexandra sintió envidia. Ella quería estar así de feliz.

Ambas comenzaron a hablar sobre diferentes cosas, pero en algún momento ella se dio cuenta de que muy cerca de su palco una mujer miraba en su dirección todo el tiempo, sin disimular y con odio puro. Alexandra se quedó mirando tanto tiempo a la mujer, que la esposa de Lord Penderton, también empezó a mirar en la misma dirección.

—¿Conoce a esa mujer?

—¿A...quién? —preguntó ella disimulando.

—La rubia que la mira insistente

—No lo creo—mintió. Pero ella no podía decirle que por supuesto que sabía quién era ella. Que estaba casi segura de que era la amante de su marido y que seguramente se moría de celos al verlo con ella en aquel teatro.

—Bueno, pues ella debe conocerla de algún lugar porque no deja de mirarla y pareciera que lo hace con rabia. ¿No es cierto, Amanda? —le preguntó a la esposa de lord\_Pierre, otro de los amigos de su esposo.

Ella parecía algo nerviosa y no la miraba a la cara—Sí, eso parece. Pero bueno, de pronto la mujer ha tenido un mal día, y solo mira así a todo el mundo.

—Me pareció verte hablando con ella un día. Hasta pensé que eran amigas—dijo lady

Penderton.

La mujer se sonrojó—oh no querida, para nada. La he visto, eso es seguro, pero no es mi amiga en lo absoluto.

—Lo cierto es que la mujer parece conocerla—comentó lady Penderton a Alexandra.

Ella sonrió—No creo. Tal vez me confunde con alguien.

La mujer estaba sentada junto a un hombre mayor, que tenía semblante serio y de vez en cuando le hablaba al oído y ella sonreía. Volvió a mirar y lanzó dagas con los ojos a Alexandra. Ahora ambas sabían que ella era consiente de quien era la amante de Adam. Alexandra reprimió sus ganas de llorar. Era demasiado humillante que en el mismo círculo donde ella y su esposo se movían, también estuviera aquella mujer que todos sabían que era su amante.

Adam se sentó a su lado cuando la obra estaba por comenzar y la miró—te sientes bien.

Ella quería gritarle tantas cosas, pero disimuló y solo sonrió—perfectamente.

El con el ceño fruncido la miró como tratando de descubrir si le mentía—si has cambiado de opinión, podemos marcharnos—le dijo con voz cargada de tensión.

Alexandra no quería estar más allí, pero no le daría el gusto a esa mujer de hacer que se fuera. Pensó en sus hermanas y en el plan que acababa de idear—No he cambiado de opinión, quiero estar aquí, contigo—tomó su mano y la acarició tragándose la humillación.

Él pareció estar satisfecho con su respuesta—muy bien—no retiró su mano en ningún momento, y estuvieron buena parte de la obra de esa manera, con sus manos juntas.

Una vez concluyó la actuación, ambos se despidieron de sus amigos y fueron abriéndose paso entre la multitud de los pasillos, hasta que por fin vieron a lo lejos el hall de la entrada. La obra había sido un éxito y el sitio estaba lleno a reventar.

—¿Y si mejor esperamos a que el resto de la gente salga? —le preguntó a su esposo.

—Tranquila, ya estamos llegando a la salida.

—Es que es tanta gente...

—No te pongas nerviosa. Te veo un poco pálida—murmuró Adam, manteniendo un brazo a su alrededor de forma protectora. Y fue en ese preciso momento en el que Olivia Russell los vio. Adam cruzó su mirada con la de ella, y actuó indiferente, pero ella sonrió maliciosa y empezó a acercarse. *Oh no, Olivia, ni lo pienses, se dijo. Sé lo que pretendes y no dañarás esta noche ni*

*para mi esposa, ni para mí.* Apresuró el paso y se abrió camino a empujones sin importarle que la gente lo mirara mal.

—¿Qué haces? —le preguntó Alexandra.

—Estas muy pálida, es mejor que salgamos rápido a que respires aire puro.

Ella pareció estar de acuerdo con lo que pensaba Adam y no dijo nada más. Luego de un rato miró hacia atrás y no vio a Olivia, así que aminoró el paso y afortunadamente su cochero se les acercó para decirle que había logrado parquear el coche muy atrás pero que había sido mejor porque saldrían más, rápido. Los demás coches que habían parqueado cerca de la entrada, peleaban por salir de allí sin mucho éxito ahora que la función había terminado.

Por fin entraron en el carruaje y él se sintió aliviado.

—¡Dios! No me imaginé que esto sería así.

—Por lo general es un poco más organizado, pero hoy, ha venido mucha gente.

El carruaje comenzó a andar y ella se recostó en el sillón frente a su esposo.

—Esa mujer cantó hermoso, ha sido todo un éxito.

—Oh si, la cantante es magnífica.

—Te ha gustado la obra?

—Me gustó muchísimo.

—Entonces has disfrutado la noche—afirmó con una sonrisa.

—Sí—él también sonrió—te agradezco que hayas insistido para que viniéramos.

—¿Vamos a casa?

—Sí, por supuesto.

—¿Sabes? Por un momento creí que, al venir a Londres, nos quedaríamos en casa de tu padre.

—No, no deseo quedarme con él—dijo en tono seco—quiero estar tranquilo mientras estoy en Londres.

No hablaron mucho después de eso, pero ella cuando iban en la mitad de su recorrido, ella se pasó al sillón de enfrente donde estaba él, y lo sorprendió recostando la cabeza en su hombro.

—¿Estas cansada?

Un poco. Han sido muchas emociones este día. La visita a mis hermanas, la noche del teatro...

—Sí, me imagino. Él no se atrevía a abrazarla. No quería encariñarse con ella. *Por Dios, Adam, ¡Eres un idiota!*, se dijo molesto *¿no quieres encariñarte con tu propia esposa?*

Poco después ya habían llegado a casa. Él comenzó a subir las escaleras con ella, pero cuando iba a su habitación, Alexandra lo detuvo.

—¿Podríamos hablar un minuto?

Adam la miró cansado—¿No puede ser mañana?

Ella se sonrojó al tener que decirle lo que realmente quería. —Es que lo que quiero hablar contigo es privado—le dijo en forma sugestiva.

Adam la miró un momento tratando de descifrar lo que le decía. Era imposible que ella le estuviera diciendo que quería tener intimidad con él. Esa no era la Alexandra que conocía. —¿quieres decir que quieres que hagamos el amor?

Ella asintió con la cara roja como un tomate. De repente su gesto cambió—¿tú no lo deseas?

—Claro que sí, pero... ¿Estás segura?

Alexandra volvió a asentir y él no dijo nada más. Solo la tomó por la cintura y la besó. Llevaba mucho tiempo deseando hacerlo porque desde su primera noche juntos, no había podido quitársela de la cabeza.

## Capítulo 11

Alexandra se despertó con la primera luz del día que entraba por las cortinas. La noche que había pasado con Adam había sido perfecta. El solo recordarla la hizo sonreír y pensar que había sido un gran comienzo. Se dio la vuelta para abrazarlo y vio que nuevamente estaba sola. Se levantó buscándolo, pero no estaba por ningún lado. Era obvio. Él durmió con ella, pero se encargó de dar el mensaje correcto cuando se fue de allí. Quería que ella supiera que jamás habría más nada entre ellos, que unas cuantas noches como esa y una relación cordial entre dos desconocidos. Fue una estúpida al pensar que todo sería diferente porque habían tenido una bonita noche y después había hecho el amor.

Luego de pasearse por todo el dormitorio durante más de una hora, soltando todo el veneno que tenía en su interior, trató de calmarse y llamó a su doncella para que la ayudara con su ropa, bajó al comedor por solo una taza de té, y siguió hacia la cocina.

—Buenos días—saludó a todos los que estaban allí.

Los sirvientes se la quedaron mirando como si fuera un fantasma. Todos en silencio y los ojos desorbitados.

—Milady, pero...—el ama de llaves estaba horrorizada—podría haberme dicho que necesitaba algo y le habría ayudado con gusto.

—No se preocupe, lo que necesito está aquí en la cocina.

—Oh bueno... ¿y que sería?

—La verdad es que con quien necesito hablar es con el chef.

—Buenos días, Alfonse.

—Bon Jour, madame.

—Es un gusto poder ver el rostro de la persona que cocina tan deliciosos manjares.

—Merci, milady. Lo hago con mucho gusto—respondió con un indiscutible acento francés.

—Alfonse, ¿Podría decirme cual es la comida preferida de mi esposo?

—Veamos...—se quedó pensando un momento—de hecho, son varias, pero la que más le he escuchado es trucha en salsa. También le gusta el cangrejo de río, y el postre de natas o el pastel de Bunbury.

—¡Oh, eso se oye delicioso! ¿Y de casualidad...podría hacerlos para esta noche? Tengo preparada una sorpresa para el conde.

—Oui, milady. Con el mayor gusto.

—Muchas gracias, Alfonse. Estoy segura de que el conde quedará muy complacido.

Salió de allí ante la mirada todavía sorprendida de los allí presentes y se fue a terminar de planear lo que haría esa noche. Por mucho que estuviera dolida con Adam, tenía que seguir con el plan de reconquista.

\*\*\*\*\*

Después de varias horas de preparar todo, por fin su doncella le avisó que Adam acababa de llegar. Ella le dijo que le avisara que se encontrarían para cenar a las 8 y se dedicó a arreglarse lo mejor que pudo para verse en verdad atractiva.

Cuando se encontró con su esposo en el comedor, él la veía de una forma que ella supo que le agradaba mucho lo que veía. Poco a poco había empezado a conocer una mirada que solía darle y que ella la interpretaba como deseo. Esa era la que ahora le daba y ella estuvo a punto de sonreír.

—Buenas noches, Adam

—¿Alexandra? ¿Qué es todo esto? —le señaló la mesa con flores y velas y el resto del comedor en total penumbra.

—Quería darte una sorpresa así que espero que te guste.

Él la ayudó a sentarse y luego tomo asiento—No esperaba esto, pero gracias.

Alexandra se echó a reír con una mirada traviesa—todavía no me agradezcas, primero prueba toda la comida.

Él no pudo evitar mirarla con admiración. Se veía maravillosa esa noche y estaba tan feliz preparando algo para él, que se sintió egoísta. Tenía miedo. Esa mujer cada día entraba más

profundo en su corazón y por más que luchaba contra ello, no estaba ganando esa batalla.

El mayordomo con ayuda de los lacayos comenzó a servir la cena. Comenzaron con una sopa blanca que contenía ternera, yema de huevo, almendra molida y crema. Luego empezaron con el primer curso de los dos que se habían planeado pues apenas se trataba de ellos dos en la mesa. Este primer curso consistía en cuatro platos distintos; cangrejo de río asados, trucha en salsa de anchoas, cordero asado con salsa de manzana, espinacas con mantequilla.

—¡Por Dios! ¿Pero que es todo esto? —dijo sorprendido.

—¿No te gusta? —preguntó temerosa de no haber hecho las cosas bien.

El rostro de Adam no mostraba disgusto, por el contrario, una sonrisa comenzó a aparecer en su boca. ¿cómo supiste que todos estos son platos que me encantan?

—Le pedí al chef que me dijera.

—Esto es delicioso—le dijo probando la trucha, y tomando un poco de espinacas en mantequilla—No lo puedo creer ¡Cangrejos de río! Podría decir que tengo más de cinco años de no probarlos—le dio un mordisco a uno y cerró los ojos. Luego continuó con el cordero—está muy suave como me gusta.

—Y no has visto nada—dijo ella feliz de que a él le gustara lo que había mandado preparar. Continuaron cenando y cuando terminaron con ese curso llegó el pie de pichón y el filete de ternera con patatas salteadas y ajo.

Alexandra tuvo que hacer espacio para el postre, o mejor dicho los postres, de manera que solo probó un poco de cada cosa, y aun así ya estaba llena. Su marido por el contrario tenía muy buen apetito y ella se dio cuenta de que era gracias a su ejercicio físico de montar a caballo todo el tiempo, y dar largas caminatas cuando estaban en el campo, lo que lo mantenía en forma.

Por último, llegó el mayordomo con uno de los postres. Alexandra pensó en solo uno, pero al no saber elegir cuál de los que a él le gustaban, decidió que lo mejor sería que sirvieran los tres. Así que el chef había preparado pastel de Bunbury, que era un pastel en forma ovalada, hecho de hojaldre plano, especiado, lleno de grosellas. También mandó hacer postre de nata, budín de pan y mantequilla con crema de limón.

Él los probó todos, pero él que se notaba que adoraba, era el pastel de Bunbury.

—Este pastel me remonta a mi época en Eton. Fue la escuela donde estudié y conocí a los amigos más cercanos que tengo.

—¿Lord Pierre, y Lord Penderton?



—Ellos, y uno muy especial al que le encantaba este postre, tanto como a mí. Cuando lo hacían en el comedor de la escuela, le proponíamos al cocinero que nos diera una porción más y le pagaríamos. Obviamente todo a escondidas. El tema es que el hombre un día hizo ese postre y no pudo entregárnoslo ya que había mucha vigilancia por esos días. Alguien nos había delatado y todos los ojos de maestros y directiva, estaban sobre nosotros y el cocinero. Era prohibido dar dinero a un trabajador de la institución. Esa noche nosotros fuimos a la cocina, al lugar donde el cocinero nos dijo que guardaría el pastel. Buscamos por todo lado en ese cuarto, hasta que lo encontramos, y vimos que no solo había uno sino dos. Así que no solo nos comimos un pedazo, sino que éramos tan glotones, que terminamos comiéndonos los dos malditos pasteles—soltó una carcajada y Alexandra lo miraba maravillada. Ella jamás lo había visto reír de esa manera. Se veía mucho más joven y tan apuesto. Ella también rio imaginándolo con su amigo comiendo hasta reventarse.

—Y lo peor vino más tarde, porque Damien y yo, no podíamos casi ni caminar del dolor de estómago y obviamente al día siguiente cuando se dieron cuenta de lo que había sucedido en la cocina, comenzaron a buscar culpables. Todo el mundo se dio cuenta de que éramos nosotros—dijo divertido entre risas.

—¿Los castigaron?

—¡Oh sí! Hubo consecuencias. Nuestros padres tuvieron que ir a la escuela y yo pensé que mi padre me mataría. Pero cuando el director le contó a mi madre y a él, lo que sucedía, mi madre se rio tanto que mi padre se contagió de su buen humor y al final no me reprendieron.

Alexandra empezó a reír de nuevo—entonces le fue bien a tu amigo y a ti.

—Creo que, a Damien, no le fue tan bien como a mí, lamentablemente—su rostro adquirió un gesto serio—el padre de él, solía ser muy severo.

—Oh, lamento escucharlo. ¿Y...se han visto últimamente tu amigo y tú?

—Nunca más lo hicimos después de algo terrible que le sucedió, pero me gustaría mucho volver a verlo—dijo pensativo. Luego como si no pasara nada, cambió de actitud.

—Pensemos en cosas más amenas.

—Estoy de acuerdo—tomó un último bocado de postre.

—Gracias por todo esto. Estuvo en verdad delicioso—el gesto lo conmovió como nada en el mundo, pues la única persona que había hecho algo así por él, era su madre. Y de hecho fue cuando él estaba muy pequeño, para su cumpleaños. Observó como ella se ponía de pie para irse y no quiso que todo terminara tan pronto—¿Quieres tomar una copa de brandy en la biblioteca?

—Yo prefiero el jerez, pero sí, me encantaría.

—Muy bien—le dijo ofreciéndole su brazo, al tiempo que Alexandra sonreía internamente y se decía “*Todo está saliendo de maravilla*”

Mas tarde cuando ya habían tomado su copa y Adam había compartido más anécdotas de su juventud con ella, llegó el momento de darse las buenas noches. Ambos subieron las escaleras y él la dejó en la puerta de su habitación.

—Gracias por una cena maravillosa, y una noche muy entretenida.

—Gracias por aceptar todo esto. Por un momento temí que no te gustaran las sorpresas—dijo nerviosa.

—No me gustan, pero esta fue especial—tomó su mano y muy galantemente la besó.

—Buena noches, Adam—ella se dio la vuelta para entrar a su habitación. Pero él la detuvo—Lucho cada día por no sentir nada por ti—le susurró al oído

Eso la sorprendió—¿Por qué querías hacer algo así? Soy tu esposa—le dijo sin darse la vuelta para verlo de frente.

—Siempre he sido un hombre que ama la libertad y no tenía planeado casarme, mucho menos en las circunstancias en las que lo hice, pero no sé qué diablos me pasa contigo, Alexandra.

—¿Por qué tienes tanto miedo a perder su libertad?

—Tal vez algún día te lo diga—acarició su rostro—el punto aquí, es que no logro sacarte de mi cabeza—acercó sus labios a los de ella—quiero hacerte el amor.

Ella moría por escuchar aquellas palabras, pero después de lo que acaba de decirle, supo que él volvería a dejarla sola en esa cama y no quería sentirse así de nuevo. —Creo que es mejor que cada uno se vaya a su cuarto.

Él parecía confundido ante su negativa—pensé que lo deseabas.

—Y lo deseo, pero quiero que primero me des y te des la oportunidad de conocernos. Quiero todo lo que no tuvimos antes de casarnos, el cortejo, el enamoramiento, los besos a escondidas, el que me agarres la mano y yo sienta mariposas en el estómago.

—Dios, Alexandra. No sé si pueda darte eso.

—No quiero que nos llevemos bien en la parte íntima, Adam. Quiero todo de ti. —sus ojos lo miraban esperanzados—¿no puedes darnos esta oportunidad? Al menos por un tiempo y si no funciona, te dejaré libre. Tu podrás buscar la razón que quieras para anular nuestro matrimonio o nos dedicamos a vivir separados en distintos estados, países ¡lo que quieras!

—No es tan fácil. Sabes que anular un matrimonio legitimo es casi imposible. Y de este matrimonio debe nacer un heredero.

—Siempre hablas como si todo fuera un negocio para ti—le dijo cansada. Pero está bien, ya no seguiré insistiendo—le abrió la puerta de su habitación—si es un heredero todo lo que deseas de este matrimonio, que así sea. No seremos los primeros ni los últimos en tener un matrimonio sin amor.

—No, no así. Quiero que desees que hagamos el amor—se pasó las manos por el cabello con desesperación—muy bien, si eso es lo que deseas, intentaremos conocernos mejor, y trataré de vivir contigo como si tuviéramos un matrimonio normal, pero no estoy seguro de que esto salga bien.

Al menos lo habremos intentado ¿no te parece? —la sonrisa hermosa que él adoraba había vuelto a su rostro.

Ella extendió su mano—¿cerramos el trato?

Él alzó una ceja—¿cómo dos caballeros?

—Como un caballero y su dama—le dio un rápido beso y entró a su habitación, dejándolo allí de pie con una sonrisa tonta en su rostro.

\*\*\*\*\*

Los días fueron pasando y ambos empezaron a salir a diferentes partes, disfrutando de su mutua compañía en eventos y reuniones a los que eran invitados, pero también muchas veces salían solos a sitios que su esposa deseaba conocer. Habían estado en la real academia de arte donde la pasaron muy bien viendo las hermosas obras de los pintores famosos y de otros que, a pesar de llevar poco tiempo, estaban escalando a pasos agigantados por su gran creatividad y talento. Adam comenzó a dejar de ir tanto al club de caballeros y sus amigos comenzaron a ir con sus esposas a la casa donde Alexandra se comportaba como una excelente anfitriona y era experta en

planear la velada con infinidad de juegos para entretener. Habían comenzado a ir más a menudo a casa del marqués, el padre de Adam, cuya salud había estado un poco resentida. Cosa que aprovechó ella como excusa para visitarlo asiduamente y llevar a Adam. Al principio su esposo se veía molesto por tantas visitas, pero luego las cosas comenzaron a cambiar y se quedaban a cenar, con lo cual el marqués se mostraba encantado. Con el tiempo ellos se sumergían en conversaciones que podían durar horas y ella ponía de pretexto que iría a leer uno de los interesantes libros de la biblioteca de su suegro, para darles espacio y que pudieran arreglar sus diferencias. Efectivamente la relación empezó a mejorar y Adam y su padre dejaron de verse con rencor para formar una relación más civilizada y cordial. Poco a poco Adam fue dejando que todos esos sentimientos de los que huía, lo invadieran y comenzó a enamorarse de su esposa. Vio en ella la mujer valiosa que realmente era y se preguntó cómo había sido tan estúpido de no querer un matrimonio lleno de amor con alguien como ella. Las cosas cada día empezaron a darse mejor y mejor entre ellos y hasta la servidumbre notaba aquel cambio para bien.

Desafortunadamente un día, en una de las reuniones a las que los invitaron, ella estaba conversando con varias damas muy entretenida y vio a Olivia Russell llegar precisamente al grupo donde ella estaba.

—Buenas tardes, señoras.

—Buenas tardes, algunas saludaron y otras no.

Lo extraño fue que todas la miraban a ella y luego a Olivia como si estuviera a punto de desatarse una guerra. Supo inmediatamente que no solo las esposas de los amigos cercanos de Adam sabían de la existencia de aquella mujer, sino que también toda la sociedad conocía este hecho.

—¿Y cómo se ha sentido en Averton Hall, lady Woodbridge?

—Muy bien. Es un sitio hermoso—miró hacia lady Pierre, para seguir su charla con ella. No le interesaba tener que ver nada con aquella mujer.

Pero Olivia siguió insistiendo—Lo es, aunque la finca del conde en Escocia es maravillosa. Tan llena de paz, y tranquilidad. Además de los impresionantes paisajes.

—¿Ha estado allí? —pregunto Olivia sintiéndose cada vez más molesta. Aquella mujer no tenía el menos decoro. Quería dejar bien marcado su lugar en la vida de Adam. No le importaba que fuera el lugar de la amante, lo que importaba era dejarla a ella en ridículo.

—Oh si claro, Adam...perdón—se corrigió—el conde me ha invitado en un par de ocasiones.

A ella no le gustó la familiaridad con la que hablaba de su esposo —pues la felicito, yo todavía no conozco el lugar porque cuando hablamos de ir, “mi suegro” insistió en que la primera vez que lo viera debía ser con él. Hemos estado esperando a que se recupere para hacerlo.

—No he tenido el placer de conocer al marqués y es una pena—sonrió—bueno...lo digo porque su hijo y yo solíamos ser muy...ceranos.

Las otras mujeres hicieron una exclamación de horror ante sus palabras.

—Querida, creo que se ha equivocado usted de lugar. Aquí no permitimos mujeres de poca moral Tómese un tiempo para mirar que tipo de personas hay aquí, todas honorables y definitivamente no de su clase social. —dijo la anfitriona que había llegado ese preciso momento para escuchar las palabras de Olivia—tenga la amabilidad de irse de aquí.

Olivia furiosa hizo amago de irse, y Alexandra se excusó para ir al tocador de damas. Era demasiado para ella soportar el descaro de aquella mujer, así que se alejó para calmarse. Pero después de un rato cuando salía, escuchó a varias mujeres comentando el incidente.

—Jamás en mi vida pensé ver algo tan emocionante.

—Ese encuentro estuvo de alquilar palco. —dijo otra.

—Que terrible para ella, tener que soportar a la amante del marido en la misma fiesta.

—Yo lo veo inadmisibile. ¿Como se atreve esa cualquiera a venir aquí, y entrar como si fuera de nuestra clase social? ¡Y, pero aún enfrentar a la condesa! Esa mujer no tiene moral.

—Por supuesto que no la tiene. Gracias a Dios, la condesa se dio su lugar y aunque ella trató de buscar un altercado, no lo logró.

—Dicen que él no ha dejado de ser su amante. Me contaron que estaba enamorado de ella y que no se habían casado porque sabía que su padre jamás lo aprobaría. Que fue por eso que terminó casándose con lady Woodbridge.

Alexandra no soportó más aquel aquelarre de brujas, hablando de cosas tan personales, y salió a toda prisa de allí. Sentía morirse y buscó a Adam por todo lado. Pero por más que fue de un sitio de la casa, a otro no lo vio. Se le ocurrió entonces que tal vez estaría en alguno de los salones no habilitados para los invitados y cuando abrió la puerta de uno de ellos, encontró una escena que la dejó perpleja. Olivia estaba hablando con él, pero lloraba y lo abrazaba de tal forma, que no dejaba espacio alguno entre ellos, estaba encima de él y Adam la tomaba por la cintura.

—¿Que significa esto? —dijo en voz alta, sorprendiéndolos. Ambos se separan, pero ella ya lo ha visto todo.

—Lord Woodbridge, lo buscaba desde hace rato. ¿sería posible que nos vayamos? Tengo una terrible jaqueca.

—¿Oh querida, habrá sido por nuestra conversación? —dijo con rostro malévolo aquella mujer.

—Basta ya, Olivia—Adam la miró con una advertencia. Luego se acercó a Alexandra—por supuesto, mi amor—le dijo a su esposa y la cubrió con su brazo—vámonos ya.

Ambos abandonaron la reunión ante las miradas que ella no sabía cómo interpretar. Para ella eran de lástima, algo que le dolió más todavía. Entraron al carruaje y ninguno de los dos habló. Adam la miraba preocupado. Veía el gesto de dolor en el rostro de su esposa, la tristeza de sus ojos y eso fue suficiente para saber lo mucho que sufría por su causa. Sin embargo, no tenía idea de cómo explicarle que lo había visto no era lo que parecía.

Al llegar a la casa ella se fue a su habitación y él se fue a la suya sintiéndose culpable y molesto a la vez. Alexandra se cambió de ropa y no bajó a cenar, sino que dio la orden de que enviaran su cena al dormitorio. Sin embargo, esperó que al menos Adam se pasara más tarde para hablar sobre lo ocurrido, para darle al menos una explicación, pero eso no sucedió. Y a la mañana siguiente ella se levantó muy temprano, solo para notar que ya su esposo no estaba en casa.

## Capítulo 12

Adam salió muy temprano a ver a Olivia. No le importaba si la hora no era la más indicada para visitas, pues él no le haría una. Solo deseaba poner las cosas en claro de una vez.

—¿Está tu ama? —le dijo a la chica que abrió la puerta.

—Sí, milord, pero está descasando.

—Dile que baje—entró sin esperar a que la chica dijera algo. La muchacha lo miró asustada y salió corriendo a avisarle a su señora.

Unos minutos después bajaba Olivia con una bata blanca casi transparente—querido, ¿Por qué no me avisaste que vendrías? Te habría recibido apropiadamente—acercó su boca a la de él, pero Adam la apartó.

—No he venido a hacerte una visita. He venido a hablar contigo de la desfachatez que tuviste en esa reunión donde estaba con mi esposa. ¿en qué diablos estabas pensando?

—Pensaba en ti, Adam No voy a perderte.

—Ya me has perdido, Olivia. Ahora soy un hombre casado y nada puedes hacer al respecto.

—¿Ella es buena en la cama?

Su impertinencia lo sacó de sus casillas y la tomó del brazo lastimándola—te alejaras de mi mujer o te atenderás a las consecuencias.

—¡No lo haré! —le gritó—no puedes botarme como si fuera un mueble. Tenemos muchos años juntos y no te perderé por una mojigata estúpida que estaba a punto de quedarse a vestir dantos, cuando la sacaste de su miseria.

—¿Como te atreves? —exclamó furioso

—Me atrevo porque te amo. Yo he sido tu mujer todo este tiempo, no ella. Yo soy quien te conoce perfectamente, no ella.

—No conoces sino lo que yo te he mostrado, Olivia. No presumas que lo sabes todo, porque ella conoce mucho mas de mí que tú. A ti solo te preocupaba satisfacerme en la intimidad, pero nunca quisiste saber más de mi vida, de mis gustos, de lo que me preocupaba o no. Y al final lo entendía porque eras mi amante, no tenías por qué sentir interés más que por el hecho de que tuviera suficiente dinero para satisfacer tus caprichos, comprarte ropa nueva y pagarte este lugar en el que vives.

—Eso no es cierto, siempre me importaste, Adam.

—Tanto que tenías otro amante, al que recibías cuando yo no estaba.

—Eso no es verdad—le dijo indignada.

—De nada vale que lo niegues. Pero de eso no es de lo que quiero hablar ahora. En este momento solo quiero dejar las cosas claras. No le causaré sufrimiento a mi esposa. No se lo merece.

—¿Y yo sí? —se abalanzó para rasguñarlo.

—¡Basta! —la tomó de las manos para detenerla—actúas como una loca. No hay nada que puedas hacer, entiéndelo. No te quedarás en la calle, te daré una compensación generosa, esta casa será tuya y todas las joyas que te he dado. No puedo hacer nada más, Olivia. Por favor, entiende. Ella se echó a llorar desecha por no poder estar con el hombre que amaba. Se sentó en la silla y allí dejó fluir su pena.

—Lo siento. De verdad no quise hacerte tanto daño, pero lo nuestro jamás podría haber sido—le dijo apenado por verla así. —Adiós, Olivia. —salió de allí y se subió a su carruaje. Olivia lo vio marcharse desde su ventana jurándose que las cosas no se quedarían así. Tomó la caja que le dio, y la abrió. Vio un hermoso y costosísimo collar de zafiros ¿. Lo apretó haciéndose daño en las manos y luego lo tiró contra la pared.

Adam volvió a casa y encontró a la doncella de su esposa dando vueltas por el hall.

—¿Qué pasa? ¿Sucede algo con la condesa?

—No, milord—respondió la muchacha asustada.

—Entonces? Que llevas allí—le quitó algo de las manos y vio que era un vestido.

—Lo...lo llevaba a limpiar—le mintió.



—Babette, por favor ven aquí. Todavía hay muchas cosas por empacar—escuchó que Alexandra decía.

Él entró enseguida a la habitación de su esposa—¿Qué es lo que sucede aquí? —le preguntó al ver que muchas de sus cosas estaban regadas por la habitación y otras estaban empacadas.

—Me voy.

—¿Por qué?

—¿Porque me quedaría aquí, con un hombre que me valora tan poco que no tiene el más mínimo remordimiento en restregarme a su amante?

—Yo jamás hice eso.

—¿Ah no? Que mala memoria tienes. Lo que vi ayer entonces ¿Qué fue?

—No es lo que crees.

—Y entonces ¿porque no me lo dijiste? —lo miró decepcionada—tuviste todo el tiempo del mundo para aclararme todo anoche, incluso hoy, pero preferiste dejarme así, sin importarte lo mucho que estaba sufriendo.

—¡Maldita sea, no te irás de aquí! —tenemos que hablar.

—El tiempo de hablar ya pasó, milord.

—Ya no hay nada entre ella y yo, lo juro. Ella lloraba porque quería que yo regresara con ella, pero le dije que no. —le tomó las manos—no te vayas, por favor. Alexandra, en estos días te has metido tan fuerte en mi corazón, que estoy sorprendido. No me esperaba esto, no me esperaba la mujer que eres, lo especial y cariñosa que eres conmigo. A pesar de que luche por no enamorarme de ti, eso es precisamente lo que está sucediendo.

—¿Y tú amante?

—Ya te dije que no hay nada entre ella y yo.

—¿Hace cuánto?

Adam no quería perderla, así que mintió—no lo sé...desde hace un tiempo. Cuando te pedí matrimonio ya no teníamos nada.

¿Ella lo miró desconfiada—como podría creerte? ¿Como sé que esa mujer no se aparecerá cualquier día en nuestro hogar preguntando por ti, o peor aún, en la casa?

—No pasará, Alexandra. Te doy mi palabra.

Ella suspiró cansada—No tienes idea de lo horrible que fue estar allí escuchando los cotilleos y burlas de esas mujeres en la reunión. Fue una vergüenza, pero verte con ella de esa manera fue humillante para mí.

Adam la abrazó—lo siento. Jamás pensé que ella podría estar allí. Sin embargo, puedo jurarte que cuando nos encontraste ella me acababa de decir que tenía algo importante que decirme. Yo le dije que no era el momento, pero ella me dijo que era de vida o muerte. Solo por eso accedí a verla en uno de los salones, pero cuando estaba allí comenzó a decirme que quería verme desde hace mucho y que esa fue la única forma de convencerme para estar solos. Cuando intente separarme de ella, fue cuando tu entraste.

—¿Es verdad lo que me dices? —lo miró dudosa.

—Lo es—se sintió terrible por mentirle, aunque en parte era cierto.

—Oh Adam—Alexandra lo abrazó—solo quiero que podamos vivir tranquilos y ser un matrimonio normal.

—Lo sé, mi cielo. Yo también quiero lo mismo.

A ella todavía se le hacía extraño escucharle decir esas palabras de afecto cuando hasta hacía pocas semanas, eran como dos extraños—alzó la cabeza para mirarlo—llamaré a Babette para que desempaque mis cosas.

—Puedes hacer eso más tarde—inclinó su cabeza para tomar sus labios suavemente. Luego esas fuertes manos recorrieron sus pechos, su cintura y el beso se tornó exigente. Ella supo lo que él quería porque era lo mismo que ella deseaba y dejó que poco a poco fuera quitándole la ropa. La mano de Alexandra bajó lentamente sobre su erección y la acarició a través de la tela del pantalón.

Adam detuvo el beso y le sonrió—¿Dónde has aprendido eso?

Ella se sonrojó—yo...he estado leyendo algunos libros de la biblioteca.

—Te refieres a los libros escondidos detrás del estante principal?

Ella asintió.

Adam gimió y volvió a tomar su boca. Sus labios cubrieron los suyos y su lengua jugó con la de ella. Hacía tanto tiempo que Alexandra quería volver a besarlo, que no quería apartarse de él ni un minuto.

Sus labios llevaron los de ella en un baile embriagador que la dejó sin aliento y con ganas de más. Su miembro se sentía como una barra de acero contra ella, y Alexandra no pudo evitar presionarse contra Adam. Tenía necesidad de él, y se dio cuenta de que su esposo sentía lo mismo porque respondió agarrándola más fuerte por sus nalgas para que ella permaneciera moldeada a él.

Ella bajó la cabeza y besó su cuello y luego su pecho a través de la camisa. Quería que él la tomara de inmediato y se llevara esa sensación de anhelo, ese dolor muy dentro de ella. La mano de Alexandra se deslizó desde su cuello hasta la abertura de su camisa. Mientras la besaba a lo largo de su cuello, tocó un seno, primero delicadamente, luego más duro, amasando la carne a través de su vestido. Sintió que el pezón se endurecía bajo su toque, y su otra mano le subió las faldas y acarició sus partes íntimas.

La tomó de la mano y fueron a la cama y cuando la tuvo allí, la acarició con dulzura, primero en el cuello, luego su mano se sumergió debajo de su escote y acunó un pecho. Ella cerró los ojos ante su toque y sintió la presión de sus labios en su boca. Comenzaba a tener la sensación familiar de calor entre sus piernas mientras él bajaba una de las mangas de su vestido, pero luego se asustó cuando el rasgo en dos la parte delantera, dejando sus senos al descubierto.

—¿Que...que haces? —preguntó con los ojos abiertos.

—Te deseo demasiado para esperar a sacarte de ese vestido, preciosa —le sonrió tranquilizándola.

Ella se miró —mi vestido...

—Te compraré miles—la besó y su mano siguió abriendo el vestido hasta dejar al descubierto su abdomen, que acarició suavemente y luego su mano bajó hasta su vientre y de allí, hasta la parte interna de sus muslos. Sus dedos acariciaron los pliegues de su sexo. Ella comenzó a gemir ante la sensación de sus manos fuertes y cálidas acariciando su carne. Alexandra sentía que no podía soportar más aquel tormento y apretó los muslos, pero él logró empujar su dedo índice en su calor húmedo, luego lo hizo más profundamente y alzó sus faldas para que su boca pudiera dar sus atenciones también a su clítoris. La cabeza de ella cayó contra la almohada ante las sensaciones que pasaban por su cuerpo.

Él entonces le quitó la prenda rota y ahuecó sus senos amasándolos. Ella se estremecía cuando uno de sus dedos pasaba por un pezón y lo pellizcaba, después iba al otro y hacia lo mismo.

—Termina con este tormento—le dijo gimiendo.

Él le dio gusto y se apartó para quitarse la corbata la chaqueta y todo lo demás, mientras ella bebía de la imponente imagen frente a ella. Cuando su miembro quedó expuesto, ella deseó tenerlo inmediatamente dentro de su cuerpo y sintió que su sexo se humedecía más. La sangre corría por sus venas tan fuerte, y su cuerpo estaba tan caliente que pensaba que ardería. Cuando estuvo completamente desnudo se colocó sobre ella la miró con hambre y frotó su erección contra la humedad que brotaba de ella, atormentándola nuevamente. Entonces Alexandra hizo lo impensable y fue ella quien se empaló a si misma contra el miembro de él.

—Estás llena de sorpresas—le dijo él sonriendo con sus ojos llenos de deseo, y comenzó a moverse dentro de ella. Sus caderas se movieron por su propia voluntad y el miembro de él fue más profundo haciéndola gemir de gusto al tiempo que tocaba su clítoris hinchado. La resistencia de Alexandra era cada vez menos y los empujes eran cada vez más fuertes, hasta que no soportó más y gritó su orgasmo, causando que su cuerpo entero temblara y una debilidad la invadiera completamente. Poco después lo escuchó jadear y apretar sus empujes hasta que su semilla la llenó y vio como él caía sobre las almohadas, agitado y tomando aire.

Cuando ambos se calmaron, Adam la haló suavemente a sus brazos.

—Me gustaría que siempre estuviéramos así.

—No podemos estar en la cama todo el tiempo—se echó a reír.

Ella también rio—no me refería a eso, señor bromista—alzó su rostro para besarlo.

—Se bien a que te refieres, y yo deseo lo mismo—acarició su rostro y luego su cabello—me encanta estar contigo. No pensé que hacer el amor pudiera ser tan especial. Par mi siempre fue solo sexo, pero contigo...—sus ojos tenían un brillo que ella jamás había visto—contigo es sublime.

—Entonces ¿por qué no nos dedicamos solo a ser felices?

—Es la mejor idea que he escuchado—comenzó a besar su rostro y luego tomó su boca en un beso arrasador, para demostrarle cuan dedicado iba a estar en hacerla feliz.

\*\*\*\*\*

Llegó el día de volver a Averton Hall y ella estaba feliz de poder alejarse de todos aquellos eventos y gente chismosa que lo único que quería era despotricar de la vida de los demás. Las cosas cada vez mejoraban más entre su esposo y ella. Pero desafortunadamente resultó ser la

calma antes de la tormenta.

Su esposo tuvo que ausentarse desde la mañana por un asunto que requería su presencia en Londres. Ella tuvo que quedarse en casa, pero decidió hacer algo de utilidad y empezó a hacer un pastel para él. Disfrutaba de hacer esas cosas, y le recordaban a su madre porque había sido ella la que le enseñó todo lo que sabía. Aunque había sido una baronesa, después de lo de su padre fue simplemente una mujer en situación difícil, tratando de sacar adelante a sus hijas.

Pasó un buen rato metida en la cocina, mientras los sirvientes la miraban extrañados al igual que los de la casa de Londres. Ella no les hizo caso y trató de pasar lo más desapercibida posible, pero alcanzó a escuchar sus suspiros de alivio cuando salió de allí. Se encontró con el mayordomo que venía a avisarle que tenía una visita.

—Pero no es día de visitas—dijo algo molesta porque deseaba tener un día tranquilo.

—Ciertamente no lo es, milady. Se lo hice saber, pero la dama insiste en que necesita verla—le entregó la tarjeta de visita y al leerla quedó fría al ver de quien se trataba. Nada más ni nada menos que Olivia Russell. *¿Qué diablos hace esa mujer aquí?, se preguntó molesta.*

—Muchas gracias, James. Hágala seguir al saloncito, mientras voy a atenderla. Fue a su habitación y se miró al espejo. No iba a dejar que esa mujer la viera recién salida de la cocina, y con algunas manchas de harina. Cuando estuvo conforme con su reflejo en el espejo, bajó a verse con ella. Llegó al salón y la vio tomando el té como cualquier visita normal ¡que descaro!

—Buenas tardes.

—Buenas tardes querida Alexandra—dijo ella como si fueran las mejores amigas.

—Prefiero que me llame Lady Woodbridge.

Ella se echó a reír—oh claro, lady Woodbridge—la miró de pies a cabeza—veo que el matrimonio le ha sentado muy bien.

—¿Podría decirme a que vino?

—Querida, no hay necesidad de ser grosera.

—Oh créame, no lo soy. Estoy teniendo paciencia con usted, pero debo decirle que no tengo mucha, así que le agradezco que me diga a lo que vino y se marche de mi casa.

—¡Por Dios! Que agresividad—dijo con una sonrisa burlona—muy bien, iré al grano. Quería que supieras la verdad sobre la relación entre Adam y yo.

Alexandra la miró negando con la cabeza—¿No se ha dado cuenta de que él ya es un hombre casado y es feliz conmigo?

—Yo no estaría tan segura de mi matrimonio si supiera que mi esposo no ha terminado con su amante.

—Él terminó con usted hace mucho.

Olivia se echó a reír—¿eso te dijo? Oh querida de verdad eres tan ingenua...—la miraba con sarcasmo.

—Nosotros jamás terminamos, porque él me ama todavía.

—¿A una mujer como usted? Por favor, usted solo le sirvió cuando necesitaba una mujer y no tenía a su esposa.

El rostro de Olivia empalideció al escuchar el insulto y le dijo con voz retadora—Hay cosas que una mujer como yo puede darle, que tú nunca podrás.

—Basta ya de mentiras ¡largo de mi casa!

—Oh no lady Woodbridge, aquí el mentiroso es Adam. ¿No te dijo acaso que cuando estuvieron en Londres, fue a visitarme? O, peor aún... ¿no te dijo que tu fuiste solo una apuesta con sus amigos? ¿Y adivina que apostaron? —comenzó a reír—pues que tu caerías en su cama como tantas otras ingenuas, y a cambio de eso él ganaría el caballo que tanto deseaba.

—El jamás haría eso.

—Puedes preguntarle. Dudo mucho que a estas alturas cuando ya está casado contigo, lo vaya a negar. —la miró de pies a cabeza—tu solo fuiste una apuesta que salió mal y el pobre tuvo que responder como caballero para no arruinar tu reputación, pero sobre todo porque su padre lo obligó.

—No pierda su tiempo tratando de soltar su veneno en mi casa. Es una mujer patética que no se resigna al hecho de haber perdido a su amante. ¿Por qué no busca otro si esa es la única forma que tiene de vivir?

—¡Maldita Mojigata! —le gritó— ¿Qué sabes tú de mi forma de vida? Una solterona que tuvo la suerte de encontrar a un hombre como ese y ahora se las viene a dar de mucho conmigo.

Alexandra fue a la puerta y haló un cordón para llamar al mayordomo que mágicamente se presentó en menos de un segundo.

—James, haga el favor de sacar a esta mujer de aquí. Y si no quiere, mande a llamar a Kevin y Joseph, para que a la fuerza la quiten de mi vista.

—Me iré, porque me da la gana, pero volveré a esta casa porque tu saldrás muy pronto de aquí. No eres suficiente mujer para ese hombre.

Alexandra temblaba de la ira que la recorría y ese momento. ¿Hasta cuándo esa mujer estaría en sus vidas dañando todo? Ya no soportaba más. Sí Adam le había mentado, ese matrimonio se acaba de una vez. No le permitiría verle la cara de idiota. Si tanto quería estar con su amante pues que la dejara a ella tranquila, que muy bien podía vivir el resto de su vida sola.

## Capítulo 13

Adam llegó al día siguiente sin tener idea de todo lo que había pasado en su casa. Llevaba un hermoso ramo de flores para su esposa y la buscó para entregárselo. Pero antes salió al paso el mayordomo, que lo saludó.

—Buenas tardes, milord.

—Buenas tardes, James. ¿mi esposa?

—Creo que está en el jardín, milord.

—¿Alguna novedad?

—De hecho, sí. Ayer en la tarde ...

—Oh, ya llegaste—Adam vio a su esposa que no lucía para nada emocionada de verlo. Se preguntó que podía estar pasando, pues el día que se fue todo estaba normal.

James, haga el favor de dejarnos solos.

—Como diga, milady—el hombre se fue lamentando no haber podido avisarle a su señor de todo lo que había pasado.

—¿Sucede algo?

Vamos al estudio, no quiero que nadie nos escuche. Él la siguió y cuando estaban allí ella lo sorprendió con lo que le dijo.

—Ayer ha venido a visitarme tu amante.

Él no supo cómo reaccionar ante eso—No tengo idea de lo que me hablas. Yo no tengo amante y lo sabes.

—Tu amante tuvo el descaro de venir a nuestra casa para echarme en cara que era una idiota porque creía tus mentiras. Vino a “hacerme el favor” de abrirme los ojos porque yo tan ingenua, creía que ustedes habían terminado cuando eso no es cierto. ¿Como pudiste, Adam? Me juraste



que ya no tenías nada con ella.

—¡Y no lo tengo! —explotó— Es que no ves que ha venido solo a decirte mentiras?

—Solo dime algo ¿es verdad que no habías terminado con ella cuando nos casamos?

—Es verdad—dijo avergonzado por no haber sido sincero.

—¿Es decir que cuando tuvimos aquella discusión por causa de ella, tú tampoco habías terminado su relación?

Él no fue capaz de seguir mintiendo—no lo había hecho personalmente, pero si le había enviado una carta donde le decía que me casaría y que las cosas no podrían seguir. Pero ese día que discutimos fui a hablar con ella para dejarle en claro que no habría nada más entre nosotros.

—Y ahora también tendrás una excusa para el hecho de que me hayas mentido con respecto a la apuesta que hiciste.

—¿Que apuesta? —él ni se acordaba de ese asunto.

—Ella me dijo que apostaste con tus amigos que me meterías en tu cama en menos de lo que ellos pensaban y que a cambio de acabar con mi honra, te ganarías un espléndido caballo—sus palabras estaban llenas de sarcasmo.

—Por Dios, Alexandra, eso fue hace un tiempo ya. Sí, si lo hice porque era un idiota, pero no fui capaz de cumplir esa apuesta porque, aunque no lo sabía, empezaba a sentir cosas por ti.

—¿Como puedo creerte tantas mentiras, Adam? ¿Sí yo hubiera hecho todas esas cosas, me creerías?

—No lo sé Alexandra—se tocó la frente sintiendo dolor de cabeza ante tantas cosas. Acababa de llegar y ella ya estaba discutiendo, reclamándole. Por un momento solo vio aquellas peleas de sus padres donde solo había gritos y reclamos. Vio a su madre aburrída de todo, alejándose de su padre y de él.

—¡Eres un mentiroso, un caballa! —ella seguía reclamándole—Me mentiste en mi cara, como si nada. Nunca serás un hombre honesto, eso no está en ti. Por eso todo el mundo me decía que me casaba con un caso perdido, que jamás sería feliz contigo—le gritó dolida.

Adam al escucharla sintió tanta rabia que no midió sus palabras—es verdad nunca serás feliz conmigo y a mí también me dijeron que jamás sería feliz contigo y fue por eso que no terminé mi relación con Olivia, porque temía morirme del tedio a tu lado. Lo que menos deseaba era una mujer que todo el tiempo estuviera haciéndome reclamos, como tú. Cualquier hombre se aburre de

eso—tomó las flores que le había llevado y las tiró contra la pared.

Alexandra herida por sus palabras salió corriendo con los ojos llenos de lágrimas. Se fue a su habitación y se tiró en su cama, ante los sorprendidos ojos de su doncella que no sabía qué hacer para tranquilizarla. Adam por su parte se fue en su caballo directo a la taberna más cercana en el pueblo, para tomarse unos tragos y tratar de quitarse esa rabia que lo invadía. Allí no supo cuando tiempo pasó, pero cuando llegó, era todavía de día y en ese momento ya era de noche, había algunos borrachos y una mujer dando vueltas a su alrededor insinuándose, cuando todo lo que quería era que no lo molestaran.

Necesitaba estar lejos de casa, lejos de ella y de todo lo que acababa de pasar. Sabía que ese matrimonio no llegaría a ningún lado. Por eso cuando ella le propuso ser un matrimonio normal, él no quería hacerlo, porque deseaba evitar lo que sucedió. Los matrimonios solo traían peleas, reclamos y tragedias. Lo mismo había pasado con el matrimonio de sus padres y fue por eso por lo que su madre terminó alejándose con otro hombre. Ese hombre se había llevado a su madre a la India y allí, ella había muerto por fiebre amarilla, apenas dos años después.

En su casa era un tema prohibido, y él había tenido que soportar la amargura de su padre después de eso. Por otro lado, al pensar en su padre también recordó que su relación ahora era mucho mejor que antes y todo por Alexandra. Ella era como una brisa fresca donde quiera que iba. Ayudaba a sus hermanas sin importar el costo, ayudaba a quienes no conocía sin importarles quienes fueran, si veía sufrir a alguien tomaba el asunto como algo personal y trataba de mejorar las cosas para esa persona. Cuando vio lo mala que era la relación con su padre hizo las cosas de tal manera que él jamás supo cómo pasó todo. Pero al final había terminado acercándose a su padre tanto, que ahora ya, era impensable la idea de no cenar con él y pasar tardes en su compañía, cuando iban a Londres.

Ella cambió su vida para mejor y el estúpidamente lo había arruinado todo diciéndole cosas crueles. Tenía que buscarla, tenía que hablarle y arreglar las cosas porque él ya no concebía su vida sin ella. Tomó su caballo y fue a buscarla, pero cuando llegó a su casa su mayordomo lo recibió con la noticia de que se había marchado.

—Lo siento milord. La condesa comenzó a empacar sus cosas apenas vio que usted se fue y por más que le aconsejé que lo esperara, y le dije que podía ser peligrosos salir a esa hora, ella no quiso escucharme. Le dije que si usted me preguntaba a donde se había ido no sabría bien que decirle, y me respondió que, aunque sabía que a usted poco le importaba, estaría con su tía en Summerley.

—Está bien, James. Todo esto ha sido mi culpa—subió a su dormitorio y empezó a quitarse esa ropa para ponerse otra cosa e irla a buscar, pero cuando estaba en eso, vio una carta sobre su cama. La tomó y vio que iba dirigida a él y que era la letra de Alexandra. Empezó a leerla y allí descubrió lo mucho que había herido a su esposa. Le hablaba de una forma que llegó a su corazón y le hizo saber que lo amaba y que había esperado demasiado de él. *Tal vez lo mejor sea dejarla ir, se dijo. Yo jamás podré ser ese hombre que ella desea. La he hecho sufrir demasiado y ella no lo merece.*

\*\*\*\*\*

Dos días después de estar medio alcoholizado, sin asearse y tumbado en su cama, con un genio de los mil demonios, su mayordomo abrió la puerta con cuidado y él lo recibió con un genio de los mil demonios.

—Milord.

—¡Que quieres, James! Dije que no me molestara nadie—gritó furioso.

El mayordomo tragó en seco y encorvado del miedo trató de encontrar su voz nuevamente—Umhum—se aclaró la garganta—perdone que lo moleste milord, pero el marqués ha venido a visitarlo.

—¿A qué maldito marqués te refieres? Puede ser el rey en persona, dile que se vaya a ...

—Buenos días, Adam—la voz ronca de su padre resonó por toda la habitación.

—Lo que me faltaba—dijo él poniéndose la almohada en la cabeza. Pero su padre se la quitó obligándolo a darse la vuelta para verlo.

—No seas impertinente y hazme el favor de asearte y vestirte para que podamos hablar como se debe.

—No estoy para visitas—gritó furioso.

—En eso estamos de acuerdo, así que haz lo que te digo. Te espero abajo—dicho esto el marqués salió de la habitación y lo dejó solo.

Adam tiró la almohada casi hasta el otro lado de la habitación en su furia *¿Podrían ponerse peor las cosas?, se preguntó.*

Una hora después y con otro semblante, Adam bajaba las escaleras. Su mayordomo le salió al paso y lo miró con recelo—disculpe milord, pero su padre está en el comedor. Dice que después de varios días de no comer, eso es lo primero que debe hacer.

—¿Maldita sea, quien le ha dicho que esta es su casa?

—Bueno...teóricamente...

—No te atrevas, James. Sí dices que esta casa es de mi padre hasta que él muera, el que va a morir eres tú.

El mayordomo tuvo la prudencia de mantenerse callado.

—¿Y quién le ha dicho a mi padre que llevo días sin comer?

James continuó extrañamente callado.

—Ya veo...no sabías que eras tan chismoso. Se fue directo al comedor dejando a un mayordomo indignado ante semejante maltrato verbal por parte de su señor.

Adam se encontró con su padre y empezó a tomar un abundante desayuno. Tenía mucha hambre.

—Es bueno que comas, hijo. Necesitaras tus fuerzas para recuperar a tu esposa.

—¿Como diablos supiste que...? —lanzó un bufido molesto—¡James! —miró a su mayordomo de reojo.

—No le regañes, el solo está preocupado por ti. Y no me ha contado todo.

—Eso es porque no lo sabe todo.

—Muy bien, tú me lo contarás entonces—le dio una palmada en el hombro—todo mejorará, Adam.

—No lo creo.

—Come hijo, y luego cuéntame todo. Vamos a ver que puede hacer tu padre por ti.

Cuando Adam le contó todo a su padre, él solo se tocaba la cabeza, y seguía escuchando, luego se ponía una mano en la barbilla pensativo y seguía escuchando, hasta que su hijo terminó de decirle todo.

—Ya sé que lo arruiné, no necesitas decírmelo.

—Bueno, no te mentiré. Sí lo arruinaste, pero tampoco podías saber cómo actuar si nunca tuviste un buen ejemplo. El matrimonio de tus padres fue un desastre y yo solo cometí errores. No podría pedirte que actuaras bien con esa dulce muchacha, si yo no te di un buen ejemplo. —Creo que es hora de decirte lo que sucedió realmente con tu madre. Porque estoy seguro de que entenderás muchas cosas. Loreta, era una mujer fascinante. No solo era hermosa sino bondadosa, amable y muy generosa con todo el mundo. Pero yo me la pasaba en la cámara de los lores o con mis amigos. Era demasiado inmaduro para comprender el verdadero valor del matrimonio.

Ella hablaba conmigo y me pedía que pasáramos más tiempo juntos, pero yo prefería ir a cabalgar o irme a hacer cualquier cosa, menos pasar tiempo en mi matrimonio, Con el tiempo ella quedó embarazada y se volvió muy sensible. Yo era estúpido, y me sentía asfixiado en esa casa. De manera que me aleje más si se podía. Tu naciste y ella se dedicó a ti por completo, era una excelente madre, pero era una mujer, y necesitaba el cariño de su esposo, palabras de amor, cuidados que un hombre debe darle a su mujer. El matrimonio es como un jardín, hijo. Puede sonar anticuado, pero eso es lo que es. Sí lo cuidas y lo riegas, será hermoso y sino lo haces...bueno, lo perderás todo. Ella comenzó a ir a los eventos sola, porque yo siempre estaba ocupado o muy cansado para ir a ese tipo de cosas. Y allí conoció a ese hombre, el capitán. Ella se enamoró de él porque yo deje que pasara. Descuide mis deberes como esposo y como padre porque adoraba mi libertad y me llenaba la boca diciendo que nadie me la quitaría. Y mientras yo la alejaba de mí, otro aprovechaba el camino libre que dejaba.

Cuando ella se cansó de mis desplantes, de mis malos tratos y de mi absoluta indiferencia, me dijo que me abandonaría y yo con mi enorme ego le dije que jamás se atrevería a dejarme. En lugar de suplicarle que no me dejara, y de sincerarme, puse mi orgullo por delante y mi cobardía no me dejó decirle, que haría las cosas bien esta vez. Ella se marchó al día siguiente y yo no me enteré sino hasta una semana después porque estaba en Bath, con mi amante.

Adam lo observó atentamente. Se veía su dolor todavía, al hablar de ello. —siento mucho que las cosas hayan salido de ese modo.

—No más que yo, hijo. No tienes idea de la amargura con la que he tenido que vivir todos estos años por no haberle dicho lo mucho que la amaba. Y cuando supe que, buscando un nuevo futuro con aquel hombre, había muerto en tierras extrañas, lejos de su familia, estuve a punto de suicidarme.

Adam abrió los ojos de par en par —¿estuviste a punto de hacerlo?

—Solo el tenerte en mi vida, y el hecho de no querer dejarte en manos de tus tíos que son unas pirañas, fue lo que me instó a detenerme. Pero sé que tu fuiste el receptor de toda esa amargura, y por eso te pido perdón—sus ojos estaban sospechosamente brillantes.

—Ya no recordemos eso, papá. Te perdono—ambos se abrazaron y Adam sintió que algo muy fuerte que tenía en su pecho, se liberaba.

Su padre tomó un pañuelo y comenzó a limpiarse los ojos. —Ahora muchacho, no seas tonto como yo lo fui, y ve a buscar a tu esposa. No vuelvas hasta no recuperarla, esa chica vale demasiado.

\*\*\*\*\*

El viaje a Summerley había sido largo y como él no había descansado mucho en esos días, se sentía aún más cansado. Pero su motivación era grande, pues necesitaba hablar con su esposa y arreglar todo ese malentendido. Llegó a casa de la tía \_\_, pero no vio a Alexandra por ningún lado, y cuando preguntó por ella, le dijeron que había salido a caminar. Pero comenzó a llover muy fuerte y ella nada que aparecía.

—¿Es esto normal en ella?

—No, para nada—dijo su hermana Adeline.

—Ella sale a caminar, pero siempre vuelve antes de dos horas y nunca lo hace cuando va a llover.

—Tal vez sea buena idea salir a buscarla—dijo la tía Helen—después de todo usted es el culpable de que ella haya salido a aventurarse sola por el campo. Esa muchacha se la pasa tiste por toda la casa y solo encuentra tranquilidad después de esas largas caminatas.

Adam no aguantó más y salió a buscarla. No llevaba ni cinco minutos de haber dejado la casa, cuando la vio a lo lejos. Caminaba apresuradamente debajo de la fuerte lluvia y en un momento dio un mal paso y cayó. La vio levantarse mientras ya corría hacia ella en el caballo. Cuando se encontraron frente a frente, en lugar de saludarla como debía, la miró furioso—¿Es que te has vuelto loca? ¿Quieres acaso morirte de una pulmonía? —se bajó del caballo y se quitó su gabardina para ponérsela

—No tienes ningún derecho a venir aquí y hablarme de esa forma—le respondió indignada por su actitud.

—Por supuesto que tengo derecho. Soy tu esposo.

—Para lo que te conviene, eres mi esposo. —le echó en cara y empezó a caminar alejándose de él.

—¡Espera! Te llevaré en el caballo, así llegaremos más rápido.

—No me interesa llegar más rápido.

—Pero... ¿qué diablos te sucede? ¿De verdad quieres enfermarte hasta morir?

—Sería lo mejor. —sus ojos le lanzaban dagas— de esa manera quedarás libre para hacer lo que te venga en gana.

Él la tomó del brazo y le dio la vuelta—mujer tonta, si eso pasara yo me moriría también.

Eso captó la atención de Alexandra. —eso es nuevo. Hasta donde yo creí, era solo una mujer aburrida que impedía tu felicidad.

—Yo jamás dije eso.

—Pues tienes muy mala memoria.

—No digas tonterías, Alexandra. ¿No te has puesto a pensar que esa mujer fue a decirte todo eso porque está dolida? Es más, te contaré algo que seguro no te dijo. Cuando terminé con ella definitivamente, en Londres, ella me gritó que se las pagaría, que eso no se quedaría de esa manera.

—¿Y porque debería creerte cuando todo lo que has hecho es mentirme?

—¡Porque te amo, maldita sea! Porque si no te dije la verdad esa noche que hablamos de esto en Londres, fue porque sabía que había cometido un error al no acabar con ella desde que te propuse matrimonio. Y eso solo fue porque no quería perderte.

—¿Tu...de verdad me amas? —Alex creía haber escuchado mal. Adam en el tiempo que llevaban juntos, nunca le dijo esas palabras. Sí es cierto que le decía, querida, mi cielo, y hasta amor mío, lo que ella tomaba como palabras de cariño dichas por costumbre.

—Sí, te amo. ¿Cómo podría no hacerlo? Eres una mujer muy especial. La única que ha logrado que me olvide de esa adorada libertad. Antes de descubrirte, mi vida era vacía y sin sentido.

—Pero... ¿Y si vuelves a tener una amante? ¿Y Sí cualquier día decides que ya no te gusta la vida de hombre casado, y quieres tener de nuevo tu libertad? —preguntó con desconfianza.

—No pasará, mi amor. Lo juro por mi vida. En estos días sin ti, me di cuenta de que me has arruinado para siempre—le dijo riendo—ya le he tomado el gusto a ser un hombre casado. Me gusta verte cada día en mi cama, amanecer contigo, reír contigo. Me encanta esa costumbre de tener siempre mis platos favoritos en la mesa y como cuando ves que estoy mucho tiempo en el estudio, te inventas algo para sacarme de allí. Y además...me encanta la idea de imaginarte embarazada, llevando en tu vientre a nuestro primer hijo.

Alexandra con los ojos llenos de lágrimas lo abrazó—Yo también te amo—no creía estar diciendo esas palabras. Se había convencido de que jamás las diría y que él tampoco lo haría—ese “te amo”, es el regalo más hermoso que me has podido dar.

—No mi amor, él único regalo aquí, eres tú—Adam tomó su boca en un apasionado beso y después de eso decidieron tomar rumbo incierto. Regresaron a la casa de la tía Helen, muchas

horas después.

FIN